F2325
.M35

Dos Campañas

1916

Lit. y Tip. del Comercio
Caracas

Acq. Dept., Library
Univ. of North Carolina
Chapel Hill, N. C. 27514

CF
OC
SR

F2325
.M35

Vols:
del Comercio,

C
SR

3-12-69

Init:
MY
41

dor:
erbia

ommended

Y-LC

6-11-62

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F2325
.M35

38

C

F2325
.M35

Dos Campañas.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/doscampaas00mrqu

Caracas: 19 de diciembre de 1916.

Señor General J. V. Gómez, etc., etc., etc.

Maracay.

Mi respetado General y amigo:

Desde la memorable semana en que se inauguró el ramal de la Carretera del Este que demora en Guatire y la admirable Carretera de Maracay a Ocumare de la Costa, concebí el propósito de hacer público, en las páginas de un libro, el concepto que sugiere la personalidad benemérita de usted, en las dos faces que mejor la revelan: esto es, como guerrero y como administrador. Ese propósito adquirió creces en mi pensamiento cuando le oí a usted en tres ocasiones durante aquellos días: primero a la sombra de un procero samán en su finca denominada "La Aduana", después en esa misma ciudad con motivo de habernos hecho usted leer importantes documentos de actualidad y por último en un apacible sitio de "El Castaño", otra de sus ricas fincas de Aragua y Carabobo.

En esas ocasiones nos habló usted de la manera familiar y convincente que sabe hacerlo, cada vez que se refiere a su limpia historia de hombre de trabajo, de militar y de Magistrado, y su conversación, fácil y sencilla, pero llena de verdades y de saludables enseñanzas para toda mente patriota, me dio los elementos indispensables para escribir este libro.

Hacía ya seis años que le conocía a usted muy bien como persona pública y privada, seis años durante los cuales lo he servido estando a su lado casi todo ese tiempo; el suficiente para valorarlo en sus excelentes cualidades de amigo personal y político, pero nunca como en tales ocasiones fué tan cabal ese conocimiento ni de tantos quilates la apreciación que he hecho de la nobleza de alma de usted, de su lealtad sin tacha, de su honradez a toda prueba y de su espíritu bondadoso y tolerante, pero muy enérgico cuando el deber lo reclama, tan enérgico que generó la voluntad férrea del Héroe del 19 de Diciembre de 1908.

Yo, General, he cultivado el trato de muchos hombres de bastante significación política y los he servido con la fidelidad con que por índole y educación sé hacerlo, mas en ninguno he hallado esa altísima consecuencia de usted para con el compañero de Causa y con el subalterno, esa eminente magnanimidad suya que no se agota ni varía y de cuyo heroísmo—tan espléndido como la valentía de usted ante los peligros—es testimonio evidente la carta dirigida al general Cipriano Castro el 24 de mayo de 1906.

Por eso en las páginas de este libro campea el lenguaje augusto de la Verdad—aliada inseparable de la Justicia—y abundan las frases de alabanza para el General Juan Vicente Gómez y las de reprobación para el hombre que por la conducta que observara con usted es un ejemplo viviente del grado de iniquidad a que puede llegar la ingratitud humana.

He aquí mi homenaje para el Bienhechor de Venezuela, el 19 de Diciembre de 1916.

Su leal amigo y servidor,

V. MARQUEZ BUSTILLOS.

PREFACIO

El título de esta obra no es uno de esos nombres llamativos—más o menos raros—que se colocan a la portada de un libro, sólo para atraer la atención de los lectores, sin cuidar que corresponda a los hechos que se narran y comentan, a las ideas que se expresan, a los propósitos, en fin, que guían al autor cuando enuncia su manera de apreciar épocas y sucesos, hombres y cosas.

"Dos Campañas" es el título de este estudio en que a la luz de la verdad se exponen también dos jornadas de la vida pública del General Juan Vicente Gómez: aquélla que arranca del 21 de Diciembre de 1901 y va a su ápice el día de la expugnación de Ciudad Bolívar ante la arremetida del Caudillo previsor e impetuoso, y esta ótra, comenzada ocho años hace, en la fecha que rememora hoy el patriotismo venezolano. Ambas destacan al guerrero y al hombre de Estado y serán definitivamente rendidas cuando el brazo y la mente del Paladín de Diciembre den el fruto máximo de sus esfuerzos, por medio de la acción y del pensamiento, hasta legar a lo futuro, junto con la magna empresa cabalmente verificada, una Patria plena de salud por la función normal de todas las fuerzas vivas que la integran.

Campaña, en la rigurosa acepción de la frase, no debería llamarse la obra administrativa y política del General Gómez, pero la palabra es tan vigorosa, expresa tan bien el compendio de luchas y peripecias que tiene que superar un estadista en nuestras democracias para obtener éxito en sus labores e imponer el progreso en todas sus manifestaciones sin que las pasiones ni los intereses individuales lo entraben, que no hemos podido resistir el deseo de emplear ese vocablo para calificar la labor gubernativa del General Gómez y su actuación como supremo Director de la Causa Rehabilitadora.

Por las páginas de este volumen desfilan uno a uno los recuerdos evocando la individualidad del Caudillo cuando guiaba su corcel de combatiente bajo el tórrido sol nativo, siempre orientado por sus intuiciones de estratega hacia las cumbres de la Victoria; cuando en las brevísimas horas del vivac trazaba ya en su imaginación los planes de la próxima batalla campal o del futuro asedio de la ciudad que convenía arrebatar al enemigo; cuando en las marchas interminables y fulmíneas—que a todos menos a él fatigaban—preparaba a sus huestes y las aguerría para que pudieran superar los obstáculos; cuando dialogaba con sus oficiales comunicándoles el ardor perenne de su alma marcial y haciéndoles oportunas advertencias—siempre persuasivas—de cómo debían pelear aprovechando las circunstancias favorables al éxito; cuando presentía, en fin, con la sagacidad peculiar de su espíritu, que tras la lucha cruenta vendría la pugna contra otros enemigos no menos empecinados que aquellos a quienes venía venciendo: los recelos del amigo ensoberbecido, ciego en su intemperancia hasta desconocer los grandes beneficios que recibiera del compañero esforzado y noble, las confabulaciones de las camarillas de áulicos que saborcaban los placeres de Capua mientras el Pacificador comía el pan acérrimo del espartano y vertía su sangre entre los fragores de la fusilería y los estragos del arma blanca.

Y también en estas páginas nos referimos a las incesantes labores del adalid de la paz y del trabajo. Son los fastos de la República en una era menor que un decenio, pero cuyos resultados, por lo sorprendentes, parece que no hubieran podido lograrse sino a través de un mayor discurrir del tiempo.

Este libro ha sido escrito con el único propósito de que constituya un apreciable homenaje de nuestra admiración partidaria al General Juan Vicente Gómez, y nada mejor para la consecución del objeto que nos proponemos como esbozar su figura de Conductor de Pueblos, en las dos fases que mejor la fijan.

Pocos son en Venezuela quienes no conocen a este hombre excepcionalmente apto para el mando, tanto en los asuntos y problemas de la paz como en las faenas de la guerra. En él se hermanan en consorcio maravilloso las facultades del Magistrado hábil para regir la suerte de un pueblo y las del Jefe de Ejércitos que conoce los secretos por los cuales se mantiene cautiva la Victoria. Las veces que las pasiones de sus conciudadanos han querido romper todos los diques del orden y los intere-

ses de éllos han obedecido a ambiciones desatentadas amenazando destruirse unos a otros, él ha encontrado siempre la fórmula de eficacia salvadora para calmar aquellas pasiones y regularizar el desenvolvimiento normal de estos intereses. Así, acertado y sereno lo encontraremos ante las circunstancias difíciles que se suscitaron en los comienzos del Gobierno que entró a ejercer en las postrimerías de 1908. Las muchedumbres se encolerizaban en aquellos memorables días de Diciembre, y en su vehemencia, no era ya a la Justicia sino a una Némesis implacable la inspiradora que solicitaran sedientas de desagravios; pero ante las gentes enfurecidas apareció el austero repúblico que más motivos tenía para aborrecer la bamboleante autocracia, y al solo acento de su voz que aconsejaba cordura y calma con la autoridad que le daba su proceder magnánimo—pues, nadie como él tenía derecho a vengarse de felonías e ingratitudes—calló la algarada del odio y los ánimos se serenaron haciéndose fácil la admirable evolución que se realizaba en aquellos días. Poco tiempo después, una anacrónica resurrección de partidos pretendió señorear en el palenque de la existencia pública, y a este nuevo resabio de nuestra antojadiza democracia contestó el General Gómez con la célebre frase "Patria y Unión"; la elocuente síntesis de su programa político y administrativo enunciada en el sitio de la Providencia y que ha sido canon jamás por el violado, durante los ocho años en que, ora como Presidente de la República, ya como Jefe de la Causa Rehabilitadora, ha dirigido los destinos de Venezuela.

Y ese ha sido siempre el afán incesante del General Gómez: procurar el bien de la Patria y la unión de sus conciudadanos haciéndolos plenamente aptos para que, por medio del trabajo y las prácticas del orden sean prósperos y venturosos. Tarea ingente de educador que conoce intuitiva y prácticamente los defectos y necesidades, la índole y el carácter del pueblo que recibe sus enseñanzas y se dedica—con una consagración patriótica que nunca sabremos agradecerle bastante—a corregir y satisfacer esos defectos y necesidades, a hacer más temperante esa índole y a moderar el carácter de los venezolanos.

Porque no es verdadero el temerario juicio que han formado de nosotros escritores pesimistas y detractores sistemáticos. El pueblo nuestro posee virtudes latentes que estimuladas por el ejemplo y disciplinadas por la voluntad de un Conductor prudente y sagaz, como lo es el General Gómez y que esté animado invariablemente del deseo de hacer

el bien—aunque para ello sean menester la reprimenda y el castigo justos—son virtudes que llegaran a su fuerza eficiente elevando a Venezuela por el ejercicio metódico de ellas al rango de Nación poderosa, tal cual corresponde a nuestra gloriosa historia de cruzados del Derecho y de la Libertad, cuando nuestros guerreros y nuestros pensadores escribieron —desde los valles del Avila hasta las cumbres del Potosí—esa inmensa página que se destaca, hecha verbo inmortal, en la Ilíada de la Independencia suramericana.

El más escrupuloso análisis de los actos del General Gómez, en esta época de su existencia que historiamos, nos lo revela intachable en su conducta, y sólo la pasión política—consejera perennemente torva e injusta—podría inculparle, por los procedimientos enérgicos que ha tenido que emplear a veces, las faltas de ser severo, dominador e intolerante. Esos procedimientos son en parte, la garantía de la paz que disfrutamos. Ahí, donde la insinuación y la advertencia oportuna no han surtido efectos para acabar con el desenfreno del compatriota extraviado por los senderos del mal, la diestra del Jefe de la Causa, que es inagotable para favorecer a los buenos y sabe extenderse en ademán de perdón hacia el adversario que solicita clemencia, se yergue, fuerte y férrea para castigar, en nombre de una ley que, escrita o nó, es por todas las sociedades acatada: la ley del bien colectivo.

Libro de justicia es éste. Por sus páginas tal vez vibra el clarín de la epopeya para pregonar las glorias del estadista y del guerrero que en medio de su modestia proverbial y de sus arraigados sentimientos de republicano no ha querido nunca exhibirse tal cual es él: virtuoso y fuerte como un varón de la Roma consular, de aquéllos que sabían de las faenas rudas pero enaltecedoras del campo; que conocían los hombres y las cosas mucho mejor que los oradores embuidos en la ciencia del Derecho y de la Política y no siempre tributarios de Temis; que iban a los combates y a las batallas sin miedo al infortunio ni a la muerte y animados sólo de un fervoroso amor por la Patria; que tenían del Poder una idea alta, jamás contaminada del apetito torpe del lucro y de la tiranía; que al terminar las fatigas y los riesgos de la guerra nada les importaba desechar la espada victoriosa y empuñar el instrumento de labranza para hacer fructífera la tierra antes agostada por el riego de la sangre y el furor de los incendios.

Nada tiene, pues, de censurable que al hablar de un hombre tal, vibre en nuestro estilo el sonido de los épicos cantos, aunque bien sabemos cómo esos acentos de epinicio no halagarán vanidades en el ánimo austero del General Juan Vicente Gómez.

En uno de los capítulos de esta obra hay una narración que bastaría para que la pluma más indiferente y el autor más severo irrumpiera en la frase entusiasta al referirse al Héroe de 1908. Se trata ahí de la batalla del Guapo, la más cruenta de toda aquella época de combates y de luchas implacables. La batalla estaba indecisa y hasta parecía inclinarse el triunfo de parte de los adversarios. Las tropas del Gobierno habían llegado a la extenuación diezmadas por el plomo y por tres días de incesante pelear.

Era uno de esos momentos soberanamente decisivos en la suerte individual o colectiva: el General Gómez aparece sereno entre los suyos. Circundado de hombres cuyo ánimo comienza a decaer, él tiene que mostrarse con un alma superiorísima, capaz de infundir bríos en aquella masa humana que siente ya los calofríos del fracaso. Es necesario este esfuerzo más en el hombre potente que ha venido realizando tantos esfuerzos y que habrá de realizar durante el tiempo que falta de luchas infinitas y enormes esfuerzos más.

En tales momentos es cuando se presenta ante el heroico Jefe, su inmediato inferior el general Diego Bautista Ferrer, viejo soldado éste de ojo experto para interrogar el aspecto cambiante de las batallas y que por lo tanto se está dando cuenta de las posibilidades de una derrota. Fué aquélla una escena digna de la musa homérica, magnífica escena en la que se destaca entera la figura moral y física del paladín de Diciembre, escena que reclama de nuestra pluma la frase resonante que es en los himnos y en las epopeyas signo de luz vibrador y expresivo.

Yacen muertos cien valientes, entre éllos aquel Secundino Torres que era soberbio y fuerte como un león y dondequiera que combatía era admirable por el arrojo personal: mudas están las bocas de todos los circunstantes y únicamente se oye el ruido atronador de la fusilería que de no ser tan violento y continuado dejaría oír también el trepidar de los corazones en aquellas horas de angustia y de ansiedad. Los de valor reconocido; los hombres que han venido jugando con la muerte en multitud de trances peligrosos, palidecen todos en aquellos momentos y no se atreven ni a proferir una palabra. Pero, superior al espectáculo del

amigo y compañero de armas queridísimo que yace sin vida, más imponente y grande que el estruendo asordador de la matanza y con un espíritu mucho más elevado que el de todos aquellos valientes que lo rodean, el General Gómez presencia impasible la batalla. En una de las peripecias de ésta es cuando se le acerca el general Ferrer a hacerle pronósticos adversos acerca del resultado de la acción, y entre otras cosas a asegurarle que el ejército contrario montaba a tres mil hombres; pero el General Gómez no lo dejó concluir y le dijo lo siguiente: ¡General Ferrer, tenemos refuerzos, ya vamos a decidir esto! ¡Contamos con tres mil hombres también! "¿Cómo—General, interroga el aludido presa de súbita alegría, y por dónde vienen?

"Ese batallón que vale mil (se refería al batallón Gómez), usted, que vale mil y yo que represento los otros mil en estos momentos en que están cayendo terrones en el Palacio de Miraflores!"

¡El arranque de supremo valor y de grandiosa energía que traducen estas palabras es inaudito. Los que estuvieron en la batalla al lado de tal Jefe deben todavía estremecerse de orgullo, de heroísmo, de admiración y de estupor al recuerdo de esas frases lacónicas que él pronunciara para avivar la fe en tanto cerebro anonadado y el ritmo en todos aquellos corazones decaídos.

A poco de lanzar esa expresión en que se revela una voluntad capaz de vencer los imposibles y como si aquélla fuera la fórmula maravillosa que, conteniendo una ironía altísima y una avasalladora confianza en sí mismo, había de cambiar la suerte de la acción del Guapo, el General Gómez cabalgó en su corcel de guerra y por sobre la adversidad y las mil causas que se oponían a ello ganó en una arremetida impetuosa la batalla.

La pérdida de esta batalla, según se verá en la parte narrativa de esta obra, fué casi decisiva para la pacificación del país. Los revolucionarios orientales comenzaron desde entonces su éxodo del centro de la República hacia la capital de Guayana, desprovistos hasta de parque, porque dos o trecientos mil tiros con que podían contar los había entregado, en Palmira, dejándose coger prisionero por una guerrilla, el doctor J. M. Ortega Martínez.

Al referirnos a la labor administrativa y política del Jefe de la Causa Rehabilitadora, no seremos nimios en detalles sino que abarcaremos en compendiosa síntesis toda la serie de éxitos obtenidos por el

General Juan Vicente Gómez en tan difíciles asuntos, y al efecto nos bastará comentar la magnífica Alocución que él dió a los venezolanos el 20 de Diciembre de 1908.

Muy conocida es la obra ingente del austero Repúblico en lo relativo a Administración: sus triunfos en esa rama esencial de la actividad pública están perpetuados en la conciencia del pueblo venezolano, de ese noble y grande pueblo calumniado muchas veces por escritores pesimistas y por detractores sistemáticos, pero que sin embargo está demostrando continuamente que guarda en su mente ideales muy altos y en sus músculos fuerzas omnipotentes para abrirse paso hacia el Canaán de todas las colectividades humanas: la riqueza, la prosperidad y el respeto impuesto a los semejantes por medio de una conducta circunspecta y una preparación material que les permita no temer la agresión ajena.

Esas fuerzas y esos ideales los representa el General Gómez en el actual período histórico. El es el Conductor de la familia venezolana en su marcha a los dominios de la felicidad y de la grandeza y ninguno sino él podría hacerlo.

Nacido en un ambiente de trabajo y de honradez, su vida ha venido discurriendo serena hasta llegar a constituir una necesidad ingente para el funcionamiento normal de los intereses nacionales.

Venezuela, reconocida, guarda en su corazón y en su conciencia sentimientos e ideas invariables hacia este ciudadano lleno de modestia en su vida pública y privada, pero grande y noble en todos sus procederes. La gratitud de este pueblo está consignada en manifestaciones muy elocuentes de su voluntad: Cuando el 3 de mayo de 1915 se verificó la elección para Presidente Constitucional de la República, ese pueblo, interpretado por sus representantes legítimos: los miembros del Congreso Nacional, lo eligió a él unánimemente para el ejercicio de la alta Magistratura. Y esa unanimidad tuvo un mérito excepcional: ninguno de los senadores y diputados que componen aquel Cuerpo, recibió insinuación alguna oficial para proceder como procedió y ni siquiera se vió precisado a hacer el nombramiento porque propagandas eleccionarias le hubieran exhibido al Repúblico de Diciembre como el candidato de los venezolanos. Bien, es cierto, que esa propaganda comenzó a practicarse, pero apenas aconteció esto, el austero patriota en memorable documento significó su deseo de que su nombre no fuera postulado con tal

propósito. ¡Un ciudadano de la República de Platón no habría procedido con más desinterés ni más escrúpulo!

Nosotros, al escribir estas páginas, interpretamos también la voluntad de nuestros compatriotas.

¡Queden éllas como un tributo de perdurable justicia, en homenaje al ciudadano eminente que hace ocho años se ajigantó en su talla moral de hombre de Estado y hombre de acción, hasta dar la más bizarra prueba de valor cívico que pueda esperarse de un Magistrado celoso de su honra y de un Ciudadano amante de su Patria.

PRIMERA ETAPA

CAPITULO I

Estalla la revolución llamada Libertadora en La Victoria.—Paralelo de fechas.—Llamamiento del General Gómez a Miraflores el 20 de diciembre de 1901.—Consejo de Generales.—Nombramiento del General Gómez de Jefe de Operaciones sobre la revolución.—Frases del General Gómez al serle notificado el nombramiento.—Asombro de los viejos veteranos. Organización del pequeño ejército expedicionario y partida del General Gómez el 21 de diciembre.—Falsas informaciones obtenidas en Los Teques.—El General Gómez y todos sus Oficiales se arman con un mausser cada uno.—Primera señal que da el General Gómez de su confianza en sí mismo al emprender aquella campaña.—Alarmas de una familia que iba en el tren.—Calma que inspira la palabra del Jefe.—Llegada a La Victoria y salida para Cagua donde acampa el Ejército.—Marcha sobre Villa de Cura.—Escaramuzas en La Casablanca y Los Colorados.—Plan de combate del General Gómez cuyo éxito cabal se frustra por el demasiado arrojo de sus subalternos. Primeras derrotas sufridas por el afamado general Luciano Mendoza.

El 20 de diciembre de 1901 estalla en La Victoria aquel movimiento revolucionario que tuvo por cuna una ciudad magnificada por el heroismo de los fundadores de la Patria, como si el destino hubiese querido en esta vez hacer alianza con las enseñanzas de la Historia, para demostrar a los venezolanos que las guerras no son nunca necesarias—asi estallen en lugares consagrados por hechos leyendarios y gloriosos—si el móvil que arma los brazos y lleva a los hombres al sacrificio no lo constituye un alto ideal de justicia.

En ese mismo día, un septenio después, ha de encargarse el destino de consagrar la verdad de aquellas enseñanzas. El 20 de diciembre de 1908, expide el General Gómez su célebre proclama a los Venezolanos donde dijo a sus compatriotas, en el lenguaje austero del Derecho, la necesidad que habia de acabar con una situación ya intolerable.

Lo que fué en La Victoria un alzamiento contra el orden legal vino a ser en Caracas—ciudad tanto o más ilustre que aquélla en los fastos de la República—movimiento redentor que se realizaría de manera incruenta, no obstante ser el derrocamiento, en el breve espacio de una semana, de esa misma situación que siete años antes no bastaron ríos de sangre, ejércitos poderosos y 19 meses de guerra para derribarla.

Y esto tiene su razón lógica. El Cipriano Castro de 1901 no es el Cipriano Castro de 1908. Aquel está sentado bajo el solio presidencial en virtud de la voluntad del pueblo y no se ha revelado detentador: es pues, un gobernante constitucional. Este es ya el autócrata ensoberbecido, que como uno de tantos providenciales arrullados por cantos de sirena ha tomado muy en serio la frase "Siempre vencedor, jamás vencido" con que le regala los oídos el feriante de empleos o de favores. El no es ya capaz de reflexionar en la parte de verdad de aquella su exclamación al celebrar los triunfos del auténtico sostenedor de su Gobierno: "Usted es el salvador del salvador" dijo Castro en memorable ocasión al dirigirse al General Gómez, y ¿quién duda que estaba en lo cierto al asegurarlo?

Hecho el suscinto comentario que antecede, continuemos la relación de los sucesos.

Tan pronto como el Presidente Castro se impuso del comienzo de la revolución, hizo llamar al General Juan Vicente Gómez a la residencia presidencial de Miraflores y también llamó a un grupo de Jefes militares de nombradía para celebrar una especie de Consejo de Generales y exponerles la situación tomando el parecer de ellos, ya que eran personas experimentadas en estos achaques y antiguos luchadores que desde la pugna por la Federación venían distinguiéndose en todas nuestras contiendas bélicas. Allí estuvieron presentes veteranos de fama como los generales Velutini, Ayala, Rodríguez y otros más. Era aquella reunión algo como un concilio en que quería saberse la opinión de los que muchas veces fueron compañeros de armas del Caudillo revolucionario, pero en manera alguna se congregaba a esos veteranos para escoger entre ellos la persona que habría de ir al frente de la hueste expedicionaria a asestar golpes decisivos a la naciente revolución. Esa persona estaba de antemano elegida por el Presidente Castro, y no podía ser otra que el valiente e insospechable amigo que desde el paso del río Táchira el 23 de mayo hasta el recio batallar de Tocuyito, había ofrendado a la causa de los nuevos hombres y los nuevos ideales junto con todos sus bienes de fortuna, la respetabilidad de su nombre sin tacha, su consagración a la ley del deber, su raro dón de saber mandar hombres en toda clase de luchas, la vida de uno, su denodado hermano, muerto a consecuencias de las penalidades de la campaña y que, en suma, fué el Bayardo de los sesenta bravos que desde las empinadas cumbres del Ande nativo hasta los valles avileños vinieron purpurando con sangre la tierra recorrida, impelidos por una sed insaciable de heroismo.

Al participar el Presidente Castro al General Gómez, la elección que había hecho en él, éste le contestó con el laconismo de un espartano: "Sí, señor General, yo voy, esas son las paradas que a mí me gustan; me llevo al General Secundino Torres con el batallón Junín y las fuerzas que encuentre en La Victoria, con eso es suficiente". Esas frases, dichas

por otro que no fuera el valiente y experto luchador que había sido el brazo y el nervio de la fulminante revolución de Mayo, parecerían una fanfarronada, pero pronunciadas con acento entero y viril por el General Gómez, significaban la derrota de los alzados de Aragua, y el eclipse total de la leyenda guerrera que había consagrado al General Luciano Mendoza como el más estratégico de nuestros capitanes. Los viejos veteranos allí reunidos se asombraron al oirlas, porque éllos se imaginaban que el vencedor de Páez, el héroe de la gesta liberal, era un contendor formidable a quien únicamente con grandes ejércitos cuyo mando se les encomendase, era como podía hacérsele frente.

Con la rapidez característica de quien conoce los secretos del triunfo y sabe que cualquier momento perdido en los conflictos de la guerra, puede acarrear un insuceso, se dedicó el General Gómez durante ese mismo día a organizar su pequeña hueste, la que estaba ya lista en la mañana del 21 y partía en el tren ordinario hacia La Victoria acaudillada por su bravo Jefe.

Al pasar por Los Teques, los empleados del ferrocarril intentaron producir confusión en el ánimo entero del Jefe expedicionario propalando la falsa especie de que era casi seguro un ataque del tren, a mano armada, antes de que éste llegase a La Victoria y añadían que se temía hubiese sido volado ya uno de los puentes del tránsito. Ante aquellas alarmas, el General Gómez, acostumbrado a superar dificultades, a afrontar peligros cualquiera que fuese la magnitud de ellos y conocedor además de la circundante atmósfera revolucionaria donde prosperaban aquellas consejas, previó lo que podía pasar hasta dar por sentado que pudieran ser ciertas tales informaciones y ordenó, sin dilación, que todos sus oficiales se armasen de máusser, siendo él el primero en tomar una de aquellas armas. Se preparaba de esta manera para lo que sucediese y para defenderse y atacar a la partida o partidas de alzados que osaran detenerlo en su camino.

Cuéntase que una familia se dirigía en el mismo tren con destino a Valencia y que, al ver el aparato o preparación para combatir y al enterarse de los riesgos anunciados, se llenó de pavor y quiso interrumpir al punto su viaje. Es ese el momento en que el General Gómez, da la primera señal de la plena confianza que tenía en sí mismo al emprender aquella campaña, confianza que como toda revelación de una fuerza superior, llega a comunicarse a aquéllos seres en quienes el miedo producía naturalmente sus estragos. A las súplicas y llanto de la familia dicha que se creía irremisiblemente perdida si no dejaba el ferrocarril para quedarse en Los Teques, contesta la palabra persuasiva del Jefe y su ademán reposado y sereno, y es tal la virtud de supremo valor que emana de aquel ánimo viril y de aquel gran espíritu, que las mujeres medrosas antes y hasta un sacerdote también aterrorizado, cobran bríos y resuel-

ven correr las contingencias del camino. Tal aconteció cuando Julio César, al regresar a las costas de Roma procedente de Bitinia, por entre un mar embravecido y amenazado del ataque de unos piratas, disipó el temor a la muerte entre sus acompañantes, con la célebre frase: "Nada temáis, Julio César va con vosotros."

Toda la leyenda del puente volado y del presumible ataque a mano armada, forjada por aquellos tontos que se imaginaron producirían turbación en el imperturbable adalid, viene a resultar una farsa, una mentira irritante y burda y a la hora de reglamento se detiene el tren en La Victoria sin que el más mínimo percance hubiese ocurrido.

A las dos se continuó la marcha hasta la plaza de Cagua, donde acampó el General Gómez, para al día siguiente, a eso de las 8 de la mañana ser formado el Ejército en disposición de proseguir la marcha. Este Ejército se componía de los batallones Junín y Victoria, no completos y de un pequeño cuerpo de artillería ligera. Allí fué nombrado el personal del Estado Mayor General y verificada la parada se marchó inmediatamente, con dirección a Villa de Cura. La tropa iba con alguna lentitud, pues era la primera gran jornada que hacía y le faltaba adquirir esa celeridad con que en breve podría secundar la actividad incesante y eficaz, característica del experto caudillo que la comandaba.

Era muy probable que en Villa de Cura se encontrase por primera vez al adversario, pues, según cálculos, allí debía éste haber hecho alto, en la creencia de poder combatir con ventajas a su perseguidor.

El General Gómez, tenía ya previsto el encuentro y había mandado unos oficiales montados, para que inspeccionasen con la mayor acuciosidad aquel lugar, y tras de éllos, a marcha forzada, iba una columna del batallón Victoria destinada a comenzar la lucha tan pronto como aquella descubierta avistase el enemigo y lo advirtiese con las señales del caso. En el punto denominado "La Casablanca" columbró la mosca o descubierta dicha las primeras avanzadas revolucionarias, y habiéndose dejado divisar aquellos oficiales a caballo fué menester que disparasen sobre los núcleos que estaban a poca distancia de éllos. Como una derivación del impetuoso avance de estos ginetes destacados, el enemigo replegó sobre su cuartel general, hasta detenerse en el sitio llamado Los Colorados, teatro otras veces, en nuestras contiendas civiles, de sangrientos combates. Allí, se tirotearon de nuevo los grupos de tropas en acción. Llegado que fué el General Gómez al sitio en referencia, comenzó sin pérdida de momentos a disponer el ataque y previamente ordenó a uno de sus más bravos tenientes que se adelantase al frente de dos compañías por los cerros que se extienden al norte de la ciudad ocupada a la sazón por el general Mendoza y los suyos, de manera de atacar simultáneamente por el flanco izquierdo y por el centro, plan éste de operaciones que era el mejor que podía trazarse en aquellos momentos, dada la celeridad con

que tenía que procederse. Las dos compañías que embestían por el flanco izquierdo debían caer al camino que va de la ciudad a los llanos, cerrándole al enemigo la retirada, que sólo por ahí podía efectuar. Este plan de ataque concebido por el General Gómez con la rapidez del rayo, hubiera sido decisivo para acabar allí mismo con Mendoza y su gente, quienes hubieran caídos todos prisioneros, a ser que los ya nombrados oficiales que componían la descubierta, como ya lo hemos narrado, hubiesen podido no dejarse ver en La Casablanca, por las avanzadas que tenía colocadas en este punto el adversario, que no presumía se le vendría encima un Jefe del empuje y talla del General Gómez. Pero no se debió la tal falta a desobediencia de los hombres de la mosca, sino al demasiado ardimiento de éllos que en su arrojo de valientes sintieron una necesidad imperiosa de ir hacia el peligro.

Los revolucionarios, se retiraron casi a la desbandada, desconcertados por la repentina acometida, la cual ni siquiera sospechaban, pues sintieron el calofrío del temor ante algo que éllos percibieron arrollador e incontenible. A escape se fueron como les fué posible por la vía que conduce a San Juan de Los Morros. Los pocos que quedaron en el lugar para proteger aquella huída, cayeron al certero fuego de las huestes del Gobierno que acometía con la violencia del huracán sacudido en su espíritu guerrero por el fuego avasallador del alma de su caudillo. A galope tendido penetró éste con su comitiva hasta la plaza principal de la ciudad, donde le salió al encuentro el General Juan Carabaño, adversario de los alzados, quien le esperaba en la puerta de su casa para darle información cierta de todo. Obtenidas estas informaciones, comprobó al punto el General Gómez, que si su plan de ataque se hubiese estrictamente cumplido, Villa de Cura habría sido el fracaso irremediable de la revolución, pues, no se hubiera escapado ni uno solo de los alzados, inclusive su insigne Capitán.

La derrota sufrida por el general Mendoza en Villa de Cura, ante el certero y fulmíneo ataque del General Gómez, es el anuncio de cómo aquella revolución, que había de durar todavía algún tiempo, sería por él definitivamente aniquilada.

El Jefe derrotado, se había imaginado que las cosas pasarían de otra manera. Discurrió él que podía esperar sin zozobras al general Antonio Fernández, quien alzado también debía concurrir, según los planes ya trazados, a Villa de Cura a engrosar las filas de los revolucionarios. Suponía el General Mendoza que aquél traería un fuerte contingente de hombres y de elementos que unidos a los sacados de La Victoria, llegarían a constituir una apreciable cantidad de gente armada con que poder ellos defenderse mientras la chispa prendía por todas partes desde el Centro hasta el Occidente y Oriente de la República. También entraba en los cálculos del veterano, la creencia de cómo en Caracas habría cau-

sado estupor su actitud armada y que al sólo prestigio de su nombre, atemorizados los del Gobierno hubieran buscado el modo de levantar un gran Ejército encomendándole su dirección a uno de los caudillos de vieja fama, y que, mientras tal aconteciese, las tropas facciosas aumentarían de tal manera que a poco andar del tiempo y después de breve combatir, entrarían triunfantes a Caracas.

Pero los acontecimientos fueron bien distintos; ni el Expedicionario de Cordero llegó a unirse al general Mendoza, detenido como quedó según veremos adelante, por la táctica infalible del General Gómez—ni en Caracas se perdió el tiempo tratando de reclutar y equipar ejércitos jerjesianos que enviar contra los Alzados de Aragua, ni se solicitó la ayuda de antiguos generales para ponerlos al frente de esos ejércitos, sino que el Presidente Castro, que conocía bastante a sus compañeros de armas y sabía cómo entre ellos el futuro debelador de la revolución se distinguía por sus talentos indiscutibles de guerrero, cuyo arrojo y pericia ningún General podía igualar, dió—como lo hemos narrado ya—sin perder instantes, el mando de unos dos batallones al General Gómez, pues, tenía la evidencia de cómo este compañero de armas no necesitaba miles de soldados para vencer y que, con unos pocos que supieran secundar sus órdenes e imitarlo en su desprecio a la muerte y en su actividad maravillosa, arrollaría cuantos revolucionarios se le atravesaran en el camino.

Así, pues, el plan del General Luciano Mendoza y sus conjeturas quedaron ruidosamente frustrados y a los dos días de haberse declarado en campaña y haber lanzado su proclama, estaba ya desmantelado, lleno de confusión y pensando únicamente en retirarse.

Las operaciones que se prometía Mendoza emprender por lo pronto eran las siguientes: aguardar la incorporación del General Antonio Fernández, marchar sobre Calabozo donde fácilmente apresarían al General Pedro Arteche y después dejar que los sucesos se desarrollasen para iniciar una campaña en forma. Pero todos estos alegrones se volvieron confusión y derrotas como queda referido.

En Villa de Cura, el General Gómez, que está muy distante de ser hombre que se duerma sobre sus laureles, tomó apenas una taza de café, único alimento que necesitaba este guerrero de voluntad indómita y constitución de acero. En los momentos en que deseabalgó se ocupó de ordenar que activase la persecución de los derrotados y al efecto dispuso que el Doctor Luis Godoy—uno de sus subalternos—partiese a escape a alcanzar al Coronel Vicente Alfonzo, quien marchaba por la carretera bajo las órdenes del General Secundino Torres, comisión que tenía por objeto decir al referido Coronel Alfonzo que continuase la persecución sin reposar. El Doctor Godoy cumplió su comisión y a poco andar el mismo General Gómez alcanzó a Alfonzo con la oficialidad que le seguía

a caballo y ahí le reiteró la orden enviada con Godoy, aprovechando la ocasión para alentar con frases de vigoroso estímulo al oficial y a la gente que conducía.

A una hora, más o menos, de continuarse la marcha se dejó oír un tiroteo a la vanguardia; esto se debía a que el general Secundino Torres, digno teniente del General Gómez por su valor extraordinario, le había dado caza a los revolucionarios y a fuego de fusilería los había constreñido a pararse a combatir. Breve fué esta escaramuza, a la cual habían de suceder otras más durante aquella continua acometida, que tenía el poder violento y la fuerza inextinguible de los leviatanes.

En ese incesante marchar y embestir tras el contrario en retirada llegaron las huestes del Gobierno hasta la histórica Puerta, donde los revolucionarios intentaron acabar con sus perseguidores y se afirmaron para pelear reciamente. Allí cambiaron de táctica en la manera de hacer fuego y se colocaron en una serie de colinas que en sucesión van protegiendo el camino. Su posición era muy ventajosa porque podían esperar a las tropas del General Gómez, dominando la sabana que éstas tenían que atravesar irremisiblemente, soportando el fuego enemigo a campo raso, para lograr asaltar aquellas posiciones. La topografía del terreno, pues, representaba para los revolucionarios una gran ventaja para detener—con las probabilidades de éxito que hasta entonces no habían tenido, a sus tenaces perseguidores.

El General Gómez no experimentó la menor contrariedad con el hecho de que el adversario aguardara en aquellas posiciones ventajosas. Muy al contrario, se sintió satisfecho porque se le presentaba un lance en que daría severa lección a aquellos enemigos que osaban enfrentársele en el punto estratégico más importante. Contra posiciones difíciles de expugnar, el Jefe experto tenía el inagotable recurso de sus conocimientos militares y de su acierto para concebir un plan de combate que no fallase, así fuera breve el tiempo de que disponía para concebirlo.

Al instante quedó trazado ese plan de ataque y fué el siguiente: Dividió sus fuerzas en dos alas —según la táctica clásica—y tomó el mando directo del centro de ellas, aunque en rigor el flanco derecho en aquella posición, quedaba confundido con el centro, pues, examinado minuciamente el terreno y la colocación de la gente, no había allí ala derecha, porque en el espacio que ella pudiera ocupar corría el río a poca distancia del camino real, que indispensablemente era el centro de las operaciones.

La duración del combate en el histórico sitio de La Puerta, fué como de una hora. El enemigo, merced a sus formidables posiciones, pudo resistir allí el empuje de las fuerzas del Gobierno.

En realidad, esta nueva derrota de los hombres del General Mendoza y de él mismo, se debió a que aquéllos no sabían hasta entonces

quién era el rayo de la guerra que los venía aniquilando en un implacable combatir, desde dos días después de la verificación del movimiento de que eran iniciadores. Pero al escuchar entre el estruendo de la pelea la voz de "Viva Gómez!" dada por los soldados entusiasmados ante el arrojo de su Capitán, comprendieron que se las habían con un Jefe de talla a quien los hechos—que valen en estos casos mucho más que todas las famas—les revelaban General superiorísimo.

Ese grito de guerra ha de ser más tarde la palabra indispensable que formulen los soldados, como un conjuro infalible al éxito, cuantas veces disparen sus fusiles y esgriman sus espadas en aquella guerra que ha de durar todavía muchos meses más.

"Viva Gómez!" Bajo las tiendas de campaña, sobre las colinas enhiestas, por cima de las llanuras agostadas por el furor de la contienda, no ha de pronunciarse en lo venidero más que ese vítor, el único que ha de galvanizar el ánimo de las tropas, durante esos largos meses de guerra, en que los Jefes que utilizó Castro, sufrieron la amargura del fracaso, delante de las avalanchas revolucionarias que llegaron a constituir grandes núcleos de fuerza en todas partes del país.

Es el verdadero grito de combate que sacude los nervios del veterano o del recluta, con el viejo sacudimiento heroico que les hizo invencibles en los días en que fueron, devorando distancias y destruyendo Ejércitos formidables, hasta tender sus cuerpos fatigados por el cansancio pero homéricamente vencedores, en las crestas más empinadas del Alto Perú. El grito que pone pasmo en el alma de los revolucionarios, pues, donde quiera que lo han oído, sus filas se han roto y han tenido que volver las espaldas, como si el propio Genio de las Batallas, agitase continuamente sus alas sobre los batallones y las banderas del pacificador.

Una a una, tomaron las tropas del General Gómez, todas las posiciones en que trataron de afirmarse los revolucionarios, en su anhelo de resistir allí para ver si llegaba el general Antonio Fernández de San Sebastián y les daba más elementos con que soportar aquella serie de derrotas que venían sufriendo desde Villa de Cura hasta La Puerta, en pocas horas.

En una de las colinas tomadas al enemigo, combatió el General Gómez en persona expuesto a todos los peligros y con un mausser en la mano que disparaba sin cesar hasta que sus subalternos: el Doctor Godoy y el general Gorrochotegui, se lo sustituían por otro ya cargado. Eran diez, eran veinte, eran treinta disparos que la mano firme y segura del paladín arrojaba sobre el contrario, dando ejemplo de cómo se debía pelear.

Es inconcebible el valor y la fe que tenía que comunicar a sus hombres de armas el caudillo impávido que con absoluto menosprecio de

la vida se erguía en aquella colina, demostrando con la elocuencia de los hechos, cómo es de poderoso el deseo de triunfar y cómo es de eficaz, cuando alienta dentro de un corazón como el del General Gómez, en cuyo interior no medró nunca el miedo.

Bajo las órdenes de aquel valiente tenían que sentirse orgullosos de ser mandados hombres como Secundino Torres y tantos otros más que constituían la Oficialidad que salió a luchar con el general Mendoza el 21 de diciembre.

Desde aquella colina el General Gómez no sólo combatió personalmente sino que se sirvió de ella para observar atentamente todo el terreno que ocupaba el adversario y el que se extendía en el horizonte y por donde habría de verificarse forzosamente la retirada de los revolucionarios. Las balas en esta ocasión lo respetaron, no obstante ser dirigidas expresamente contra él por el enemigo que llegó a comprender que el General Gómez estaba ahí, por la circunstancia de llegarle de aquel sitio con mucho más calor y más intensidad de sonido el vítor a su Jefe, que lanzaban desde el lugar los subalternos, locos de entusiasmo al presenciar el heroísmo de aquel que de manera tan magnífica se batía.

Una nube inmensa de polvo elevóse del campo adverso para advertir a los gobiernistas que los contrarios se declaraban en derrota. Al punto, el General Gómez dirigió a sus hombres de armas la siguiente lacónica arenga: "A ver; todo el que esté a caballo que coja un mausser; y sigan todos con el General Secundino Torres la persecución: esa gente no se para ya más". El hombre a quien aludía el General Gómez, indicando a sus oficiales y gente montada que lo siguiese en la marcha tras de los facciosos, era uno de esos seres nacidos para vivir entre el fragor de los combates para arrastrar en pos de sí a los soldados, aun a aquellos que fuesen cobardes. El cayó como saben hacerlo los valientes, en una carga tremenda, al frente de los suyos.

A la breve arenga del General Gómez, todos los hombres de a caballo, se movilizaron para ir a la persecución de los vencidos. Como un torbellino se esparcieron estos fieles legionarios por el camino y se fueron tras el bravo teniente que su Jefe les señalara para seguir aniquilando las huestes maltrechas del General Mendoza.

Unos pocos oficiales se quedaron con el General Gómez, para obedecer y comunicar cualquier orden que trasmitiese él.

El experto Jefe no se equivocó ni en lo más mínimo cuando al arengar a los suyos les dijo que aquellos derrotados no se pararían más a pelear. Así sucedió: los revolucionarios alzados en Aragua no volvieron a pelear más, en toda la primera etapa de la revolución.

La noche vino y con ella el descanso para aquellos soldados que tan alto ejemplo habían dado de valor y resistencia indomable a la

fatiga; veteranos los unos y los otros no, pero todos bajo las órdenes de un capitán de músculos férreos y voluntad inquebrantable, habían hecho en dos días lo que otros ejércitos en las diversas guerras civiles que hemos tenido, no llegaron a hacer nunca en menos de meses, de marchas y contramarchas. Pero los tiempos eran muy diferentes y el General que mandaba estos bravos había salido a combatir y a combatir sin tregua; esa fué su consigna desde que aceptó el mando que le ofreciera el Presidente Castro, y fiel a esa consigna él y únicamente él había de ser al cabo de más de año y medio de luchas y de marchas a través de casi todo el Oriente, Centro y Occidente de la República, el vencedor de la denominada Revolución Libertadora, que si la vemos débil en sus comienzos había de adquirir, al discurrir del tiempo, todos los caracteres de un movimiento gigantesco de hombres, aspiraciones y deseos de mando: esto es, un poder formidable que había de amenazar al Gobierno de Castro con su inminente pérdida, de no ser que el General Gómez lo hubiera evitado.

Mientras los vencedores dormían en el propio campo conquistado con su sangre y sus esfuerzos, después de haber realizado aquellos trabajos de Hércules, la vanguardia del Ejército espedicionario llegaba a San Juan de los Morros, donde arrollaba y desalojaba a los primeros combatientes de aquella revolución: los generales Mendoza, Lutowsky, Herrera Sucre, etc., etc.

El 23 al aparecer el alba llegaron las tropas al referido pueblo de San Juan de los Morros, donde fué imprescindible que comiesen, pues, no lo hacían desde el 21 en la tarde en Cagua.

En este punto, el General Gómez dictó nuevas medidas necesarias a la pronta y cabal persecución de los facciosos, organizando de una vez el escuadrón de oficiales que seguían bajo las órdenes inmediatas del General Secundino Torres, escuadrón que fué despachado adelante, entre nueve y diez de la mañana para seguir los demás la marcha a las diez. Se ocupó el General Gómez de dirigir telegramas al Presidente de la República dándole cuenta de la acción del día anterior con todos los pormenores del caso, como prisioneros hechos, heridos, muertos, pérdidas de una y otra parte. Los prisioneros de tropas ilesos fueron puestos en libertad y también se hizo participación de que el Junín quedaría mandado por los Coroneles Rufo Nieves y Luis De Pascuali, batallón que quedaba destinado a atajar al General Antonio Fernández y con órdenes de que al día siguiente siguiera la marcha detrás del resto del Ejército que adelantaba su camino desde luego, hasta esperar nuevas órdenes en Ortiz. A esta población llegó el Ejército la misma noche del 23 más o menos a las 8. Allí se unió otra vez con el Escuadrón, que una hora antes había dado alcance en dicho pueblo a los derrotados, quienes no tuvieron tiempo para comer y siguieron en su sálvese quien pueda,

ya incapaces de intentar ningún esfuerzo que no fuera el de alejarse del peligro. Como a las 12 de la noche continuó el Escuadrón su marcha de persecución, después de unos pocos momentos de descanso y el grueso de las tropas siguió también la marcha en la madrugada del 24, quedando en Ortiz, como lo hemos dicho antes, el batallón Junín.

En Morrocoyes se tuvo noticia de cómo el Escuadrón había tiroteado en ese punto a los revolucionarios, lugar donde uno de ellos se suicidó, presa de la más horrible desesperación por el terror que llevaban aquellas gentes, sintiendo incesantemente atrás la boca de los fusiles con que les amenazaba a todo momento el grupo de ginetes que iba comandando el General Secundino Torres. Esos revolucionarios jamás llegaron a imaginarse que iban a ser desalojados de todas las posiciones que ocuparan, batidos y destrozados en menos de tres días. Las esperanzas y mentidos espejismos que acariciaron de triunfar vinieron a trocarse en el más tremendo desengaño.

PRIMERA ETAPA

CAPITULO II

Envío de los comisionados a los Presidentes del Guárico, Apure y Zamora.—Ligeros combates en San José de Tiznados y el Paso de Esteves.—El General Gómez contramarcha de San José a Parapara.—El general Mendoza derrotado se interna en el llano.—El general Secundino Torres lo persigue hasta el hato Santa Isabel.—Llegada del general Silverio al Cuartel General.—El general Fernández choca con las tropas que le ha escalonado el General Gómez.—Combate del general Fernández con Torres.—Queda derrotado y huye con unos pocos.—El ejército sale de Parapara y se queda en San Juan de los Morros.—El coronel Miguel Guardia es nombrado Jefe Civil del lugar.—El General Gómez continúa la marcha hacia Villa de Cura.—Deja en la serranía de la Virgen Pura al doctor Godoy y a otros oficiales para que busquen a los revolucionarios que hayan podido quedar ocultos en este lugar.—Eminente acto de clemencia del General Gómez.—Marcha sobre la Sierra de Carabobo.—Facilidades de este lugar para guarida de guerrilleros.—Difícil campaña efectuada allí por el General Gómez.—El general Arvelo pelea con el general Mendoza en El Barro.—Caen más prisioneros. Regreso del General Gómez a Villa de Cura después de haber recorrido toda la Sierra de Carabobo y sus contornos.—Salida para los llanos de Cojedes a combatir al general Loreto Lima.—El viejo centauro cae en los lazos de la infalible pericia del General Gómez y es hecho prisionero.—Marcha sobre la facción del general Barraez.—Regreso a Caracas.

En Morrocoyes despachó el General Gómez dos comisionados que fuesen en busca de los Presidentes del Guárico, de Apure y de Zamora, a efecto de que éstos mandasen gente al encuentro de los dispersos para capturarlos.

De Morrocoyes se siguió a San José de Tiznados, pueblo en que de nuevo habían sido alcanzados los revolucionarios por el Escuadrón comandado por el general Secundino Torres. Este continuó su marcha en la madrugada del día 25.

El Ejército acampó en esta población, en sus afueras, para entrar en ella en la mañana, después de haber salido la caballeria.

Serían las 10 de esa mañana, cuando el General Gómez recibió un comisionado del general Secundino Torres; era éste un oficial devuelto del lugar llamado del Desembocadero o Paso de Esteves, sitio equidistante entre San José y San Francisco de Tiznados. Allí peleó el Escua-

drón por última vez con el enemigo, aniquilando la gente del general Mendoza, la cual dispersa del todo, huyó por diferentes vías a la desbandada.

De San José contramarchó el General Gómez a situarse en Parapara, conceptuando éste el lugar más a propósito para ir sobre los revolucionarios dondequiera que ellos apareciesen por aquellos lugares, o bien por la Sierra de Carabobo.

El general Secundino Torres había adelantado de San Francisco de Tiznados por la vía del hato de Santa Isabel, donde llegó ese mismo día permaneciendo allí hasta el 27 a las 11 de la noche, hora en que recibió orden de contramarchar también haciendo camino derecho pasando por San José y Ortiz solamente. El Escuadrón llegó a Parapara a las 5 de la madrugada del 29.

El general Mendoza efectivamente había pasado por el hato de Santa Isabel, pero desde allí fué imposible saber con fijeza el rumbo que tomara: se hicieron suposiciones y entre éllas, como la más probable, la de que el Jefe contendor hubiese tomado la vía del Barbasco, rumbo hacia Apure, pues, en el alto llano, dada la situación desesperada en que se encontraba, era donde podría esquivar con mayor facilidad las pesquisas e incesantes diligencias del General Gómez por capturarlo.

El General Gómez, sin darse treguas para ningún linaje de descanso ni mental ni corporal, se ocupó toda la mañana del 29 en despachar con el Doctor Luis Godoy,—quien le servía también de Secretario,—una extensa correspondencia de telegramas que salían incesantemente por la Oficina respectiva y por medio de postas que iban por distintas vías. El inmenso trabajo de esa mañana dió como resultado inmediato el que, en virtud de las órdenes expedidas, el general Antonio Fernández tuvo que empeñar una acción de armas donde salió muy mal librado. Y fué que el General Gómez en sus telegramas dispuso las cosas de tal manera que este Jefe revolucionario, cuyo valor y experiencia militar eran bien conocidos, no pudo escapar de caer en la red que le fué tendida con la habilidad más consumada; no hubo detalles de caminos, tiempo, duración de marchas y demás peculiaridades que pudiesen preverse en el adversario, las cuales no tuviera en cuenta el experto Caudillo Expedicionario, para obligar al general Fernández a que pelease.

Entre estos telegramas se señala el que dirigió el General Gómez al Presidente Castro, en que le comunicaba como verificada la derrota del general Fernández, era tal la fe que él tenía en este triunfo y en que ninguno de sus cálculos fallaría. El telegrama más o menos iba concebido en estos términos: "Tengo el gusto de ofrecerle esta nueva derrota del enemigo en la Pascua de Año Nuevo". El Presidente Castro contestó este telegrama haciendo mención de la circunstancia de ser aquel lugar (La Puerta) tristemente célebre por las derrotas sufridas allí por las ar-

mas libertadoras pero que bajo su Gobierno se vengaban esas derrotas con ésta que él infligía a quienes se daban el nombre de libertadores.

El mismo día 29 llegó al Cuartel General de Parapara el veterano Carlos Silverio, con una columna. Estos traían prisioneros a varios de los alzados.

El General Gómez, en la red que había tendido para esperar a Fernández, tenía escalonadas fuerzas por todo el camino hasta más allá de La Puerta. Fué por este lugar donde vino a chocar el mencionado revolucionario junto con sus tropas—unos cien hombres armados.

La acción contra Fernández le tocó al general Torres librarla, por haber sido el mencionado lugar el sitio en el cual el General Gómez lo colocara con gente lista para combatir.

La duración del combate sería una hora, tiempo suficiente para que los revolucionarios quedasen derrotados. La pelea, que fué de corta duración pero intensa, se verificó a la proximidad de la noche del día 30 y sólo favorecido por esta circunstancia, es como logró escaparse el general Antonio Fernández sin ser capturado.

Al clarear de la mañana del 31 salió el General Gómez de Parapara y al pasar por San Juan de los Morros dispuso que el Ejército se quedara en este pueblo para que se arbitrase de algo de vestuarios, siquiera fuesen alpargatas, de que estaban muy escasos los soldados. También era la intención del General Gómez que esta tropa descansase ahí un poco y se repusiera para darla vigor para nuevas marchas en la continuación de la primera etapa de la campaña emprendida y que iba a ser rematada con un éxito de importancia.

A los efectos de este aprovisionamiento de las tropas el General Gómez constituyó en autoridad del lugar al coronel Miguel Guardia, que era activo y muy apropiado para el caso.

Al pasar el General Gómez por La Puerta para tomar el camino llamado de Las Minas de Chacao, que atraviesa una serranía llamada a su vez la Serranía de la Virgen Pura, en el trayecto hacia Villa de Cura, ordenó que el Doctor Luis Godoy con los coroneles Arturo Uslar y Victoriano Valero, unidos a unos números de tropa, se quedasen para registrar minuciosamente aquel lugar y sus contornos, capturando los dispersos de los últimos combates que pudiesen estar escondidos por esos montes. Después, el General Gómez continuó hacia la Villa, en compañía del general Carlos Silverio.

Godoy y sus hombres cumplieron de la manera más cabal las órdenes que recibieran. Al ser las cinco de la tarde de aquel día descubrieron ellos, desde la altura del camino por donde marchaban, del lado opuesto del río Guárico—que corre en esos sitios por entre enormes barrancos—un montón de gente, al parecer, que desmontada de sus caballe-

rias trataba de ocultárseles entre la montaña. Pero Godoy y sus compañeros hicieron unos disparos, descendieron por los barrancos pasando a la otra margen del rio a pie, y sólo encontraron al general M. Silva Paredes, a un hijo de éste y a unos oficiales de escasa significación, quienes junto con el general Fernández, habían llegado a aquel punto desde La Puerta, habiendo éste último, con otros, huído por sus propios pasos y dejado allí sus bestias aperadas del todo, las cuales constituyeron apreciable presa hecha por aquellos valientes y dignos servidores del General Gómez, que tanto habían aprendido ya por el hecho de estar al lado de un Jefe de tal talla y conocimientos. Al dia siguiente llegaron estos oficiales al Cuartel General de Villa de Cura, portadores de todo lo que habían adquirido al desempeñar su comisión.

El General Gómez efectuó en dicha ciudad una acción de clemencia que jamás podrán olvidar los villacuranos ni ninguno de los que estaban ahí presentes, así fué ésta de noble y generosa, habida consideración que se comenzaba una guerra en que eran necesarias las represalias para atemorizar al adversario. Mas, el alma grande del pacificador no fué capaz de dejarse seducir por los odios reinantes y plena de fe en la justicia de su causa y en que la victoria sabría él cautivarla sin necesidad de ser cruel ni de inspirar terror, sino a fuerza de valentia y de constancia indomable, reunió al punto a todos los prisioneros—excepto a los traidores—y en la plaza principal de Villa de Cura, a la vista de casi la totalidad de la población, púsoles en libertad, aconsejándoles con palabras reveladoras de una conciencia enamorada siempre del bien, aunque plena de confianza en la virtud soberana de las energías propias, que se fuesen a sus casas a atender a sus familias y a trabajar, como la mejor manera de componer una Patria que aquellos extraviados querían libertar de unos males imaginarios por medio de los males reales de la matanza y la destrucción de la propiedad.

Ese mismo dia se ocupó el General Gómez en dictar diversas órdenes y las medidas conducentes a la captura de los revolucionarios fugitivos y de los que andaban vagando por los lugares por donde habían podido asilarse. Como tuviese conocimiento de que el general Luciano Mendoza, con algunos compañeros había abandonado la via de los llanos, buscando la Sierra de Carabobo en solicitud del general Cedeño, los Colmenares y otros alzados que merodeaban por dicha sierra, dispuso, con su acostumbrada celeridad, que las fuerzas se movieran hacia aquella región, lugar muy favorable a ser teatro de asaltos y de guerrillas y guarida de bandas que quisiesen hacer una guerra larga y salvarse con ventajas de toda persecución. Pero para el hábil Capitán expedicionario no existían ni existen posiciones infranqueables ni selvas que no se puedan penetrar ni enemigos que logren burlarse de una persecución que él efectúe. Y así tenemos, que él se internó en el laberinto de caminos, atajos,

desfiladeros y escondrijos de la tal Sierra, animado sólo de la voluntad de pelear y de vencer y con el mayor menosprecio de las fatigas del cuerpo y de los riesgos a que su espíritu impetuoso y resuelto lo exponía.

El ejército salió de Villa de Cura el día 3 de enero en la mañana.

El General Gómez se internó con sus tropas en la referida Sierra de Carabobo y tras marchas largas y fatigantes, que únicamente aquellos hombres animados del espíritu superior de su Jefe podían soportar, acampóse en la primera noche en Los Naranjos y la segunda en la fila de Pacaragua, a donde llegaron a las seis de la tarde del día 4. Al enemigo vinieron a encontrarlo en El Barro el 5 en la mañana, esta vez en combinación con el general Jesús María Arvelo, quien venía por los lados de Valencia.

Pero aconteció que éste llegó primero que el ejército expedicionario, al punto en que se hallaban el general Mendoza y los suyos, y como quiera que dicho general Arvelo ignoraba la ida del General Gómez por Manuare y Pacaragua, rompió los fuegos sobre el enemigo, anticipándose a la acción combinada de ambas tropas, que hubiera sido la derrota definitiva del general Mendoza, pues, sin la menor duda habría caído allí prisionero con todos sus acompañantes. No obstante se hizo un regular número de prisioneros, entre ellos Simeón Colmenares, Candelario Matos y otros oficiales que el General Gómez dispuso que fuesen conducidos a Valencia bajo la custodia de Pedro Felipe Rueda, oficial que había venido con una pequeña fuerza. Con este mismo oficial mandó el General Gómez llevarse la artillería, arma que resultaría inútil en aquellos lugares, donde el terreno está lleno de accidentes y los caminos son vericuetos de difícil acceso aun para tropas muy ligeras.

El Jefe expedicionario distribuyó todas las fuerzas de que disponía de la siguiente manera: Las del general Jesús Mª Arvelo, el batallón "Junín" y las del general Carlos Silverio en diferentes vías y con diversas comisiones, operaciones éstas que fueron dictadas en el pueblo llamado Juan Félix el día 5 de enero en la tarde. El general Carlos Silverio fué despachado hacia El Pao, llevando de Secretario al Doctor Luis Godoy.

Entre tanto, el General Gómez, con parte del batallón "Junín", recorrió por todas partes en persona la abrupta y escarpada Sierra, pasando por Espinito, Gengibre y El Viento y situándose finalmente en Carabobito, el más estratégico punto de aquellas serranías en relación con las operaciones militares que se practicaban. En este lugar volvióse a reunir con el ejército el general Silverio, después de haber efectuado una gran recorrida por San Francisco de Tiznados, hasta el Pao de San Juan Bautista.

El regreso a Villa de Cura se verificó por Belén y Magdaleno. Próximamente el 25 de enero llegó el General Gómez a la primera de las poblaciones mencionadas. De allí se salió nuevamente, siendo el trayecto

por Güigüe, Tocuyito y Tinaquillo, vía otra vez del llano para caerle encima al renombrado caudillo llanero, general Loreto Lima, vencerlo y hacerlo prisionero.

Era éste un elemento verdaderamente temible en la guerra. Especie de fanático por las glorias de que hablan las consejas y falsas leyendas al referirse a los hombres que portan lanza y retan todos los peligros sobre el lomo de sus indómitas caballerías, así sean esos peligros los furores de grandes ríos y caños desbordados, el zarpazo o la cornada de las fieras, la inclemencia de las estaciones y el semejante frente a frente armado y firme en fogoso corcel. De todas esas historias fácilmente aprendidas en el reposo de las cálidas noches tropicales, estaba nutrida la rudimentaria mente de aquel centauro, que no obstante estar para la época a que nos referimos ya entrado en años, era robusto y de una constitución tan vigorosa que nada ni nadie parecía capaz de vencerla.

Pero la historia del temible lancero había de quedar terminada en esos días, pues de las empinadas cumbres había descendido ya el cóndor que iba a quebrantar el pecho del centauro y a relegar su fama y su renombre a esas mismas consejas que fueran los libros de caballería en que aprendió a ser valiente aquel terrible hijo de las llanuras.

Llegado que fué al Tinaco el Ejército Expedicionario en los primeros días de febrero, el General Gómez preparó una hábil estratagema en que tenía que caer el general Loreto Lima, a pesar de su astucia de zorro y de su natural sagacidad de llanero.

Como estuviera el General Gómez ocupando con su Estado Mayor la plaza principal como campamento, las pocas fuerzas que tenía las distribuyó en las afueras de la población en acuartelamientos estratégicos: el río por el paso, lo tenía cubierto con gente. Habiendo sabido el General Gómez que Luis Loreto—como familiarmente se le llamaba en Cojedes—andaba cerca y se comunicaba con los habitantes del Tinaco, que eran en su mayoría revolucionarios, hizo mover en la mañana del 7 de febrero todos los campamentos, poniéndose las tropas en disposición de marcha, y salió él de la plaza, vía San Carlos, pero antes había prevenido a la gente dejada para cubrir el río que sólo se movilizara de allí a la plaza.

El General Gómez continuó su camino hasta Orupe, adonde llegó a eso de las 11 de la mañana y recibió el posta por él esperado con la participación de lo sucedido y que era la siguiente: a poco de salir el General Gómez con su Estado Mayor, Luis Loreto se vino sobre ésta creyéndola desguarnecida, indudablemente por avisos recibidos de que había sido evacuada por las tropas del Gobierno. Cayó, pues, en la trampa el consumado veterano y como era bravo se metió impetuosamente y salió herido en el hombro izquierdo, durante la refriega que tuvo que sostener en el paso del río, desde donde las tropas del General Gómez lo llevaron

en derrota hasta el camino de Las Galeras y si no se continuó la persecución fué debido a que toda la gente de Luis Loreto era de caballería.

A los cuatro días de este choque en El Tinaco, cayó prisionero el célebre general Loreto Lima en el mencionado sitio de Las Galeras y mal herido. Con esta presa valiosa regresaba ya el General Gómez rumbo a Caracas, cuando recibió en Tinaquillo una orden del Gobierno de buscar a otro revolucionario que aun quedaba merodeando por los Distritos occidentales de Carabobo.

Con ocasión de la captura del general Loreto Lima el Presidente Castro envió un telegrama al General Gómez, diciéndole que él era el único que le daba resultados, como se verá en el Apéndice de este libro.

Despachó el General Gómez para Valencia a Torres con el preso, y los demás Oficiales y tropas siguieron con el Jefe Expedicionario a acabar con el general Barráez. Después de pasar por Bejuma y Miranda tropezó el General Gómez al mencionado general Barráez, cerca de Temerla y lo desbarató, pues, ya venía el guerrillero acorralado por los generales Torrellas Urquiola y Arvelo, quien había sido el primero que lo tiroteara en el punto llamado el Alto de Lara. Allí cayó prisionero el general Nicomedes Aguilar, segundo Jefe de Barráez.

El regreso se efectuó, pasando por los siguientes lugares: Tocuyito, Güigüe, Villa de Cura, Pao de Zárate, Palomas y de Los Teques a Caracas, donde hizo su entrada el General Gómez, el 26 de febrero de 1902.

Había realizado el experto adalid una campaña brillante desde todos los puntos de vista que quiera considerársela. Era la primera etapa de otra larga campaña que duraría un poco más de año y medio y en la cual el General Gómez dejaría consagrado su nombre de guerrero consumado y de táctico insuperable con hechos de elocuencia real tan manifiesta, que nadie, ni los más mal intencionados de sus pocos adversarios políticos osarán negárselos.

Es preciso conocer la naturaleza del terreno por donde acababa de militar el bravo paladín de las instituciones y del orden legal. Llanuras sin ningún camino de fácil tránsito y anegadas ya de aguas por ser la estación del invierno; comarcas donde el espíritu revolucionario tenía dominados a los crédulos habitantes de esos lugares con las promesas de los jefes del movimiento armado; serranías abruptas propicias al bandolerismo y a los tiros a mansalva donde la vida corría incesante peligro. Eso en lo relativo a las dificultades para marchar y obtener recursos para la subsistencia de las tropas, pues, también el estado financiero del Gobierno en aquella época las más veces padecía estrecheces por imprevisión y falta de buenos planes fiscales, lo que originaba un

mal para el mantenimiento de las expediciones armadas que en su tránsito por regiones hostiles tenían que adquirir a fuerza de dinero las provisiones que necesitaban.

Todos esos inconvenientes supo superarlos el General Gómez, a fuerza de método, sacrificios de bienes personales, constancia de ánimo y energía para no dejarse abatir por las cosas adversas ni por lo imperativo de las necesidades materiales.

Esa primera etapa de la campaña militar del pacificador, era la advertencia cierta de cómo iba a ser él la figura culminante de todo aquel proceso de luchas, de sangre derramada, de heroísmos inauditos, de holocaustos de riqueza, de todo ese cúmulo de cosas y sucesos, ruinas y grandezas que constituyen la guerra.

SEGUNDA ETAPA

CAPITULO III

El General Gómez es nombrado Delegado Nacional en el Occidente de la República.—Sale para el Estado Falcón en ejercicio de su cargo.—Jefes y Oficiales que le acompañan.—Llegada a Puerto Cabello.—Allí se embarca el ejército expedicionario que va a obrar en Falcón.—Se avista un vapor de guerra que parecía ser la nave de los revolucionarios.—Llegada del General Gómez a Coro.—Ordena la persecución de los revolucionarios y al efecto destina a los generales Régulo Olivares y Luis Varela.—Falta de eficacia del primero de estos jefes y triunfo y derrota del segundo.—El General Gómez sale en persona a batir a los rebeldes.—Sangrienta batalla de Urucure en donde quedan derrotados completamente los generales Gregorio Segundo Riera y Juan Pablo Peñalosa.—Comentarios acerca de esta Campaña del General Gómez y relación de estado del país en aquellos días.—Fragmentos de la proclama que dirigió el General Gómez a los falconianos al despedirse de ellos, después de haberles pacificado temporalmente su territorio.

Ya para principios de marzo la chispa revolucionaria había prendido en el suelo coriano, tierra clásica como productora de hombres aptos para la guerra. Fuertes contingentes armados estaban allí alzados bajo las órdenes de caudillos de celebridad en nuestras contiendas civiles. Los generales Riera, Montilla, Peñalosa y otros señoreaban por la mayor parte del territorio falconiano y mantenían en jaque a todas las tropas del Gobierno que guarnecían aquel Estado.

Contra éstos era indispensable enviar un Jefe de talla, prestigiado entre los soldados como valiente, hábil, experto en los asuntos de la guerra y que, sobre todo hubiera dado ejemplos evidentes de sus méritos como combatiente.

Ninguno, sino el General Gómez reunía estas condiciones. Fué el elegido.

El estaba destinado a hacer que palideciera para siempre la estrella de todos los caudillos venezolanos. A los esfuerzos de su brazo de ciclope y de su mente sagaz y previsora se debería no muy tarde un fecundo resultado en nuestra política estacionaria, apegada desde antaño a la vieja práctica de endiosar por medio de la leyenda a hombres de

fortuna y de espada para constituirlos en árbitros de la suerte de los partidos y lo que era peor, de la suerte de la Patria. Ese resultado ha sido la extinción del caudillaje. Así, pues, la elección del vencedor del general Luciano Mendoza, en cuya frente lucían todavía frescos los laureles conquistados en Villa de Cura, La Puerta y demás combates donde había vencido definitivamente al viejo y valiente soldado federalista, fué la elección más acertada.

El General Gómez salió para el Estado Falcón el día 17 de marzo de 1902, investido con el alto cargo de Delegado Nacional en aquel Estado y en los Estados Lara, Yaracuy, Zulia, Trujillo, Mérida y Táchira. Era, puede decirse, el representante o personero civil y militar en media República. ¡Nunca fué más merecida ni más justa la confianza que podía depositar un Gobierno—temeroso continuamente de deslealtades—en un Jefe militar!

Los buenos elementos urbanos de Coro y otras poblaciones recibieron alborozados al pacificador, pues él les prometía paz y confianza en medio de aquella anormal situación.

Llevó el General Gómez consigo un grupo de generales y oficiales escogidos cuidadosamente por él. Entre éstos estaban Secundino Torres, Tobías Uribe, F. de B. Terán, Luis Godoy, Graciliano Jaime, Santiago Otalora, José Ardila y otros más de muchos servicios todos y de la mayor confianza del Delegado Nacional.

Se arribó a Puerto Cabello el 18 de marzo y en la noche de ese mismo día se embarcaron a bordo del vapor de guerra *Restaurador*, el General Gómez, sus oficiales de Estado Mayor y los demás que le acompañaban para destinarlos a otros mandos, y todas las tropas de que constaba la expedición. No fué suficiente el vapor dicho para contener la gente y se utilizaron dos goletas que irían a remolque.

La salida de Puerto Cabello se efectuó con el mayor orden y se hizo rumbo a las costas de Coro, como a las 11 de la noche. La primera costa avistada vino a ser la de San Juan de Capadare, lugar en que dispuso el General Gómez verificar su primer desembarco por vía de exploración y acompañado de algunos de los suyos. Serían las 8 de la mañana del día y después que él tuvo el pleno convencimiento de que por aquellos contornos no se hallaban partidas revolucionarias y era por tanto innecesario todo conato de expedición, reembarcóse para continuar viaje hacia La Vela de Coro.

Durante este trayecto ocurrió la circunstancia momentáneamente alarmante de aparecer a la proa del *Restaurador* un buque de combate, perfectamente iluminado y el que por la natural sorpresa del momento parecía ser el navío de guerra de los revolucionarios, denominado *Ban-*

right, que no hacía mucho había hundido en aquellos mismos lugares al cañonero nacional *Crespo.*

El Jefe Expedicionario con su proverbial presencia de ánimo y acierto ordenó inmediatamente poner en zafarrancho la nave que tripulaba con su Ejército, pues era muy presumible que fuese el *Banright* el vapor que se venía encima, ya que decíase con insistencia que éste no se había alejado mucho del lugar de su primera hazaña marítima y que esperaba efectuar la segunda con la flota que condujese tropas a Coro. Pero no resultó nada de lo temido, pues la nave en referencia era un buque de guerra de nacionalidad extranjera, del cual se destacó a poco una comisión a saludar al General Gómez, comisión que fué recibida por él con demostraciones de la más deferente cortesía.

Al día siguiente amaneció el *Restaurador* ante La Vela de Coro, y ahí desembarcó la expedición para seguir viaje en ese mismo día, a la capital del Estado.

Ya en Coro el General Gómez procedió a informarse, en el propio terreno, de todo lo que estaba pasando por esas comarcas, y previa la posible seguridad que tuvo de la verdadera situación de los enemigos y de los recursos y situación de las escasas guarniciones que defendían la parte de territorio ocupada por el Gobierno, ordenó las medidas del caso; las más oportunas y acertadas que podían concebirse en aquellos momentos para después irse orientando mejor del poder de los adversarios, de su resistencia y de si era menester salir a combatirlos personalmente, como en efecto vino a suceder al transcurrir unos breves días.

Las fuerzas del Gobierno que estaban repartidas en varios puntos las organizó y acreció el General Gómez dividiéndolas en dos columnas capaces para vencer cualquiera de ellas al enemigo; una de esas columnas se puso bajo las órdenes del general Luis Varela y la otra fué encomendada al general Régulo Olivares.

Pronto había de entrar Varela en acción. En Píritu de Jacura tropezó al general Rafael Montilla, lo peleó bravamente y lo derrotó, pero esta buena fortuna había de durarle sólo algunos días; a su vez fué derrotado por el general Gregorio Segundo Riera, Jefe principal de los alzados falconianos, y la derrota fué de magnitud, pues Varela tuvo que huir, herido, por la vía de Barquisimeto.

Entretanto el general Régulo Olivares perdía un tiempo precioso en marchas y contramarchas, en una campaña diametralmente opuesta al modo de combatir el General Gómez, cuya característica como Jefe en acción es buscar al enemigo donde esté para combatirlo. Presa, pues, el General Gómez de una impaciencia creciente, ya que su lema es pensar con tino y una vez determinado a una cosa obrar con velocidad fulminea

para aturdir al contrario con la fuerza de lo imprevisto y de lo extraordinario, dispúsose a salir él sin tardanza a combatir a los generales Riera, Peñalosa y demás revolucionarios.

Al efecto se movió de Coro el 13 de abril al mediodía, tomando la vía de Acurigua, por donde pasó el 14 en la mañana, llevándole ya la pista a Riera. Lo que no había hecho el general Olivares en muchos días lo efectuaba el propio Delegado Nacional en día y medio. El 15 a las 8 de la mañana ya el infatigable adalid tenía asidos a los revolucionarios en Barrio Nuevo y Urucure.

Allí mordieron el polvo centenares de valientes corianos que seguían a los Jefes revolucionarios con la reconocida candidez y ceguera de nuestros hombres del pueblo, a quienes seduce la fama guerrera y exalta la mente, fatalmente conformada para fantasear en materia de patriotismo, el canto de sirena de las reivindicaciones nacionales, de la felicidad común, del desagravio de las leyes ultrajadas y miles de halagos más con los que los empuja, la ambición de mando, a la matanza.

La batalla de Urucure es la primera de una serie de cruentas acciones de guerra que han de librarse en todo el territorio venezolano durante el tiempo que había de durar el estado anormal y de luchas bélicas por el cual estaba atravesando la Nación. En esa batalla se delinea por entero el genio militar del General Juan Vicente Gómez.

Las tropas corianas, valientes, aguerridas, prestas siempre al combate y dóciles a acatar la disciplina de los superiores, fueron las fuerzas con que tuvo que habérselas en aquella ocasión el Jefe expedicionario. Puede asegurarse que el general Riera y los demás capitanes de la revolución en aquella parte de Occidente constituían lo selecto de todos los cabecillas del movimiento armado en aquellas regiones: experimentados en la guerra, prestigiosos, con nombres que no recordaban ninguna felonía a sus correligionarios políticos, estos Jefes de Occidente llegaron a formar un verdadero ejército, armado y listo para todas las operaciones de una larga campaña y acostumbrado ya al triunfo, que es sin duda el mayor acicate que impele a los soldados a buscar nuevas victorias.

A tales tropas y tales Jefes logra alcanzar el General Gómez en los puntos ya mencionados y los obliga a combatir.

Sangrienta y reñidísima fué la batalla y desde la cumbre de Urucure, se cernió el General Gómez sobre la hueste de intrépidos corianos hasta batirla y destruirla como para dejar testimonio irrebatible de cómo el hijo de las cordilleras, recienvenido de combatir en la llanura no había olvidado lo empinado de la serranía, donde los laureles del guerrero se conquistan con más esfuerzos, porque ahí el hombre há menester de alas en el corazón para no sufrir las influencias del vértigo.

Fué tan tremendo el golpe asestado por el General Gómez a los alzados en aquella ocasión, que por más de dos meses nadie volvería a

oír hablar de ellos en Coro, quienes llegaron a constituir antes de su fracaso una alentadora y fundada esperanza para la causa revolucionaria.

La situación de Venezuela en aquellos días era ya crítica. El furor de las pasiones no reconocía diques que lo contuviesen; los hombres se comprometían a una cosa y por mala fe o por otras causas no cumplían lo pactado. Junto a la deslealtad crecía su aliada inseparable: la desconfianza, miserias humanas que unidas a otro factor: el mal estado de la riqueza pública y la consiguiente escasez de numerario circulante, impelían al obrero y al artesano y al campesino sin pan a irse a las filas de los revolucionarios los más, en la falsa creencia, mantenida hasta entonces por nuestro pueblo, de que en las guerras civiles es preferible alzarse en armas contra las instituciones y el orden legal a servir a éstas.

Dondequiera surgían partidas de alzados, especialmente en el Oriente de la República, que llegó a convertirse en un vasto Cuartel General de la Revolución. Allí militaban los Jefes de más empuje que ésta poseía: los generales Rolando, Pancho Vásquez, los Ducharne y otros; entre ellos el viejo veterano general Domingo Monagas, que era muy afamado, con una fama por demás justa, por su valentía y pericia militar y por sus limpias ejecutorias de guerrero.

Dentro de este caos donde todo el mundo vacilaba—inclusive el Presidente Castro—sólo se vinculaba la esperanza del triunfo en el bizarro paladín que hacía poco había puesto a los revolucionarios occidentales en trance de aniquilamiento con su campaña fulminea de unas semanas por el territorio de los Estados Aragua, Guárico, Carabobo y Cojedes, y con su brillante victoria de la Cumbre de Urucure, en el suelo coriano.

Puede decirse, sin pecar de exageración y mucho menos de mentira, puede decirse que el nervio de aquel Gobierno que comenzaba a bambolear fué el General Juan Vicente Gómez; cuantas veces él aparecía en los lugares donde más se intensificaba la guerra y eran los enemigos y los peligros mayores, allí había que pelear sin tregua, allí comunicaba sus alientos de gigante en el ánimo decaído de los que perdían la fe y allí quedaban vencidos los hombres y las cosas adversas. Fué el Hércules que habría de asestar el golpe decisivo y formidable a aquella revolución que, como el monstruo mitológico, tenía cabezas múltiples y estaba adherida con tentáculos terribles sobre el suelo calcinado de la Patria.

Y el testimonio evidente de esta verdad lo dan los hechos: el Presidente Castro envía a todas las comarcas donde es más cruel y más violenta la guerra al General Juan Vicente Gómez. Del Centro a Occidente, de ahí a Oriente y de nuevo a los mismos lugares antes sometidos a los esfuerzos ciclópeos del Pacificador,—pero que tan pronto

como él se aleja vuelven a ser focos poderosos de la contienda,—como para comprobar hasta la saciedad que el único Jefe del Gobierno capaz de dominar la inmensidad de aquel conflicto, era el General Juan Vicente Gómez.

Aunque en todas las páginas de este libro, con la sola narración de lo sucedido en la guerra, ha de comprender el lector como fué el General Gómez el vencedor de la revolución y el sostén del Gobierno de Castro; ha sido necesario que nos extendamos en este comentario para que perdure en explicación clara la verdad de este aserto: el general Castro, con todos los recursos de que disponía y con la brillante fama que había adquirido comandando la revolución del 23 de mayo no hubiera vencido jamás a sus enemigos si no hubiese podido contar con un Jefe de la talla del General Gómez, quien en su abnegación y grandeza de alma no quiso que nadie mencionase esta circunstancia, la circunstancia de que era él el pacificador auténtico y Castro—el amigo más tarde ingrato y lleno del furor satánico de la envidia—el afortunado que había de disfrutar de las satisfacciones, las glorias y las magnificencias de un triunfo tan grande como aquél y tan heroicamente obtenido.

Ya para dejar el General Gómez la tierra coriana que merced a su pericia y actividad había vuelto a la vida del orden, lanzó una memorable alocución, de la cual reinsertamos los siguientes párrafos, pues, no hemos podido resistir el deseo de comentar con merecidas alabanzas el lenguaje austero y sencillo del Delegado Nacional, en que, más que como General victorioso se exhibe como el Magistrado paternal que hace un reclamo de cordura a los hombres obsecados cuyo gobierno ejerce.

Oigamos al Jefe de espada sanativa y de conciencia iluminada por la llama del más ardiente patriotismo:

"Una rápida campaña nos bastó para destruir a un enemigo tan tenaz en sus propósitos como engreído por una ya larga vida de facción". "Me voy contento de vosotros y convencido de que en este pueblo no vegeta el espíritu de rebeldía; de que como pueblo honrado es amante de la paz y del trabajo y sólo se arma para la defensa de toda causa justa, de toda idea grandiosa. Sueño vano, ilusión era el prestigio con que contaban los revolucionarios urbanos, esos eternos enemigos de las virtudes y del orden amamantados en el vicio y las pasiones que enervan, sin valor para compartir con el pobre recluta las durezas de la campaña".

Con su acostumbrado laconismo, propio de quien da más mérito a los hechos que a las palabras, el General Gómez se dirige elocuentemente al corazón del pueblo coriano para hacerle comprender que no debe dejarse engañar por los fomentadores de revoluciones que viven en las ciudades, linaje de plaga asquerosa que alimenta la hoguera de la matanza con el insano anhelo de feriar empleos y favores a la hora del éxito.

¿Qué venezolano de buen sentido no conoce y aborrece a esos sustentadores de la ruina y de la muerte que constituyen los llamados comités revolucionarios? A esos se refiere el General Gómez, porque con su ojo experto y sagaz ha palpado que en estos centros inicuos es donde germina, se nutre y prospera la furia de la guerra civil. Al lanzar ese anatema contra los tales se revela ya el futuro bienhechor de la familia venezolana, el repúblico benemérito que inspira estas páginas en que hay mucho entusiasmo y efusión partidaria, pero en las cuales se rinde también tributo fiel a la verdad.

Antes de despedirse el General Gómez de los corianos con la referida alocución, había verificado una gran recorrida por casi todo el Estado, recogiendo dispersos y prisioneros y empleando para ello a los corianos general Chirinos y coroneles Rodulfo Roque y Pedro José Peña. Esta recorrida se efectuó por Sabaneta, Taratara, Curimagua, Cabure, San Luis, Hueque y Acurigua, y el regreso a Coro fué el 22 de abril en la noche. El 27 del mismo salía el General Gómez para La Guaira después de haber cumplido con absoluta cabalidad su misión de pacificador.

SEGUNDA ETAPA

CAPITULO IV

Llegada del General Gómez a La Guaira después de la expedición a Coro.—Sigue desde allí, a pelear a Oriente y ni siquiera pasa a Caracas.—Situación crítica para el Gobierno Nacional en esas regiones de Oriente.—Ocupación de Cumaná después de una breve resistencia.—Se dispone el ataque a Carúpano donde están los mayores contingentes de la revolución mandados por el general Nicolás Rolando.—Ataque a Carúpano. El General Gómez combate con un mausser y es herido de gravedad en una pierna. Energía moral y física del Jefe Expedicionario.—El general Obdulio Bello hace retirar las tropas del Gobierno a Cariaco.—Inexplicable conducta de éste.—Regreso del General Gómez a Cumaná donde organiza nueva expedición sobre Carúpano.—Regreso a Caracas.

El 27 de abril de 1902 regresó de La Vela hacia La Guaira el General Gómez y llegó a este puerto el día 29. De una vez se ocupó en prepararse para expedicionar sobre el oriente de la República con tanto ahinco que no le fué dado poder ir a Caracas a ver a los suyos antes de seguir al peligro. En su característica actividad y con sus arraigadas ideas de consagración al deber, el Jefe benemérito posponía hasta los carísimos afectos de la familia en ara del cumplimiento de sus obligaciones.

Esta actividad la reclamaba el estado crítico en que se hallaban a la sazón para el Gobierno todas las regiones genéricamente comprendidas con el nombre de Oriente de la República. Allí estaba el nervio y la mayor fuerza de la revolución. Desde Barlovento hasta Paria por el Naciente y desde estas extensas costas hasta Guayana, todo aquel territorio era un extenso campamento de los enemigos del orden de cosas que imperaba entonces. En aquellas tierras se intensificó el rencor regionalista, rencor que más tarde había de perder sus caracteres de violencia y de venganzas, merced a la amplia y paternal política de Patria y Unión que desarrollaría al frente de los destinos de Venezuela, el mismo hombre que en aquellos momentos marchaba con la espada en la mano y pleno de indomable valor el corazón a enfrentarse a todas aquellas fuerzas y a aquellos apetitos de mando.

Ya habían sido vencidas por las masas de la revolución, tan bien armadas como las tropas del Gobierno, expediciones considerables que organizó Castro a las órdenes de Calixto Escalante y general Ramón

Castillo García, Arístides Fandeo y otros jefes conocidos. En Guanaguana cayó casi todo el ejército expedicionario en una trampa hábilmente preparada por los revolucionarios.

Tenemos, pues, que éstos eran poderosos y estaban dirigidos por Jefes experimentados y aptos para la guerra, especialmente por los generales Domingo Monagas y Nicolás Rolando. Aquél de historia abundante y de hechos famosos en todas las contiendas intestinas de Venezuela de las cuales era contemporáneo y éste todavía con el renombre que había adquirido venciendo al general José Manuel Hernández unos meses antes, cuando el contumaz ambicioso llegó con un ejército aguerrido hasta cerca de Ciudad Bolívar.

En esos días se exaltaba el sentimiento revolucionario entre los orientales, pues esperaban al general Manuel Antonio Matos, quien debía venir con bastantes sumas de dinero y más parque a ponerse al frente de ellos y darle unidad al movimiento armado, como Jefe Supremo que era de aquella Revolución y como la persona más poderosa de ésta, pues a la circunstancia de tener un crédito ilimitado en el extranjero para conseguir recursos, unía la de ser enérgico y valeroso.

Contra todos esos elementos iba a combatir el General Gómez y de ahí que se ocupara con el mayor empeño en organizar lo mejor posible su gente, insuficiente a la verdad para una empresa de la magnitud de la que iba a acometer, pero que bajo las órdenes de un militar consumado podía tener probabilidades de quedar airosa en su empeño.

El 30 de abril zarpó para Oriente el General Gómez con sus tropas repartidas entre el vapor *Zumbador* y dos goletas que se llevaban a remolque. En Guanta se agregó a la expedición el vapor *Ossun,* para después penetrar la pequeña flota en el Golfete de Santa Fe y efectuarse el desembarco en el fondo de su ensenada, en un punto llamado Yaguaracual, costa de Cumaná. De allí marchó por tierra el General Gómez acompañado de la oficialidad y con parte de las tropas, casi todas a pie. Entre tanto él había ordenado que el general José Antonio Velutini, quien acababa de llegar a bordo del vapor *Miranda,* continuara con la flota a contribuir a la expugnación de Cumaná, ocupada por el general Zoilo Vidal, operación que sería combinada por el ataque a dicha plaza con la gente que llevaba el General Gómez en persona por tierra. Pero ocurrió que no hubo necesidad de la intervención de los vapores para llevar a cabo la operación: éstos arribaron cuando ya Cumaná estaba tomada por el Jefe Expedicionario, después de una débil resistencia que opuso el enemigo.

De allí salió el ejército el 5 de mayo con destino a Carúpano, que sería atacada por medio de una combinación semejante a la que se había ideado para la toma de Cumaná. En Carúpano se encontraba el

grueso del ejército revolucionario, con todos los recursos del caso y comandado por el general Nicolás Rolando.

El desembarco correspondiente se efectuó por Guatapanare el mismo día 5 de mayo en la noche y muy de madrugada fué emprendida la marcha—a pie la mayoría de la gente—hacia Carúpano. Las tropas que iban al asedio y sitio de la ciudad se componían de una División al inmediato mando del general José Rafael Bazó, de los restos de un batallón denominado "23 de Mayo" y de una Sagrada a las órdenes del general Simón Echenique.

El ataque a Carúpano comenzó, pues, el día 6 de aquel mes y casi toda la tropa que comandaba el General Gómez le era desconocida, sirviéndose sólo de ayuda, al dictar sus disposiciones para el éxito de la pelea, de aquellos oficiales, en quienes tenía plena confianza y siendo el conjunto del plan de ataque no del General Gómez sino del general Velutini, que había sido recomendado por el Presidente Castro como el hombre entendido en la guerra de Oriente. Ese ataque fué organizado en las mismas entradas de la población por una extensión de costa llamada Playa Grande, que estaba dominada completamente por la fuerte posición denominada El Vigía. Y era tal la desventaja de la posición por la cual iba a atacar el ejército constitucional, que el propio General Gómez, que se había visto precisado a asentir a aquella forma de ataque, tuvo que encontrarse constantemente en la línea de batalla, donde combatió con su acostumbrado arrojo con un mausser en la mano, el que disparaba contra los enemigos con el noble pecho expuesto en todo instante a las balas que caían alrededor en profusión, siendo al fin herido de gravedad en una pierna a las 2 de la tarde del día en referencia.

Mas, esto no fué un obstáculo para que ese valiente entre los más valientes siguiera peleando. Allí continuó en el puesto de honor sin manifestar en los músculos de la cara la más leve señal de dolor material por la sangre que vertía su herida, tal vez con el espíritu lleno de contrariedades por no tener la seguridad del triunfo en el plan de asedio que se verificaba y que no había sido concebido por él. Hasta las cinco y media de aquella tarde permaneció el General Gómez al frente de la batalla de Carúpano sin querer aceptar ninguna curación para su herida y ocupándose de mejorar las condiciones en que se realizaba el ataque de la ciudad. A esa hora es cuando vino a consentir en irse a curar y en reembarcarse.

La pelea de Carúpano fué recia y con tal empuje embistieron sobre la plaza las columnas de ataque, al mando del General Gómez en persona y de los generales Secundino Torres, Enrique Urdaneta y Bravo Cañizales, que el enemigo evacuó el recinto defendido a la media noche y algunos de la gente del Gobierno penetraron en la ciudad la mañana siguiente.

Pero ocurrió que el general Obdulio Bello, quien a muchas instancias había logrado que el general Gómez, al separarse mal herido lo encargase de la dirección de las fuerzas, las hizo retirar también en la noche hacia Cariaco. No se sabe qué idea pudo tener este general al ordenar esta retirada cuando ya el enemigo estaba derrotado.

La jornada de Carúpano fué desgraciada sólo por esta circunstancia, pues, el experto Jefe Expedicionario, a pesar de todos los inconvenientes que tuvo que superar, entre ellos la fatalidad de ser gravemente herido, había logrado cambiar en victoria el combate que comenzó con todas las apariencias de un suceso para las tropas pacificadoras.

Reembarcado ya el General Gómez en una goleta, recibió los más asiduos cuidados de sus subalternos. El Doctor Godoy, su médico; el comandante Serrano, su ayudante y todos sus demás fieles oficiales se empeñaron con la más tierna y deferente solicitud en hacer que sanara pronto el Jefe, a quien los vinculaba y vincula el más alto sentimiento de afecto y de respeto. Merced a la constitución vigorosa y al ánimo entero del General Gómez, que no se abate jamás, él pudo recuperar la salud pronto, no obstante que el pronóstico de su herida fué de que era peligrosa.

Tan pronto como regresó él a Cumaná, todavía sin poderse mover del lecho, organizó con actividad, echando mano de todos los recursos posibles, una nueva expedición que fuese a embestir a Carúpano. También organizó otras expediciones destinadas a diferentes puntos de Oriente.

Practicados todos estos trabajos, regresó a Caracas a fines del mes de mayo.

SEGUNDA ETAPA

CAPITULO V

El General Gómez se encarga de la Presidencia de la República, en su carácter de Vicepresidente y por haberse declarado en campaña el Presidente Castro.—Parte principal y decisiva que toma el General Gómez en la batalla de La Victoria.—Sin su concurso hubiera sido totalmente derrotado el ejército del Gobierno sitiado en dicha ciudad.—Comentarios acerca de esta derrota de las tropas revolucionarias.

El 5 de julio de 1902 fué llamado el General Juan Vicente Gómez a ocupar la Presidencia de la República, en su carácter de Vicepresidente. Ese mismo día se declaró en campaña el Presidente Castro.

Esa campaña que comienza con el desembarco a los costas orientales, la llegada a Barcelona, a tiempo que los ejércitos del Gobierno y de la Revolución libraban la reñida acción de Aragua, y que luego va a prolongarse desde los valles del Tuy para adquirir su máximo punto de extensión en tierras guariqueñas, no tiene hasta entonces ningún suceso que mencionarse a no ser marchas y contramarchas, pérdidas de hombres por deserciones e infidencias, como pasó con la división de Mirandinos que comandaba Pérez Crespo y Palacios y que se fué íntegra a engrosar las filas enemigas.

El suceso que da nombre y fama muy justo y muy merecido a toda esa campaña es la batalla de La Victoria.

Reseñemos antes ligeramente lo ocurrido durante el tiempo que comienza el mencionado 5 de julio y termina con la acción de La Victoria; reseña que será sumamente somera, pues no entra en el plan de este estudio hablar de cosas que no estén directamente relacionadas con la personalidad del General Gómez. Este libro es sólo un homenaje de justicia, de cariño y admiración al hombre que llena la historia presente de Venezuela, desde hace quince años.

Dijimos ya que al pisar el general Castro tierra oriental, se peleaba duramente en Aragua de Barcelona, batalla en que, a decir verdad, no salieron muy bien libradas las tropas nuestras, aunque también los revolucionarios quedaron desprovistos de parque y diezmados considerablemente en sus filas.

Después, las huestes revolucionarias de Oriente emprendieron marcha hacia el centro y vinieron a plantar su cuartel general en Alta-

gracia de Oritueo. A este movimiento correspondió el del ejército del Presidente en campaña, que regresó de Barcelona a irse a enfrentar a la avalancha que avanzaba victoriosa sobre su objetivo táctico del momento: la unión de los revolucionarios orientales y occidentales, para luego embestir a Caracas.

Castro se mantuvo esperando el enemigo, sin osar nunca ir a combatirlo en donde estaba, ocupando y desocupando pueblos de Miranda. Unas veces en Santa Teresa, otras en Ocumare y las más en marcha, dejó pasar un tiempo precioso en que si hubiera procedido con la celeridad de rayo con que sabe proceder el General Gómez en la guerra, habría quebrantado el poder de los enemigos, pues ellos ya venían maltrechos de su aventura en Aragua de Barcelona.

Mas, parece que toda la estrategia de aquel soldado de fortuna se concretaba a no dejar unir los dos contingentes del adversario que convergían hacia el centro, viniendo ambos por los llanos de Oriente y Occidente. "Flores" y "Mal Paso" son dos combates en que el general Castro demostró su impericia para llegar con éxito a ese objetivo ambicionado. En estos combates fueron las únicas veces que combatió éste sin estar acompañado del General Gómez, y en ambos fué derrotado.

En los días críticos en que el general Castro se hallaba en Ocumare del Tuy, perdiendo por las deserciones y deslealtades de que antes hemos hablado, aquel ejército que mantenía sin llevarlo al encuentro del enemigo; el General Gómez, siempre vigilante y como empeñado en ser la mano providencial que había de salvar en todo momento a aquel que era hasta entonces su amigo, ordenó a la División de Tachirenses que estaba en Tocuyito a la sazón, unida a tropas trujillanas y mandada por el general Pedro M. Cárdenas y el coronel Antonio José Cárdenas, que marchara junto a esas tropas trujillanas a engrosar las filas del ejército del Presidente en campaña. El mismo general Castro no vino a saber que le venía este auxilio precioso sino cuando estaba a media jornada de Ocumare del Tuy. Fué tanta la alegría del futuro dictador al tener conocimiento de este refuerzo que le enviaba el general Gómez, que mandó a formar todo el ejército y él en persona salió al encuentro de tachirenses y trujillanos. Sin este importante auxilio los revolucionarios orientales hubieran caído sobre la hueste del Presidente Castro, poniéndola en serio peligro, pues ya ella estaba mermada y casi quebrantada en su disciplina; empero se abstuvieron de hacerlo al tener el aviso de los nuevos contingentes que habían venido a galvanizar la moral del ejército presidencial y a elevarlo a un número considerable de hombres.

Ocupémonos de una vez en reseñar y comentar la parte culminante de la campaña iniciada el 5 de julio de 1902. Ocupémonos de la batalla de La Victoria.

No obstante ser esta plaza un lugar de muy difícil defensa y unirse a esta circunstancia la de ser las tropas revolucionarias superiorísimas en cantidad a los defensores de La Victoria, el general Castro cometió el craso error táctico de encerrarse en ella para presentar batalla a todo el ejército enemigo unido ya en sus contingentes de Oriente y Occidente y mandado en persona por el Jefe Supremo de la Revolución y por militares de tanta nombradía y valor como los generales Mendoza, Rolando, Riera, ambos Peñalosa, Rafael Montilla, Lorenzo Guevara, Crespo Torres y otros muchos más.

Veamos como fué el General Juan Vicente Gómez quien, con su acierto acostumbrado en todo lo relativo a operaciones militares, voló de Caracas a La Victoria, en el momento oportuno, a salvar al general Castro de una pérdida irremediable, pues, mermada la gente que defendía aquella plaza, disminuida sus provisiones de boca y escasos de pertrechos para mantener activa la pelea, era seguro que los atacados se rendirían al enemigo.

El General Gómez cambia en un instante todo el lúgubre cuadro de derrota que tomaba formas precisas en el recinto fortificado de La Victoria.

Encargado de la Presidencia de la República hacía cuatro meses, él no había descansado ni en lo más mínimo como Director efectivo que venía siendo de cuantos planes estratégicos y combinaciones militares se practicaran para destruir la potente revolución que señoreaba en casi todo el territorio venezolano. No obstante tener íntegra sobre sus hombros la carga de la Administración civil del País, su capacidad asombrosa para abarcar asuntos y negocios públicos de diversa índole, le permitía ocuparse también de los problemas y dificultades que venía creando de continuo la guerra. A él no pudo escapársele el estado conflictivo a que había de llegar el general Castro, creyendo bastarse a sí mismo para librar con éxito la batalla de que nos ocupamos, y en consecuencia se dió a la tarea de organizar una división de mil hombres para tenerla lista del todo y poder caer con ella, en el momento decisivo, sobre los sitiadores de La Victoria.

Este momento llegó pronto. Para fines de octubre ya el general Castro vacilaba y los revolucionarios ganaban terreno en el asedio de la ciudad. Es entonces cuando el General Gómez se puso al frente de la división de que antes hemos hablado y en wagones de carga del Ferrocarril Alemán, arrostrando los mayores peligros pues toda la línea estaba a merced de los ataques revolucionarios—fué de Caracas a La Victoria.

Cuando el General Gómez se despidió de sus amigos en la Estación para irse a combatir, dijo las siguientes frases que lo evidencian

tal como es él, siempre entero de ánimo aun en los mayores conflictos y en las circunstancias más difíciles: "Cambio la muleta por la espada". Se refería a la grave herida que recibiera en Carúpano, peleando cara a cara con esos mismos revolucionarios que iba a vencer, herida que lo obligara hasta aquellos momentos a usar muleta. El brazo férreo empuñaba de nuevo la espada victoriosa en el heroico empeño de segar más frescos laureles para la frente del vencedor. Ya sus dedos no se crisparían más impacientes sobre el artefacto de madera que por necesidad habían soportado. Ahora se estremecían de entusiasmo al posarse en la guarnición del acero que iba a abrir una herida mortal en el seno de la Revolución.

El General Gómez llegó a La Victoria en medio de la alegría frenética de los defensores de esta plaza que se juzgaban perdidos y repentinamente cobraban esperanzas al ver entre ellos al General que se había destacado en aquella guerra como el único capaz de vencer siempre.

Inmediatamente comienza a sentirse en todo el Cuartel General de los sitiados la influencia alentadora que les comunicara la presencia del denodado Jefe Pacificador y éste comienza a su vez a probar que no son injustificadas las esperanzas que ha despertado en aquellas tropas.

Al frente de un pelotón de artillería con dos piezas de esta arma, de los batallones 1º de línea, Gómez, Bravos del Táchira y de una columna de aragüeños inicia el Encargado de la Presidencia de la República con todas las precauciones estratégicas del caso un hábil movimiento sobre la línea revolucionaria, comprendida de los picachos cercanos a San Mateo hasta las cumbres de El Zamuro. La operación era dificilísima y requería para ser practicada con éxito toda la experiencia y arrojo del General Gómez en los acontecimientos de la guerra. El experto luchador se agiganta para cumplir su cometido con absoluta cabalidad. La mayor dificultad consistía en el flanquear toda esa línea enemiga, en un trayecto como de cuatro leguas por entre desechos y laderas casi inaccesibles, para después volverse sobre El Zamuro y atacar allí de repente al enemigo. Esta operación fué emprendida cuatro veces y otras tantas no pudo realizarse porque las dificultades que había que superar eran inmensas. Se preparaba el valiente y experto capitán a intentar el golpe de mano por la quinta vez, con una tenacidad digna de su constancia incontrastable, cuando la columna de vanguardia al mando de varios oficiales ocupó El Zamuro sin quemar una cápsula, pues, la gente enemiga situada allí, en la creencia de que nadie podría atacar por ese lugar, había ido a dar un rodeo por las haciendas vecinas. Cuando esta gente regresó a ocupar la posición que juzgaban tan segura, una lluvia de balas que la produjo muchísimas bajas, la obligó forzosamente a retirarse al campamento revolucionario que estaba más cerca.

La dificultad más ardua de aquel movimiento estaba vencida. Merced a la tenacidad heroica del General Gómez el flanco izquierdo de los llamados libertadores era perfectamente accesible a las tropas del Gobierno y la retaguardia de aquellos revolucionarios estaba cortada por el camino de Brazen hacia Turmero.

Cambiaba ya, pues, completamente la faz de la batalla: los revolucionarios hasta entonces con todas las ventajas de su parte, eran a la sazón los amenazados por la derrota que no tardaría en sobrevenir; terrible derrota que por lo pronto dejaría a la causa de los enemigos en situación moral deplorable, no obstante quedarle todavía enormes contingentes de hombres, de parque y de otros recursos que tenían a su disposición ocupando como ocupaban gran parte del territorio nacional rica en ciudades, y en abastecimientos de todo género.

Tenemos, pues, que el General Gómez al llegar a La Victoria con sus tropas, hace el mismo efecto que Desaix, cuando en la gesta napoleónica, decide con su hueste traída del Egipto del éxito de una batalla ya perdida por los franceses. No es el General Gómez, de ésos que se embriagan con un éxito momentáneo, sin aprovechar las circunstancias favorables que se derivan del primer golpe anonadador asentado al adversario. Tan pronto como El Zamuro quedó en poder de las tropas que él comandaba hizo montar sus dos piezas de artillería en un punto preciso, que dominaba completamente la línea enemiga y otras posiciones que el contrario había juzgado hasta entonces de la mayor eficacia estratégica. Después de esta preparación de artillería, el General Gómez mandó avanzar el batallón de línea número 1º hasta El Zamuro, y ordenaba en tanto al batallón que llevaba su nombre desplegarse en guerrillas de ataque para conducirlas con el sigilo mayor a las trincheras opuestas. Valientes ayudantes del General Gómez comandaban esas guerrillas. Con el apoyo de fuegos de artillería, el experto Jefe estableció un asedio formidable contra los revolucionarios. Este asedio daría al traste con la resistencia que éstos pudieran oponer y a los tres días, después de asaltos que se sucedían en la noche y hasta en el día, el enemigo fué arrojado de sus posiciones mejores y obligado a quedar resistiendo en lugares de donde sería menos difícil echarlo.

Entonces vino a verificarse el asalto de El Copey, en que, según el parte de la batalla que tenemos a la vista, el General Gómez fué factor importantísimo por la dirección que le correspondió en el famoso golpe de audacia, que naturalmente debía derivarse de las operaciones de ataque a que hemos venido refiriéndonos.

El enemigo presa de pavor se despeñó por los barrancos de la posición perdida y vino a producir el desacierto y la derrota en las tropas que no habían sufrido directamente el asalto final de aquella jornada. Es en estos momentos cuando el General Gómez carga con el im-

petu irresistible con que él sabe hacerlo sobre las gentes enemigas que se habían hecho fuertes en "Pipe" y de allí en adelante avanza con la potencia de un huracán que todo lo avasalla hasta convertir en completa huida para los revolucionarios, aquella batalla tremenda que ha podido llegar a ser la tumba del prestigio militar del general Castro, si no hubiera contado éste con el apoyo decisivo e infalible de su noble compañero de armas: el General Juan Vicente Gómez.

La pérdida de la batalla de La Victoria no entró nunca en los cálculos de la arrogante vanagloria de los revolucionarios. Alentados con el poder que había llegado a adquirir su causa, confiados en la superioridad abrumadora del número de hombres y de elementos que tenían a su disposición, y sabiendo como sabían que el general Castro fiaba al azar, más que nada, los resultados de la guerra, ellos juzgaron que verificada aquella batalla, rendidos o muertos el Presidente en campaña y sus commilitones, el triunfo de la revolución que se iniciara en aquella misma plaza sería un hecho. Pero no contaron con que entre los servidores de aquel Gobierno que se derrumbaba estaba el campeón bizarro que había aniquilado meses antes al renombrado general Mendoza, que los había vencido a todos éllos donde quiera que se le habían enfrentado, que aun herido de gravedad en Carúpano permaneció de cara al enemigo hasta que, equivocándose acerca de la competencia militar del general Bello, a quien dejaba dirigiendo un combate ganado, creyó que podía irse a curar. No contaron con que este hombre múltiple dejaría a Caracas en un momento dado para irse a La Victoria a probarles de nuevo la pujanza de su brazo y la precisión de su mente en las cosas de la guerra.

En la batalla de La Victoria estuvieron presentes, en las filas revolucionarias, casi todos los caudillos prestigiosos y afamados—que constitían hasta entonces los factores decisivos de nuestras contiendas intestinas. Así, pues, esta derrota—como las de El Guapo, Coro, Barquisimeto y Ciudad Bolívar que sobrevendrían después—fué el comienzo del proceso rápido de decaimiento y extinción que sufriría nuestra caudillocracia. Esa batalla, es de suma trascendencia en los anales y fastos de la República y no debe juzgársela sólo como un suceso militar: es también un acontecimiento político y demarca un progreso importantísimo en la historia de la sociología venezolana.

Hasta el día en que los Jefes del movimiento armado en referencia volvieron la espalda a La Victoria—porque ésta fué conquista imposible para éllos—el renombre de cualquiera de aquellos caudillos bastaba para mover el rebaño humano a la matanza. Una proclama patriotera escrita en lenguaje altisonante por el plumario que cargase a su lado el guerrero en rebeldía, un grupo de audaces que le siguieran y una junta o *comité* de especuladores políticos que se reuniesen en la ciudad para propalar noticias falsas y hacer ofertas de dinero casi siempre

mentirosas a los ilusos alzados, he aquí todo lo que era suficiente para conmover el país y producir por meses y hasta por años la destrucción de gran parte de sus fuerzas vivas.

Este estado de cosas, o mejor dicho ese viejo achaque de nuestra raza, había de acabar, porque todo cuanto existe está sometido a las leyes de la finalidad; pero fué una fortuna para los que vivimos en esta época, el que comenzará a extinguirse rápidamente, frente a los bastiones y campo atrincherado de La Victoria.

Los derrotados de La Victoria son el símbolo vivo del más grande esfuerzo frustrado que pudieran intentar los caudillos en su deseo de señorear todavía por largo tiempo en la conciencia y en el corazón de los venezolanos.

Para esos derrotados no habrá una voz potente que infunda energías extraordinarias al conjuro de un "Vuelvan caras". Quede el grito homérico, de suprema invocación al valor humano, para los paladines de la libertad verdadera que al escucharlo supieron verificar el prodigio.

El General Juan Vicente Gómez, se destaca en La Victoria, como el héroe legítimo. A él corresponden, pues, los laureles del brillante triunfo y la alta gloria de haber asestado el primer golpe anonadador a los que se imaginaron que el hogar venezolano sería todavía por muchos años patrimonio de los poderosos.

TERCERA ETAPA

CAPITULO VI

El General Gómez se dispone a emprender la campaña de Barlovento.—Su salida de La Guaira hacia aquellas regiones y su llegada a Carenero el 3 de abril de 1903.—El desembarco se efectúa peleando.—El ejército expedicionario vence la primera resistencia del adversario.—Pelea de Tacarigua de Mamporal.—Muerte del coronel Antonio Vega. Marcha a Río Chico.—Mala interpretación del general Ferrer a una orden del General Gómez.—Consecuencias de este error.—Apresamiento de un parque para los revolucionarios y de la goleta que lo había conducido.—Comienza el asedio de El Guapo.—Intensidad de la batalla que se libra en este lugar.—Tres días de tremendo combatir. Heroico comportamiento del General Gómez.—Memorables frases que dijo en los momentos más críticos y angustiosos del ejército expedicionario.—El General Gómez en persona decide la batalla con una carga formidable que da a la cabeza del Batallon que llevaba su nombre.

La campaña de Barlovento se verifica en los tremendos días en que Venezuela sufría el bloqueo de sus costas por parte de poderosas naciones europeas. Fué emprendida por el General Gómez en aquellos momentos y no obstante ser estas circunstancias conflictivas de mal presagio para el éxito de aquella empresa guerrera, el militar hasta entonces victorioso va a dar una nueva prueba de sus indiscutibles dotes de Jefe triunfando otra vez de los hombres y de la hostilidad de las cosas. Es un poderoso esfuerzo el que va a ejecutar el bravo paladin de aquella época, el denodado sostenedor de aquel Gobierno contra el cual parece que se hubieran unido todas las dificultades. Con esta campaña queda profundamente quebrantado el poder de los revolucionarios orientales, quienes fueron a hacerse fuertes dentro de Ciudad Bolívar, de donde no tardarían en ser absolutamente destruidos por el mismo General que en esta ocasión y en medio de los mayores inconvenientes y los más sombríos auspicios había sabido derrotarlos a fuero de valiente, de perseverante y de competente en asuntos militares.

La campaña en referencia comienza con el arribo a Carenero el día 3 de abril de 1903, después de haber zarpado de La Guaira, el General Gómez y la gente expedicionaria la cual se componía de la Oficialidad que había acompañado al Jefe pacificador a todas partes, y del ba-

tallón que estaba bajo las órdenes del general Secundino Torres, como Comandante que era éste de todo el litoral comprendido hasta Tucacas. En Carenero se desembarcó peleando el mismo día que los revolucionarios introducian un parque por las cercanías de La Boca de Paparo. El General Gómez mandó—tan pronto como pisó tierra—que saliesen fuerzas a combatir al enemigo que se encontraba atrincherado en el puente sobre el río mencionado. En este primer choque fueron vencidos los revolucionarios y quedó libre la vía para Río Chico.

Fué entonces cuando el General Gómez dispuso que saliera el general Secundino Torres hacia Tacarigua de Mamporal al frente de una pequeña fuerza a reconocer al enemigo, pero aconteció que por allí pasaba el grueso de las tropas revolucionarias, lo que trajo por resultado que el general Secundino Torres tuvo que combatirlas con su escasa gente, encuentro en que este soldado valerosísimo dió una nueva demostración de su valor hectóreo. Allí murió un bravo oficial del Jefe Expediccionario, el coronel Antonio Vegas, y Torres salvó milagrosamente la vida.

Al día siguiente se marchó para Río Chico y ordenó el General Gómez que su Jefe de Estado Mayor, el general Diego Bautista Ferrer, fuera adelante para situar fuerzas en El Guapo, las cuales debían atrincherarse allí. La operación fué frustrada, pues, el general Ferrer, por una falsa interpretación dispuso desocupar el pueblo que fué luégo ocupado por los adversarios aprovechándose éstos de las trincheras hechas por la gente del Gobierno.

Pero en compensación de esta pequeña ventaja obtenida por los revolucionarios, merced a un error, ellos se dejaron quitar parte del parque que desembarcaban y la goleta que lo conducía, barco que fué bautizado por el General Gómez con el nombre de *Tres de Abril.*

En estas operaciones y en espera de las fuerzas de Aragua que debían concurrir con su Presidente, a atacar a los revolucionarios, viniendo por la vía del Tuy, pasaron los días hasta el 11 de abril en la noche, horas en que comenzó el asedio de El Guapo.

Fué esta la más cruenta batalla que se librara en territorio venezolano durante toda la guerra que reseñamos; se peleó duro, con la indomable valentía con que saben pelear los venezolanos en cuya sangre circula el fuego de una sangre ardorosa; de la sangre mezclada de sus abuelos nativos y sus antecesores hispanos. Batalla de intensidad tal que durante su verificación y siendo el número de combatientes de ambos bandos sólo de cuatro mil hombres, más o menos, quedaron tendidos seiscientos muertos y cuatrocientos heridos. Superó, pues, el número de muertos al de heridos.

Durante tres días se estuvieron disputando el terreno los bravos contendientes; y las tropas del Gobierno, a quienes tocaba atacar trin-

cheras, naturalmente tenian que equilibrarse su inferioridad de posiciones y de situación a fuerza de energías y merced a la indómita valentía y conocimientos militares de su Jefe.

Es en los momentos más recios de la batalla cuando acontece un incidente magnífico, que conocen todos los sobrevivientes de aquella lucha formidable.

Los alrededores del pueblo de El Guapo están sembrados de cadáveres y columna tras columna, cuerpo tras cuerpo del denodado ejército pacificador se ve rechazado ante los casi inexpugnables atrincheramientos y demás sistemas de defensa de los revolucionarios. Tomar aquellas posiciones y expugnar el campo enemigo parece un imposible. Las aguerridas tropas orientales, las que más bravamente han peleado hasta entonces en toda esa época de sangre, de sacrificios y hasta de exterminio, defienden el terreno palmo a palmo y su resistencia es como la resistencia de una enorme mole adherida al suelo que un gigante se afane por remover. En una brecha abierta a las compactas líneas enemigas, cae el más impetuoso de los tenientes del General Gómez. Aquel Secundino Torres, cuya fiera valentía hacía pensar en que las leyendas caballerescas de un Bayardo y de un Orlando bien pudieron haber acontecido. Las tropas de Aragua estaban mermadas y el desaliento cundía en sus filas. Allí cayeron también muchos valientes, dignos subalternos del General Gómez.

Quien diga haber asistido a la batalla de El Guapo es merecedor de que se le acate como persona avezada al peligro, porque en esa soberbia justa de leones no hubo rezagados ni pusilánimes; todos riñeron con coraje, con el coraje criollo que impele a nuestros hombres, una vez listos a afrontar las penalidades y la muerte, a ir al abismo si es menester hundirse en él para realizar el propósito concebido y no dejar lugar a que se les llame cobardes.

Terrible batalla donde se exhibió con toda su magnificencia el valor venezolano: ahí peleaban los hombres como cíclopes y desaparecían como las figuras fantásticas de un sueño.

El incidente a que vamos a referirnos es de lo más épico y más gallardo que haya acontecido entre las filas de un ejército donde sólo la muerte señorea y donde los semblantes de los más intrépidos palidecen ante el temor de la derrota y por la fiereza de la lucha.

El general Diego Bautista Ferrer, Jefe de Estado Mayor del General Gómez, se acerca a éste en uno de los instantes más críticos del combate; precisamente en el momento en que los soldados del Gobierno parecían ya destinados a volverle la espalda al enemigo, agotados en su resistencia física y moral: el general Ferrer venía a decirle al General Gómez que los defensores de El Guapo eran tres mil hombres y que,

dada la situación en que se encontraba la batalla, él la conceptuaba casi perdida porque era imposible vencer a un enemigo superior en número, colocado en terreno mucho más ventajoso que el ocupado por las tropas del Gobierno y formidablemente atrincherado. El heroico Jefe Expedicionario lo dejó hablar y a todos estos pronósticos fatales contestó con las siguientes palabras: ¡General Ferrer, tenemos refuerzos y ya vamos a decidir esto! ¡Contamos con tres mil hombres también! A lo cual arguyó el general Ferrer, ya reanimado: ¿Cómo, General, y por dónde vienen? La respuesta fué ésta: "Ese batallón que vale mil hombres (se refería al batallón de su mismo nombre), usted que vale mil más y yo que represento los mil restantes en estos momentos en que están cayendo terrones en el Palacio de Miraflores!

Esa frase en una boca que no fuera la del General Gómez hubiera parecido una fanfarronada, pero pronunciada por él cuando todos temían el fracaso era un rayo de indomable energía que se esparciera en el ánimo de cuantos estaban presentes: desde el Jefe de Estado Mayor, hasta el último soldado del ejército. Y así fué en efecto. A poco de haberse expresado de esa manera el invencible adalid, cabalgó sobre el corcel de guerra, se colocó a la cabeza del batallón que llevaba su nombre y se lanzó contra el muro de bayonetas enemigas con la potencia de una fuerza que nadie ni nada podía resistir. Con esta carga impetuosa se decidió la acción, y El Guapo, igual que La Victoria, que amenazaba ser una derrota para la hueste pacificadora, se tornó en un triunfo espléndido.

Las consecuencias de este ruidoso triunfo de los gobiernistas fueron de valor incalculable. Merced a ese éxito los revolucionarios de Oriente abandonaron por completo la idea que hasta entonces acariciaran de apoderarse de Caracas. El centro de la República puede decirse que se vió libre de enemigos que pudieran tenerse en consideración, pues, las guerrillas de alzados que merodeaban por los contornos de la Capital y las que se daban las manos con ellas y que estaban diseminadas por el Tuy, el camino de La Guaira, Aragua y otros lugares no lejanos de Caracas, empezaron a disolverse y muchas a acogerse a la clemencia del Gobierno. Con la batalla de El Guapo comienza definitivamente la agonía de aquella revolución que recibió el nombre de Libertadora.

Al verse derrotados los revolucionarios que mandaba el general Nicolás Rolando, replegaron por la vía de los llanos de Maturín hacia Ciudad Bolívar, marcha que habla bien de la disciplina de aquellas tropas y de la pericia y energía de aquel Jefe oriental, pues, a más de ir ellas derrotadas y expuestas a quedar reducidas a camadas escasas por la deserción en un trayecto tan extenso como el que iban a recorrer, dos causas más contribuían a hacer que el desaliento cundiese

en sus filas: el general Horacio Ducharne, que constituía la base de aprovisionamiento de aquel ejército y el contingente apreciable con que él contara para el caso de una derrota, había reconocido al Gobierno implícitamente con una aparente declaratoria de autonomía del Estado Maturín, donde la confianza del general Rolando lo había colocado como Jefe Civil y Militar. Eso por una parte, que por la otra el Doctor José María Ortega Martínez, que estaba a la retaguardia del ejército que combatía en El Guapo, y que tenía un buen número de tropas y un parque precioso para los revolucionarios en aquellos momentos,—pues llegaba a trescientos mil tiros y los orientales habían agotado sus pertrechos,—se dejó quitar ese parque y hacer prisionero en Palmira, por una guerrilla comandada por un oficial del Gobierno.

Con El Guapo y después con Ciudad Bolívar, quedará totalmente destruida aquella tremenda conflagración que llegó a poner en aprietos al Gobierno de Castro y que sin disputa ninguna hubiera acabado con este Gobierno a no encontrarse entre sus defensores un Jefe de la talla del General Gómez.

TERCERA ETAPA

CAPITULO VII

El General Gómez parte el 1º de mayo de 1903 para su nueva campaña de Occidente, con el carácter de Comandante en Jefe del Ejército Expedicionario.—Lo acompaña un lucido cuadro de subalternos.—Desembarco en Tucacas el 2 en la tarde.—Horas antes había desembarcado en el puerto nombrado el Jefe de la Revolución general Manuel Antonio Matos.—Referencias acerca del general Matos.—El General Gómez organiza la marcha del ejército por la línea del ferrocarril que va de Tucacas a Barquisimeto.—Llegada a Palmasola donde planta el Comandante en Jefe su Cuartel General.—Comienzan las hostilidades contra el enemigo que estaba extendido por toda la línea hasta Barquisimeto.—Pelea en el puente de Yumare.—Triunfo del Gobierno en este combate donde muere el valiente general Avelino Figuera.—Estratagema del General Gómez.—Su marcha sobre Barquisimeto por la vía de San Felipe.—El general Rafael González Pacheco marcha también con un ejército sobre Barquisimeto.—El enemigo, que había desocupado esta plaza, vuelve a ocuparla al darse cuenta del movimiento de diversión del General Gómez.—Reunión del General Gómez y de González Pacheco.—Ataque de Barquisimeto.—Entrada triunfante a ella el 23 de mayo.—Marcha hacia Coro en persecución del enemigo.—Batalla de Mata-Palo.—Cablegrama del Presidente Castro al General Gómez.

El 1º de mayo de 1903 zarpó de La Guaira el General Gómez, rumbo a Tucacas, para ir a realizar su segunda y brillante campaña en el Occidente de la República. Iba investido con el alto cargo de Comandante en Jefe del Ejército Expedicionario sobre los revolucionarios que aun estaban muy fuertes en estas regiones, pues ocupaban casi todo el Estado Lara y el Estado Falcón.

Acompañaban al General Gómez muchos Jefes y oficiales de nombradía y llevaba una tropa veterana compuesta del Batallón "Gómez", al mando del general Eustoquio Gómez y de una División bajo las órdenes inmediatas del general Eulogio Moros. Mandaban cuerpos en esta División los generales Félix Galavís, Florencio Reyes y Avelino Figuera. Ayudantes del general Gómez eran el general Graciliano Jaime, los coroneles Santiago Otalora, Luis Reaño y otros que le habían acompañado también en todas sus campañas y le eran absolutamente fieles. Eran, pues, brillante este Estado Mayor, cuya Jefatura desempeñaba el general Diego Bautista Ferrer—veterano de reconocido valor—y este

grupo de subalternos. A más de la División y del Batallón "Gómez", formaba parte del ejército un apreciable número de oficiales sueltos que constituían un cuerpo o "Sagrada", según el nombre usual que se da a estos contingentes.

El desembarco en el puerto de Tucacas se verificó peleando el mismo día 2 de mayo en la tarde y prima noche, lugar por donde había desembarcado también el general Manuel Antonio Matos, Jefe de la Revolución, algunas horas antes.

Al mencionar el nombre del Jefe de la Revolución, es justo que digamos algo acerca de la persona de éste. El tenía bastantes méritos para ser el Caudillo supremo de aquel movimiento armado. Su historia política lo señalaba como el hombre más prestigioso en aquella época para encabezar todo el cúmulo de aspiraciones, propósitos y planes de los adversarios. Hombre de negocios, acaudalado y con un crédito ilimitado en el extranjero—cosa que le facilitaba conseguir dinero y cuantos elementos de guerra requería la revolución—con energías bien conocidas para afrontar el peligro y hacerse respetar de sus subalternos y de una aquilatada conducta como ente público y social, él reunía las condiciones necesarias para ponerse al frente de una Causa y de allí que entre tanto elemento de lucha y de valor indiscutible, como lo eran los generales Rolando, Monagas, Mendoza, Riera, Rafael Montilla, Lara, Antonio Fernández, Luis Loreto Lima y muchos más Jefes de justa nombradía, fuese él el elegido.

El desembarco del general Matos en Tucacas, del cual acabamos de hablar, es una de sus acciones notables como hombre de acción audaz, de los que saben exponer la vida cuando la fidelidad a los compromisos contraídos se lo imponen.

Ya en Tucacas se ocupó el General Gómez en organizar la marcha del Ejército por la línea del Ferrocarril que va de Tucacas a Barquisimeto, línea que en gran parte estaba defendida con obras formidables por los revolucionarios. Además, había la gran dificultad de tenerse que andar por aquel camino sobre el cascajo o ripio del cobre de las minas que es como si se anduviera por sobre vidrios rotos. Todas estas penalidades tenía que afrontarlas el General Gómez y su heroico y aguerrido Ejército. Las pocas bestias que se llevaban quedaron inutilizadas en la primera jornada rendida. El 4 de mayo en la mañana salió el General Gómez y su gente de Tucacas, pernoctó en El Almacén y llegó el 5 a Palmasola, donde fué plantado el Cuartel General. De una vez comenzó el General Gómez a trazar su plan de campaña sobre los revolucionarios. El día 6 dió orden de atacarlo en el sitio de Yumare, donde hay un puente en la línea férrea; el ataque fué intenso y costó muchas vidas a las tropas del Gobierno, entre otras la del general Avelino Figuera, quien dirigió éste. Por fin, después de recio pelear, el ene-

migo se dejó quitar la fuerte posición que defendía en el lugar mencionado. Este triunfo representó para el Ejército Expedicionario la doble ventaja de advertir al adversario la inferioridad en que estaba respecto a nuestras tropas y la de hacer creer a los Jefes de la Revolución que el General Gómez continuaría atacando por la línea, cosa que aquéllos preferían porque desde Yumare hasta Barquisimeto tenían formidablemente atrincherado el camino de hierro y se hacían el cargo de cómo las tropas que venían sobre éllos irían poco a poco gastándose en ataques tan recios como éste que acababa de costar la vida al valiente general Avelino Figuera.

Pero esa misma creencia de los Jefes revolucionarios fué para el General Gómez muy favorable, pues, dándose él cuenta cabal de como pensaban los enemigos aprovechó esta circunstancia para continuar haciendo el aparato de preparativos para seguirlos asediando por aquellos lugares. Al efecto dejó gente que los estuviera hostigando allí mientras él verificaba un movimiento divergente por la vía de San Felipe. Al darse cuenta los revolucionarios de este plan volverían a ocupar a Barquisimeto, plaza que dejaron desguarnecida en la confianza de que nunca llegaría hasta ella el General Gómez por la línea del ferrocarril. Ellos habían dejado sin gente a la capital de Lara el 5 de mayo y entretanto el General Gómez realizaba su avance con el grueso de sus tropas hacia San Felipe, a donde había ordenado que permaneciera el general Pedro Linares. Tan pronto como llegó el Jefe Expedicionario a San Felipe, recibió órdenes este general de adelantarse sobre Duaca, pues el enemigo se había situado en Pueblo Nuevo. Ya para entonces tenía el General Gómez noticias de cómo el general Rafael González Pacheco avanzaba con un ejército por Quíbor y esperaba que se aproximase, teniendo quizá en mientes la combinación de que este Jefe militar ocupara primero a Barquisimeto para reducir al enemigo al pueblo de la línea donde se encontraba.

Por otra parte, el General Gómez mantenía una constante comunicación con la gente que había dejado por Tucacas y la que estaba en Duaca. El continuó su marcha hacia Barquisimeto; pero al estar ya cerca de la ciudad, los revolucionarios—como lo hemos indicado antes—se dieron cuenta cabal del plan estratégico del General Gómez y con la rapidez que les fué posible—por lo tarde que habían venido a comprender el engaño que sufrieran—volviero a ocupar a Barquisimeto el día 20 de mayo. Al siguiente, esto es, el 21, se reunieron el General Gómez y el general González Pacheco en un lugar denominado La Ruezga.

Sin perder momentos el General Gómez puso cerco a la plaza y el ataque comenzó para durar hasta la noche del 22 de mayo en que el enemigo, a favor de la oscuridad pudo huír por el camino de Siquisique y Bobure. Esta acción fué reñidísima, y tanto, que en ella perdieron las

tropas del Gobierno muchos más elementos de importancia que la Revolución. Allí cayeron sin vida los valientes servidores generales Carlos Arvelo y Benjamín Pacheco; el general Jesús Maria Arvelo recibió una herida mortal que pocos días después tendria un fin fatal arrebatando al Gobierno la existencia de un veterano de fidelidad y valor comprobados.

Pero los sacrificios correspondieron a la importancia y consecuencias del éxito logrado.

El 23 de mayo entró triunfante a Barquisimeto el General Gómez, a la cabeza de su bravo Ejército y los revolucionarios occidentales quedaban ya humillados en su orgullo de imaginarse que podían volver a dar a su Causa, la fuerza y poder que llegase a adquirir hasta el tiempo en que fué duramente escarmentada en La Victoria.

No descansó el General Gómez saboreando aquel triunfo, pues, para él vencer no es cosa que lo envanezca. Inmediatamente ordenó continuar la persecución de los derrotados y en la tarde del mismo 23 de mayo salió tras éllos, yendo a acampar en la noche en el lugar llamado Cerritos Blancos. El 25 entró a Quíbor, donde definitivamente se informó de cómo los revolucionarios seguian por la vía que conduce a Coro. En consecuencia mandó que dos de sus subalternos se adelantasen con fuerzas sobre Baragua, para seguir él después con el fin de ver si lograba unirse al general Guillermo Aranguren, que venía de Coro con gente. Su intención no era reforzarse con esta gente del general Aranguren, pues, con la que llevaba había demostrado elocuentemente que podía destruir al adversario; él lo que deseaba era hacer a Aranguren partícipe de las glorias de aquella campaña, como lo mencionó en su telegrama para el general Castro, acerca del particular.

Este proceder noble y generoso del heroico Jefe pacificador es una de las características de su trato y relaciones con el compañero de armas. Como hombre de propios y muy grandes méritos él no es capaz de sentir la torpeza de la envidia, que es en otros funesta consejera. El general Aranguren tendria su parte de glorias en una campaña que necesariamente iba a ser ganada por el heroico vencedor de El Guapo.

El General Gómez salió de Quíbor el día 26 y de esta población se separó el general Diego Bautista Ferrer, quien regresó a Barquisimeto investido con el cargo de Comandante de Armas de Lara. A Carora llegó el ejército el 28 para seguir por Baragua, Mamoncito y La Danta. hasta ocupar a Piedra Grande, a tiempo que dos subalternos del General Gómez deberian estar en Agua Clara. De este punto se marchó por Purureche—via Pedregal—donde se halló la huella de los fugitivos. Esto aconteció el dia 2 de junio. Ese mismo dia fué alcanzado el enemigo en el lugar llamado Mata Palo, a las ocho de la noche.

En este lugar habían de sufrir los revolucionarios occidentales su derrota final. Mata Palo sería la cesación de la formidable tempestad que se acumuló sobre el cielo de aquellas regiones hasta llegar a condensarse, para perder su tremenda pujanza ante la voluntad férrea y omnipotente del hombre que había de dominarla.

A esa misma hora, esto es a las ocho de la noche, ordenó el General Gómez atacar al enemigo. La acción fué cruenta y duró toda esa noche y el día siguiente en cuya tarde se declaró el adversario en completa derrota. Allí, como en Barquisimeto, las filas contrarias estaban mandadas por la flor y nata de los generales de Occidente: Gregorio Segundo Riera, Jacinto Lara y otros más de justa fama y nombradía cedieron el terreno ante la arremetida incontenible de la gente del General Gómez. El espíritu de este guerrero estaba infundido en los suyos y dondequiera que combatían era para vencer, así fueran barreras infranqueables de trincheras y de posiciones como en El Guapo, así la superioridad del número y la pericia de los caudillos adversarios como en Mata Palo. El mismo general Manuel Antonio Matos, Jefe Supremo de la Revolución, sufrió las amarguras de la última y tremenda derrota que les infligiera el General Gómez.

Los caudillos revolucionarios huyeron a favor de la noche del 3 de junio para ir a ganar la costa de Coro y embarcarse absolutamente vencidos con rumbo a Curazao si lograron ésto se debió a que no se cumplieron con exactitud las órdenes precisas que tenía dadas el Comandante en Jefe del Ejército de tener muy bien vigilado todo el litoral comprendido en los lugares de Agüide, Cápano y Cardonalito.

En Mata Palo sufrió la tropa del Gobierno pérdidas considerables, pues, como lo hemos dicho, allí se riñó brava y sangrientamente.

A contar de entonces todo el Occidente quedó pacificado y sin enemigos, pues, ya hasta el mismo general Rafael Montilla, el guerrillero de fama legendaria y fiera, derrotado con sus demás compañeros en Barquisimeto, se había ido a internarse a sus selvas y laberintos de Guaitó.

La empresa confiada al General Juan Vicente Gómez por el Presidente Castro estaba cabalmente realizada en la parte occidental de la República. Los laureles conquistados por el experto adalid eran legítimos y quien osara disputárselos en lo porvenir sería víctima de su propia envidia y felonía y quedaría castigado por esa Providencia infalible que rige los destinos humanos haciendo que la verdad y el mérito venzan contra todas las acechanzas del mal.

Desde el 20 de diciembre de 1901 hasta el 3 de junio de 1903 el brazo incansable de este púgil mantiene firme entre los dedos hercúleos la espada y así la mantendrá mientras no expugne a los enemigos del

Gobierno de sus últimos baluartes en Ciudad Bolívar. Es más de año y medio de incesante combatir y casi no existe núcleo revolucionario que no haya sentido sobre sus flancos el duro acometer de aquella espada. Hoy Luciano Mendoza y Luis Loreto Lima, mañana Nicolás Rolando y después Riera y el mismo Matos, casi todos los caudillos revolucionarios han visto con sus propios ojos el relámpago de la espada victoriosa que finalmente iría a trazar en las márgenes del Orinoco —sobre los estragos que dejaría en pos de sí la matanza,—las promesas de una paz perdurable.

Cuando el Presidente de la República recibió la noticia de la acción de Mata Palo y del triunfo definitivo obtenido por las armas del Gobierno sobre todos los elementos revolucionarios de Occidente dirigió al General Juan Vicente Gómez un telegrama que es muy conocido, pero que no podemos resistir el deseo de publicarlo en este libro y aun de comentarlo. (*)

Ese telegrama fué escrito en un momento de sinceridad por el hombre que después de haber sentido tangiblemente que el poder se le iba de las manos, lo veía entonces reafirmado por el valiente compañero de armas que venía protegiéndolo desde que pasaran juntos el río Táchira el 23 de mayo de 1899 hasta aquellos instantes en que pleno de efusión consignaba todas las verdades expresadas en esos renglones.

Pero así es de veleidosa la conciencia en aquellos a quienes ciega el furor de la soberbia y llegan a creerse señores absolutos de los demás. Castro salvado en 1903 por el heroico combatiente a quien él mismo apellida el Pacificador, vendrá a ser breves años después, el más empecinado de los enemigos del General Gómez. Ansiará en su ira oculta el veneno y el puñal para acabar con la existencia noble y generosa de aquel que supo exponerla cien veces para mantenerlo al frente del poder. Autorizará, sigiloso y torpe, la acechanza para atentar contra aquella vida, pero no tendrá en cuenta esa misma Providencia que él invoca en su telegrama y que ha de encargarse de corresponder a quien él—Castro—no podía hacerlo dignamente.

Ese telegrama constituirá siempre en el Tribunal augusto de la Historia, la prueba plena de cómo Castro reconocía los merecimientos altísimos del General Gómez para tener derecho a todo linaje de recompensas, aun las eminentes. Cuando al discurrir del tiempo, pasados ya los sucesos contemporáneos que por su influencia inmediata pueden hacer que no se juzguen éstos con la serenidad necesaria, los hombres leerán esa confesión explícita que hace Cipriano Castro de haber sido salvado por los esfuerzos del General Gómez y comprenderán cuanto fué

(*) Véase en la Sección Apéndice el telegrama en que se califica al General Gómez de "El Salvador del Salvador".

de inicua, de mezquina y de punible la conducta de aquél para con éste, y comprenderán también que en virtud de las leyes sociológicas que rigen las colectividades humanas, Castro, el vanaglorioso, tenía que ser humillado al fin por la austeridad republicana del General Juan Vicente Gómez.

Entre los dos hombres el país no tenia porque dudar: ya para la fecha que narramos la mayoría del pueblo venezolano esperaba que el General Gómez, sería el sucesor del general Castro y como quiera que para esta época el Caudillo de la Revolución de Mayo había perdido su prestigio, aun entre los más de sus servidores que habían recibido el desdén de éste que se siluetaba como tirano al verse consolidado en el poder, toda esa mayoría, incluidos los revolucionarios vencidos, volvían los ojos hacia el magnánimo vencedor que había practicado sus campañas sin atropellar a nadie, no obstante haber sido aquella guerra una guerra en que las pasiones de regionalismo más que las pasiones políticas habían inspirado a los hombres de la revolución.

Pasados los días de efusión por el triunfo que debía al General Gómez, vendrían para el general Castro las suspicacias y los recelos. Así es de mezquina la condición humana, cuando no se posee un corazón grande capaz de acallar con el compás sereno de sus palpitaciones el rumor halagüeño de la adulación, de esa mala consejera que forja fantasmas de efímera gloria en la mente de los gobernantes medioeres, conduciéndolos de la arrogancia a la megalomanía y de la megalomanía a la locura.

De haberse mantenido el general Castro ecuánime y pensando siempre de la manera que pensara al dictar el notable telegrama que venimos comentando, su suerte como hombre público sería muy otra. Venezuela entera le habría perdonado sus errores si se hubiera aliado con esa Providencia que invocaba para dejar que el Pacificador de la República llegara a obtener la única recompensa digna de sus insignes servicios: la Primera Magistratura Nacional. Pero no aconteció de esa manera, el camino que siguió fué el del mal y hoy sufre las consecuencias vagando de país en país extranjero, torturado en sus días y en sus sueños por la furia de la venganza, befado por los que antes quemaran incienso ante su frágil altar de ídolo y condenado a no volver a la patria sino como un paria a quien nadie se atreve a tender la mano sin rubor.

TERCERA ETAPA

CAPITULO VIII

Organízase la expedición para Oriente.—Salida del General Gómez al frente de ella en la noche del 28 de junio de 1903.—Fuerzas que componían esa expedición.—El General Gómez se lleva de La Guaira sus tropas predilectas.—Arribo a Carúpano.—Combate de Campo Claro y Soro.—Entrada al Orinoco y desembarco en Santa Ana.—Comienza el asedio de Ciudad Bolívar.—Conferencias de paz para ver si se evitaba un nuevo derramamiento de sangre.—Los revolucionarios hacen imposible todo advenimiento y hay que combatir.—Confianza que tenían éstos en lo inexpugnable de la plaza, reputada la más fuerte de Venezuela.—Gran cantidad de tropas y elementos de que disponían.—Batalla de Ciudad Bolívar.—Consideraciones acerca del vencimiento de la Revolución y de la trascendencia de esta batalla.

La expedición a Oriente se organizó en pocos días y en la noche del 28 de junio estaban listas para embarcarse las tropas que llevaría el General Gómez de Caracas para formar aquella expedición. Entre los individuos que la componían iban el Doctor J. R. García, con el carácter de Secretario General del Comandante en Jefe de ella, y el Doctor Luis Godoy, como Médico Cirujano Mayor.

Las fuerzas de que había de constar el ejército que marchaba a dar el último golpe a la Revolución, serían las siguientes: una División y media que estaba en campaña en Maturín al mando del general Manuel Salvador Araujo, División cuyo efectivo no pasaba de 900 hombres; una División que debía incorporarse al General Gómez en Carúpano, la cual resultó no constar de más de cuatrocientos hombres, debiendo dejarse la mitad de ella en este lugar; mil quinientos hombres que tenía el general Emilio Rivas en Soledad y una pequeña partida de gente que se agregó en San Félix al General Gómez y que estaba mandada por el general Anselmo Zapata. A más de esa gente el General Gómez se llevó de La Guaira la División Vanguardia, mandada por el general Eustoquio Gómez, una Sagrada y un Cuerpo de Artillería.

Con estos últimos contingentes salió el general Gómez de La Guaira en los vapores *Restaurador*, *Zamora* y *Bolívar*, y se hizo rumbo a Carúpano, para embarcar allí la gente a que hemos hecho referencia en el párrafo anterior. En este puerto se incorporó el vapor *Miranda* a la flota que conducía los expedicionarios y se siguió hacia la costa del

Golfo de Paria, donde habían muchas partidas de revolucionarios. El día 2 de julio atacó el General Gómez a esas partidas que se habían unido bajo el mando de los generales Antonio Paredes, Manuel Morales y Juancho Córcega y las derrotó y dispersó completamente. El lugar donde se libró esta acción se denomina Campo Claro y allí quedaron fuerzas suficientes del Gobierno al mando de un Jefe conocedor del terreno, a fin de que se verificase la recolección de presos y dispersos.

El día 11 franqueó la flota expedicionaria la entrada al Orinoco y el 13 se efectuó el desembarco de las tropas en Santa Ana, después de haber pasado en los vapores la gente que traía el general Manuel Salvador Araujo, la cual se encontró con los contingentes que llevaba el General Gómez en el punto llamado Palital.

Para el día 15 ya tenía el General Gómez organizado el ejército en los alrededores de Ciudad Bolívar y comenzó a poner sitio a la plaza tanto por la parte del río como por tierra.

Ciudad Bolívar, aun sin estar fortificada es por sí sola una formidable defensa contra los ejércitos que osen atacarla, así sean ellos numerosos y escasas las tropas que defiendan el recinto de esta ciudad. En diversas ocasiones fué ella el baluarte preferido de cuantos Generales previsores quisieron defenderse con pocos soldados de enemigos fuertes y no es sino con dificultades inmensas y con miles de hombres como puede ser expugnada esta plaza que, regularmente guarnecida, es casi imposible tomar. Especie de inmenso castillo roquero, protegida en gran parte por un río profundo y de anchura notable, para asaltarla a mano armada se necesitaría demolerla primero con una artillería poderosa y lanzar sobre sus ruinas un ejército aguerrido que fuera cuatro o cinco veces mayor que el ejército atacado.

Más de tres mil hombres constituían los defensores de Ciudad Bolívar cuando la atacó el General Gómez; tres mil hombres bien armados y municionados con provisiones de boca para resistir largo tiempo hasta rendirse o vencer y mandados por un General experto en el arte de la guerra y justamente prestigiado entre sus subalternos, pues había sido la figura descollante de la Revolución en Oriente. Bajo las órdenes del general Rolando estaban en la batalla que se riñó allí, la flor y nata de los soldados orientales, de esa brava gente que había venido triunfando ruidosamente en otras batallas campales como Guanaguana. Los Jefes y oficiales que comandaba el defensor de la plaza eran todos afamados y los había de la talla de un Pancho Vásquez. Necesariamente, pues, el ataque de Ciudad Bolívar tenía que ser una empresa ardua y lograr éxito en ella era sumamente difícil. Este ataque lo acometió el General Gómez con tropas que no eran mayores que las revolucionarias.

Inmensas eran las dificultades que tendría que superar el Comandante en Jefe del Ejército Expedicionario para llegar al fin que se pro-

ponía. Veamos cómo realizó cabalmente ese propósito y en 50 horas se adueñó de Ciudad Bolívar y acabó con la Revolución.

Dispuso el General Gómez que las fuerzas del general Emilio Rivas adelantasen en el vapor *Miranda* hacia el lado arriba de la ciudad, lo que se efectuó el dia 12 por la noche. Ya antes se había estado en conferencias para ver si era posible llegar a un tratado de paz que finalizara la guerra sin necesidad del nuevo y terrible derramamiento de sangre que iba a sobrevenir; pero los Jefes de la plaza sitiada no quisieron aceptar las liberales condiciones que el General Gómez les ofrecía y prefirieron librar a la suerte de las armas la causa que venian defendiendo. Ellos se creyeron muy fuertes en Ciudad Bolívar, y a la verdad que tenian razón, pues era casi un absurdo imaginarse que un número de tropas más o menos igual en todo a las tropas sitiadoras pudieran ser vencidos por éstas. El error de estos caudillos revolucionarios no estuvo en creerse suficientemente potentes para combatir y triunfar: ya hemos dicho que la antigua Angostura es un baluarte inexpugnable cuando está suficientemente defendida. El error que sufrieron el general Rolando y sus compañeros de lucha estuvo en no valorar cabalmente las cualidades de táctico y hombre de acción que concurren en el General Gómez, el Jefe que tenian de frente.

Durante las conferencias de paz a que nos venimos refiriendo, hubo un diálogo entre el General Gómez y el general José Manuel Peñalosa—Jefe connotado de la Revolución—diálogo que constituye un testimonio evidente de la fe absoluta que tenia el General Gómez de triunfar en Ciudad Bolívar. Estando presente el Obispo de la Diócesis de Guayana y previa presentación que hizo el General Gómez a este dignatario de la Iglesia de los generales Emilio Rivas, Manuel Salvador Araujo y Enrique Urdaneta, el general Peñalosa enumeraba al Jefe Expedicionario las serias dificultades con que tropezaria en el asedio y toma de la formidable plaza que iba a atacar; entre otras cosas le dijo que el general Rolando contaba con tres mil hombres. A todo esto contestó el General Gómez, dirigiéndose simultáneamente al general Peñalosa y al Obispo Monseñor Durán: "Yo tomo a Ciudad Bolívar porque hay Dios y si hay Dios usted me dará el brandy en Ciudad Bolívar". En respuesta, el general Peñalosa le manifestó que no beberian el brandy juntos en Ciudad Bolívar, pero que si no se llegaba a un arreglo no le dispararia un solo tiro. Después, éste se fué en la noche a comunicarle todo lo hablado al general Rolando y a significarle que debia prepararse, porque el General Gómez le caeria encima esa misma noche, pues le constaba que ardia en deseos de pelear. Asi fué: a la madrugada del dia siguiente, a las 3 a. m. comenzó el ataque.

La fe al acometer toda empresa, es la caracteristica del General Gómez como hombre de acción. En ese simple diálogo con su interlocu-

tor general Peñalosa, se revela todo el poder avasallador de esa fe. Por medio de esa virtud altísima ha de ejecutar prodigios. Obstáculos que se presentan insuperables son vencidos por él. Donde el número y la calidad de sus tropas son de inferioridad manifiesta a las del adversario, el General Gómez se multiplica para suplir con su actividad y la exacta función que encomienda a cada uno de los cuerpos de esas tropas y hasta a cada individuo, aquella inferioridad. Sus subalternos, en los combates, no son nunca partes que obren arbitrariamente sino elementos de un todo completamente subordinados al plan ya trazado hasta en sus ínfimos detalles. Para la eficacia de esos planes posee el General Gómez una sabiduría que no se aprende en los libros porque es congénita: el entusiasmo fervoroso para ocuparse de los asuntos que le están encomendados y una energía sobrehumana para no fatigarse nunca en el trabajo, así le quite éste hasta las horas del sueño.

En las páginas de este libro hemos de encontrar al General Gómez siempre pleno de confianza en sí mismo, que es una derivación de esa fe altísima en una Providencia Todopoderosa, guía infalible de los actos humanos inspirados en una firme creencia en Dios. En la batalla de El Guapo, cuando el Ejército Expedicionario parecía ya en derrota—desenlace fatal que todos esperaban desde el Jefe de Estado Mayor hasta el último Oficial,—él se agiganta en medio del desastre que comienza a desencadenarse, lanza aquellas memorables palabras dichas al general Ferrer y luego monta a caballo, carga a la cabeza de un Batallón y triunfa: frente a los bastiones y formidables obras de defensa de Ciudad Bolívar dialoga con el Obispo de Guayana y con el general José Manuel Peñalosa y cuando éste le anota las dificultades inmensas que hay para tomar la plaza, él le asegura que la tomará y al asegurárselo invoca con el fervor del verdadero creyente el nombre de Dios.

Si el sitiador de Ciudad Bolívar hubiera sido el mismo general Cipriano Castro, con toda la autoridad moral que le daba el hecho de ser el Presidente de la República y con toda su fama de acometivo, el general Rolando y sus subalternos se hubieran salido con la suya y la Revolución habría cobrado nuevos alientos derrotando a los ejércitos del Gobierno. Cualquiera otro que dirigiera la ardua empresa habría fracasado; pero el General Juan Vicente Gómez no podía facasar: era el guerrero fulmíneo que saliera de Caracas el 21 de diciembre de 1901 y en menos de una semana destruyera al general Luciano Mendoza, a quien antes se juzgó el primer general venezolano; era el formidable vencedor de Urucure que en tres días de campaña había derrotado a los generales Riera, Peñalosa y demás caudillos occidentales a quienes el general Régulo Olivares no logró ni siquiera tirotear en un largo período de persecución; era el defensor homérico de La Victoria que hizo morder el polvo a todos los ejércitos revolucionarios unidos y detuvo

con su brazo titánico la caida del edificio del Gobierno castrista; era el paladin de Barquisimeto, de Matapalo y de El Guapo, donde sus esfuerzos de ciclope habian quebrantado la resistencia indómita de ese mismo general Nicolás Rolando y de toda esa brava hueste de orientales.

El ataque de Ciudad Bolivar comenzó, pues, tan pronto como cesaron los cambios de comunicaciones para ver si se llegaba a un avenimiento entre ambos contendientes.

Organizó el General Gómez el asedio de la plaza en la forma y manera siguiente: El general Emilio Rivas, con su gente debia atacar por el Cementerio y el Convento, el general Araujo por La Esperanza y el general Enrique Urdaneta por el cerro llamado El Zamuro. La artilleria fué distribuida y colocada de modo que dominara la ciudad sin cusar daño a los vapores que bombardearian las posiciones enemigas desde el rio y que apoyarian el avance de las tropas de tierra, efectuando algunos oportunos desembarcos, para lo cual el General Gómez habia tenido la precaución de dejar fuerzas a bordo.

El reparto de la artillería fué como sigue: un cañón quedó situado en la Laja de la Llanera, y otros tres en los cerros de Santa Lucia, en el punto denominado Miraflores y en Soledad, respectivamente. En este mismo lugar habia además, un batallón de las fuerzas del general Emilio Rivas.

La batalla comenzó el dia 19 en la madrugada y duró hasta la noche del 20, en que el enemigo, que iba reduciéndose cada vez más y más en un estrecho circulo de fuego que le extenuaba, no pudo resistir y resolvió rendirse sin condiciones en la mañana del 21.

Cincuenta horas bastaron al General Gómez para verificar la gigantesca empresa de expugnar a Ciudad Bolívar, la plaza más fuerte de Venezuela, y la cual, como ya lo hemos dicho, estaba defendida por obras de fortificación cuidadosamente repartidas, y por un número de gente igual a las tropas que la atacaban.

Esa batalla bastaria por sí sola para perpetuar en los fastos militares de Venezuela el nombre del General Juan Vicente Gómez, y nadie que no sea un insensato osará negar a este guerrero la legitima gloria de haber vencido en una acción en que ningún general hubiera podido obtener éxito.

Los resultados inmediatos de la batalla a que nos venimos refiriendo fueron los siguientes: el Jefe de la revolución en Oriente, general Nicolás Rolando prisionero y prisioneros junto con él cincuenta y cuatro generales, cuarenta y dos coroneles, noventa y dos comandantes y como doscientos oficiales de menor graduación. Allí fueron capturados tres mil y más fusiles, cuatro piezas de artilleria y los pertrechos correspondientes a todas estas armas.

Quedaba totalmente aniquilada la revolución que estalló en La Victoria el 20 de diciembre de 1901 y que, por espacio de más de año y medio había soplado su aliento de exterminio por todo el territorio venezolano. Ningún movimiento armado, desde el tiempo de la guerra federalista, llegó a ser tan grande ni a adquirir tanta magnitud como éste. Durante el trascurso de esos diez y nueve meses de incesante combatir y de violentos actos de venganza y de extravíos por pasiones políticas, únicamente, un hombre se mantuvo ecuánime, en generosidad y fortaleza: ese hombre fué el General Juan Vicente Gómez. Quienes más, quienes menos, todas las demás personas que tomaron parte en esa contienda recia, se dejaron arrebatar por los odios reinantes a la sazón.

Al distinguirse de esa manera, en medio de un ambiente de moral política en que la razón no estuvo ciertamente acatada en sus fueros, el General Gómez adquirió los mayores méritos que posee para ser la mente y el brazo que rige a Venezuela en el actual período histórico.

Cuando sus concepciones de estratega trazaron el plan de asedio y ataque de Ciudad Bolívar, era porque estaba ya señalado por los secretos designios que guían el destino de los hombres y de los pueblos, para efectuar cosas extraordinarias por la salud de la Patria.

Era el Pacificador; y qué clase de pacificador! Hay que medir sus grandes esfuerzos y luchas con relación a la atmósfera política en que se debatía y a los recursos materiales de que podía disponer.

Por una parte tuvo él que soportar con una habilidad y una paciencia consumadas, las intemperancias del carácter de Cipriano Castro, y por otra, el General Gómez tuvo que ir en busca del enemigo con tropas proporcionalmente escasas cada vez que tuvo que hacerlo, inferioridad numérica que se agravaba con la circunstancia de no tener el erario nacional dinero para sostener los gastos de la guerra. Es bien sabido cómo el General Gómez, en más de una ocasión gastó en sus campañas partes de su peculio personal, para no tener que recurrir al conocido medio de racionar las tropas con dinero ajeno.

Hechas las anteriores consideraciones, estudiemos las consecuencias del fracaso de la revolución que nos ocupa.

El vencimiento absoluto de aquella formidable revolución no dejó en pie más que un solo prestigio militar: el prestigio del General Juan Vicente Gómez.

El general Cipriano Castro no era ya el siempre vencedor jamás vencido que dijeron sus apologistas de la época. Su gloriola de soldado de fortuna, comenzó a disiparse en la campaña del Tuy y entre los muros de La Victoria, cuando se preparaba a la huída o la rendición de que lo salvó el General Gómez.

Los generales de fama, a cuyo solo nombre de caudillos se agitaba el sentimiento guerrero del pueblo venezolano para generar ideas de triunfos en que si se exponía la vida, se lograba el poder y la fortuna; esos generales, repetimos, quedaban con las espadas enfundadas para no desnudarlas más, pues, el último gigantesco esfuerzo de los brazos que las esgrimieran dejó extenuada la férrea energía de sus músculos.

Las contiendas civiles no volverían a ser la ocupación preferida de cuantos blasonan de títulos y rangos militares, y el testimonio más grande de esa verdad será la intentona revolucionaria de Coro, cuando en las postrimerías de 1913 maquinó el mismo general Castro ensangrentar el país, con el único resultado de quedar en el más ruidoso ridículo. Esa revuelta fué debelada casi sin combatir porque sus promotores se llenaron de pavor a la sola noticia de haberse declarado en campaña el General Gómez al frente de un aguerrido ejército.

Trece años de paz constituyen el mayor bien logrado para Venezuela por el valiente expugnador de Ciudad Bolívar, y puede asegurarse que esta batalla fué decisiva en los destinos actuales de la Patria. Por medio de esa cruenta acción de armas queda consagrado definitivamente el renombre marcial y político del General Juan Vicente Gómez. Su situación es muy definida tan pronto como deja pasmados de asombro a sus adversarios, humillado a los que le envidian y llenos de admiración a sus amigos por la consecución de un triunfo de tanta magnitud. Aquellos no dilatarán en volver los ojos hacia su magnánimo vencedor, convencidos de cómo es él quien está llamado a conciliar todos los intereses de sus conciudadanos y a hacer más temperantes sus pasiones; los otros esconderán por miedo el encono de sus almas mezquinas y fraguarán en silencio tramas y confabulaciones que lejos de perder al héroe envidiado contribuirán a la mayor grandeza de su nombre y a la elevación más alta de su personalidad, y éstos; los fieles que fueron en pos del corcel de guerra del Pacificador, sin más ambición que la de servir a la Patria y servirlo a él y con él combatieron y con él vencieron en todas partes, y también los que fueron sus partidarios leales sin haberles sido posible acompañarlo en los peligros porque su puesto estaba señalado en diversos sitios, éstos, repetimos, han de rodearlo constantemente, puestas sus esperanzas en el Jefe a quienes están acostumbrado a ver dominando la adversidad y erguido noblemente ante la ira de sus enemigos.

Pasado un breve tiempo, cuando todavía estaban muy frescos los laureles obtenidos por el General Gómez a las márgenes del Orinoco y el recuerdo de su sangre vertida en las batallas estaba vivo en la memoria de sus compañeros de armas, Castro se dejó dominar del recelo y de las más absurdas cavilaciones y empezó a exhibirse en su horrible desnudez moral iniciando una serie de ingratitudes y felonías contra el General Gómez hasta el punto de dejar preparados a sus servidores incondiciona-

les,—cuando se fué a Europa—para que no se detuviera ni ante el asesinato ni ante ninguna otra infamia en la ejecución de los planes siniestros que les dejaba trazados con el fin de deshacerse del General Gómez.

Pero mientras el Presidente Castro maquinaba el hundimiento del bizarro paladín, las corrientes de la opinión pública iban dócilmente hacia éste y en un continuo y poderoso movimiento vinculaban en él todas las esperanzas de la Patria; esperanzas muy fundadas, pues el General Gómez era la personalidad única, cuyas condiciones eminentes de guerrero y de hombre de Estado lo hacían indispensable al frente de los destinos nacionales.

La revolución vencida dejaba preparada a Venezuela para futuras orientaciones hacia una existencia de derechos y libertades mayores a las obtenidas hasta entonces. Los hombres sentían un anhelo vivo de paz y el amor al trabajo venía a modificar en las conciencias exaltadas por el resplandor fratricida de la guerra, los sueños heroicos—prontos a tornarse en realidad—que fueran hasta entonces el ideal más caro del pueblo venezolano. Había llegado para este pueblo el momento providencial en que hiciese un balance entre los sacrificios y ventajas que había derivado de sus contiendas intestinas. El último de esos sacrificios: la revolución llamada Libertadora, no podía haber sido más grande, y ¿qué ganaron con ella sus promotores? El trueque que había hecho Cipriano Castro del bastón del Magistrado por el cetro de los tiranos, una vez que se vió reafirmado en el poder.

Con esta sola partida del balance quedaban reducidas a una cantidad mínima cuantas ventajas alcanzaron nuestros antepasados y los contemporáneos al ocurrir al expediente de la guerra para buscar remedio a los achaques de nuestra democracia. Pero he aquí que los númenes bienhechores de la Patria se encargan de hacer fecundo el inmenso holocausto, al unir en una sola toda la familia venezolana en el común deseo de acabar con el tirano y hacer imposibles nuevas contiendas fratricidas.

Desengañados los corifeos de la revolución por el tremendo fracaso que sufrieran, agraviados los servidores del Gobierno de Castro por la ingratitud con que éste se burlara de sus merecimientos como esforzados sostenedores de aquel orden de cosas y descontentos también los ciudadanos que hasta entonces se habían mantenido partidarios del sosiego público sin serlo del general Castro, todas las fuerzas vivas del País se unirían en el sólo propósito de sustituir a éste con la única persona capaz de satisfacer las exigencias de la opinión popular. El General Gómez era el ungido por la voluntad de todos.

Quitado el general Castro del sitial donde se había erigido déspota y colocado en su lugar el austero Pacificador, poco tendría que

desear Venezuela acerca de su futuro bienestar, pues, como queda dicho, la época no podía ser más propicia para enrumbar la nave de la República hacia su venturoso porvenir.

La narración de los sucesos de la campaña guerrera del General Gómez, por la cual venció a los enemigos del orden legal, es la historia verídica de la definitiva liberación de los venezolanos del imperio del caudillismo. Esa verdad, repetida antes en las páginas de este estudio, ha sido comprobada por trece años de paz y por el florecimiento de todas las industrias, el incremento de la agricultura y toda la serie de progresos que demarcan en los anales patrios, con caracteres perpetuos, la época mencionada.

Tenemos, pues, que el resultado más valioso del vencimiento de la revolución acaudillada por el general Matos, fué la extinción de los prestigios regionalistas que traían a la Nación en un perenne jaque, pues, cuando ellos no estaban en el poder no había sosiego posible para la gente que trabaja y produce en el país; pero ese resultado vendría a anularse del todo sin su complemento indispensable: la eliminación de Cipriano Castro como Presidente de la República.

Cinco años hubo que esperar para que esto aconteciese, pero todo ese tiempo es nada comparado con la magnitud de la conquista efectuada el 19 de diciembre de 1908.

Como las obras humanas que están destinadas a perdurar van adelantando constantemente, aunque algunas veces ese adelantamiento se efectúa de manera tan lenta que semeja la paralización de todo cuanto se ha edificado, así la empresa de rehabilitar a Venezuela, cuyo cimiento firme lo echó el mismo General Gómez en el año y medio en que pacificó el país, parece haberse detenido amenazada de destrucción durante ese lustro que fué de pruebas tremendas y de ejercicios de voluntad heroicos para el austero Repúblico.

A esas pruebas de voluntad había de resistir victoriosamente el General Gómez y de tales ejercicios saldría más fuerte y apto para el éxito, pues es bien sabido que las contrariedades, las luchas y los sucesos adversos son el troquel de los grandes caracteres.

Es en el trascurso de esos cinco años cuando el General Gómez acaba de evidenciarse ante la conciencia y los afectos de sus compatriotas como el ciudadano de talla altísima contra quien son inútiles las acechanzas del odio y las torpes maquinaciones de la envidia. Su grandeza moral para dominarse a sí mismo y ejercer dominio sobre la natural impaciencia de los suyos—esperando siempre con la buena fe de su honradez y de su lealtad que Castro volviese atrás en el camino de desaciertos, ingratitudes y prevaricaciones que había tomado—era la virtud más alta que podía exhibir a la mirada atenta y ansiosa de sus conciudada-

nos, y tenía que llegar—como en efecto llegó—el momento en que el bizarro adalid que desde Villa de Cura hasta Ciudad Bolívar había vencido en cien batallas para dar paz a su Patria, rompiese de una vez los vínculos que le unían al general Castro y que éste había hecho intolerables con su felonía.

El 19 de diciembre de 1908 se unió todo el pueblo venezolano alrededor del héroe de aquel día para pedirle su apoyo indispensable en la magna empresa de rehabilitar a la Patria, y como era condición categórica, o en otros términos, asunto esencial, la cesación de la autoridad del general Cipriano Castro, para que aquella obra pudiera realizarse, al reclamo plebiscitario del pueblo vino a complementarlo la circunstancia tremenda pero feliz de haberse evidenciado para esa fecha los planes criminales del autócrata. En ese día la mano férrea que cayó sobre los bastiones y trincheras de Ciudad Bolívar para deshacerlas peleando cara a cara, se revolvió iracunda contra los que se preparaban a atacarle por la espalda, y con el dorso—tal cual se castiga a villanos—derribó por tierra los brazos asesinos que movía la voluntad homicida de Castro y se elevó hacia el cielo de la Patria en promesa de que castigaría al tirano y haría el bien a sus conciudadanos.

Los ocho años de brillante Administración, transcurridos para Venezuela desde aquella fecha hasta hoy—y los cuales reseñamos en la parte de este libro que sigue—son los testimonios irrebatibles de cómo ha cumplido el General Juan Vicente Gómez aquella promesa solemne.

ADMINISTRACION

ADMINISTRACION

El 24 de noviembre de 1908 fué llamado el General Juan Vicente Gómez al ejercicio de la Presidencia Constitucional de Venezuela, en virtud de ser el 1er. Vicepresidente de la República y legalmente corresponderle la sustitución del Presidente Castro, quien se retiraba al extranjero enfermo de una dolencia grave que no podía ser curada sin la intervención de cirujanos europeos, especialistas en el caso. Este se separaba del poder en momentos de terrible espectación e inquietud para el patriotismo venezolano, pues la Nación estaba rodeada de peligros, peligros que se originaron precisamente en el hecho de estar Castro al frente de los destinos públicos.

Hacía ya algún tiempo que la soberbia desatentada de éste venía creando conflictos graves al Estado y señaladamente en asuntos de política internacional los procedimientos arbitrarios del engreído gobernante tenían a Venezuela amenazada de calamidades difíciles de conjurar. Era, por tanto, imposible en el límite de lo humano, que los asuntos públicos siguieran como hasta entonces y se hacía menester un cambio en el orden de cosas existente, cambio que cuanto más radical fuese resultaría más beneficioso.

Tan luego como el vapor *Guadeloupe* zarpó de las costas venezolanas conduciendo a Castro a su destino, el pueblo entero, sin distinción de clases, se agitó en un solo deseo de liberación y en una ansia muy viva de ver terminada aquella época sombría de temores y desasosiegos en que se vivía. Los pensamientos, unidos a la acción de los brazos se dirigieron al General Juan Vicente Gómez para pedirle se colocara al frente de una reacción saludable y definida contra el autócrata. A contar de la fecha anotada, ese deseo y esas ansias, traducidas en manifestaciones constantes que recibía el digno Magistrado, fueron adquiriendo fuerza hasta llegar a revelarse como un movimiento avasallador y todopoderoso que estalló en Caracas el 13 de diciembre. Desde ese día en adelante el General Gómez y sus gobernados no se guían más que por una sola idea, que es la comunión perfecta de ambas entidades, de

la cual ha de surgir, vigorosa y grande, la Causa Rehabilitadora; la idea de hacer el bien a Venezuela, comenzando por redimirla del anacrónico régimen de lo discrecional y lo arbitrario que gravitaba sobre sus hombros.

A la voluntad de todo un pueblo ávido de desagravios y colérico contra el ídolo falso que acababa de derribar de las alturas del Capitolio, respondió un grupo de hombres llamados castristas afilando sus armas de conjurados para prepararse a cumplir las órdenes que tenían recibidas de su Jefe. El fracaso de esa conjuración y el hecho de haberse salvado el país merced a la presencia de ánimo y al valor heroico del General Gómez, son muy conocidos de todos. En la mañana del 19 de Diciembre de 1908, día imperecedero en los fastos de la República, quedó ejemplarmente castigada la implacable soberbia del general Cipriano Castro.

Mal podía el épico vencedor de Ciudad Bolívar dejarse amedrentar por las armas de los pretorianos a quienes había dejado Castro encomendada la siniestra misión del parricidio,—único nombre que corresponde al crimen de hundir la Patria en la anarquía. A las puertas de los Cuarteles donde medraba la rebeldía, apareció el intrépido representante de la voluntad popular, sin más fuerza armada que la conciencia del cumplimiento del deber y la indomable energía de su corazón. A su sola presencia cae la espada de las manos de los subalternos comprometidos en el complot y los soldados exponen los fusiles, siendo el homenaje de ordenanza la señal de la sumisión. El golpe criminal estaba evitado por la heroica valentía de la víctima elegida y los parricidas todos quedaron reducidos a prisión por el General Gómez en persona.

Ese mismo día comienza para Venezuela la era de su rehabilitación, ya anunciada en los campos de batalla por la gloriosa obra de pacificación llevada a término cabal por el General Juan Vicente Gómez. Del 19 de Diciembre de 1908 arranca el complemento de esa obra. Tras los esfuerzos gigantescos por imponer la paz en todos los ámbitos de la República, habían de venir las luchas tenaces por salvar a la Patria de la vesania de Cipriano Castro: otro monstruo que si no consumía vidas como el Moloch de la guerra, menguaba la honra y el decoro nacional, tal como el imperio de los Césares histriones era el vilipendio de la antigua Roma. El fin victorioso de esas luchas lo demarca la gran fecha.

En la mente de los venezolanos vive perenne el recuerdo de aquel día, perenne y asociado al nombre del factor de los sucesos que durante su trascurso se verificaron. De ahí, que al General Gómez, no obstante su proverbial repugnancia por los títulos pomposos, se le llame usualmente el Héroe de Diciembre. Y a la verdad lo es. No tan sólo si se tiene en cuenta su actitud de eminente valor cívico en los días del mes final

del año, en la época que rememoramos, sino también al memorar su fulmínea campaña de pacificador, que comenzó precisamente el 20 de diciembre de 1901.

¡El Héroe de Diciembre! De esa manera le ha bautizado el patriotismo venezolano, y ya esté él en el poder o fuera del poder, ya se le nombre con gratitud por los contemporáneos o se le recuerde con reconocimiento por la posteridad, cuantas veces vaya a decirse Juan Vicente Gómez, el breve cognomento vendrá a los pensamientos porque están íntimamente asociadas la fecha y su grandeza con los actos y la grandeza del paladín.

El primer acto del General Gómez, después de los sucesos a que nos hemos referido, fué el de expedir su célebre Alocución del 20 de diciembre, síntesis elocuente de su programa de gobierno. Párrafo por párrafo vamos a insertar en estas páginas la Alocución dicha y hemos de comentar cada uno de éstos con la imparcialidad necesaria y en los términos concisos y justos que nos sea posible.

"Compatriotas! Ya sabéis que vine a desempeñar el Poder Ejecutivo Nacional, en virtud del título legal que invisto, sin ser empujado por ninguna ambición personal. La Ley me llamó al puesto y desde el primer momento me dí a conciliar las aspiraciones populares con mis deberes públicos, procurando establecer un régimen de garantías en consonancia con nuestras instituciones. He querido y quiero para cada venezolano la efectividad de sus derechos sin ser esta aspiración concesión o merced sino únicamente una imposición de la Ley."

Con este primer párrafo comienza el luminoso documento. No hay en esas líneas literatura política de pompas y de mentiras, sino la expresión augusta de la verdad y las frases escritas corresponden perfectamente a los actos emanados del Gobierno que para la fecha contaba menos de un mes. En el brevísimo período de tiempo trascurrido, el General Juan Vicente Gómez ha demostrado, con nuevos testimonios, estar en posesión cabal de la ciencia del mando en una joven democracia, cuyas fuerzas exuberantes no han menester las disciplinas de un dominador para dar el gradual resultado que de ellas se esperan. El ha venido gobernando con la prudencia de los varones de la Roma consular, y tanto en las prácticas de la Administración y de la Política como en la observancia del derecho escrito, sus actos han sido la antítesis de los actos de Cipriano Castro. El pueblo que intuitivamente sabe analizar y sintetizar en los asuntos que se relacionan con su existencia—así sean éstos materia ardua para los estadistas profesionales—no se engañó acerca de la naturaleza y fines del orden de cosas que acababa de implantarse y rotos como estaban ya sus vínculos con Castro se unió firmemente al Magistrado que con tanta exactitud y modesta sabiduría garantizaba a todos los venezolanos la efectividad de sus derechos.

No fueron esos derechos, ciertamente, respetados por todos los Gobiernos anteriores. A contar desde Cipriano Castro hasta sus antecesores, casi la totalidad de los hombres del Poder se valieron siempre del pretexto del orden público para castigar sin más medida que las violencias de sus pasiones, aun por leves sospechas. Y de ahí que los ciudadanos comparasen las épocas, los sucesos y los gobernantes para deducir que el General Gómez sí se daba cuenta de sus deberes para con sus gobernados, pues actuando como actuaba en un tiempo francamente reaccionario en que las medidas radicales eran casi una imposición que sí justificaría plenamente esa invocación del orden público, él se abstuvo de ejercer venganzas y de oír sugestiones de intrigantes o de impulsivos, y sólo fué prudentemente severo con aquellos individuos sin escrúpulos a quienes no podía detener en sus designios sino la prontitud del castigo.

"Pero mis mejores intenciones y deseos han encontrado desgraciadamente un inexplicable obstáculo en algunos pocos ciudadanos que, llamándose íntimos amigos del ciudadano general Cipriano Castro, no sólo se han atravesado en el camino de mis deberes legales sino que han bajado al antro de la conjuración y fraguado contra mi vida el plan diabólico que hice abortar en la mañana de ayer, enfrentándome a los mismos conjurados y reduciéndolos a prisión."

Es éste el segundo párrafo de la Alocución del General Gómez. Ya antes hemos hablado de la sombría trama que puso en peligro la vida del austero repúblico y en trance de tremendas anarquías a la Patria.

No es explicable como se prestaron a ser instrumentos del odio de Cipriano Castro, los hombres a que alude el General Gómez. Si éstos debían algunos favores al dictador, muchos eran los que debían al magnánimo Jefe a quien dócilmente se prestaban a victimar, pues, es bien sabido que casi no hubo subalterno del general Castro que no fuera objeto de la desdeñosa soberbia de éste y de su insolente altivez, agravios cuya dureza dulcificó la protección del General Gómez, quien siempre se interpuso entre los arrebatos y las inconsecuencias del autócrata y la obligada pasividad del subalterno despreciativamente injuriado.

El delito frustrado de aquellos ingratos fué prontamente castigado, como correctivo necesario; pero no pasaría largo tiempo sin que la generosidad del Jefe de la Causa Rehabilitadora, cubriera con un manto de olvido y de perdón a los delincuentes.

En el tercer párrafo de su alocución continúa el General Gómez refiriéndose a estos hombres y se expresa en los siguientes términos: "Al proceder así, conciudadanos, no sólo he definido mi vida sino algo que vale más que mi existencia personal, porque he procurado salvar el decoro y el prestigio de la Magistratura que desempeño y que aspiro a convertir en manantial de bienes para todos los venezolanos".

En efecto, el decoro y el prestigio de la Magistratura hubieran sido burlados si llega a perpetrarse el crimen. No es ya la vida del Jefe benemérito, por sí sola valiosísima, lo que se ha salvado; es la autoridad suprema de la República encarnada y representada dignamente en una persona cabal, la que ha resultado ilesa del golpe que premeditó la alevosía. De parricidio calificamos antes aquel crimen y no hay exageración en la frase. ¿Acaso esas armas afiladas para hundirlas en el pecho del austero Magistrado republicano, podían compararse a la espada de Harmodio y ni siquiera a los puñales de Casio y de Bruto? En el primero de los casos la historia hubiera podido repetirse a la inversa: no era Hipias quien iba a recibir la muerte de manos del tiranicida, era el propio tirano quien esgrimía su espada de asesino sobre el corazón valiente del patriota.

Pensemos en todo el cortejo de horrores que hubiera traído para Venezuela la realización de los planes siniestros de Castro. Ni éste ni ninguno de los caudillos vencidos cinco años antes, ni nadie habría podido dominar la situación, en medio de las perplejidades y desacuerdos profundos de los individuos y de los pueblos que tenían puestas todas sus esperanzas en la autoridad indiscutible y bienhechora del General Gómez. Quien sabe si todavía, caso de que hubiéramos podido mantener íntegra nuestra nacionalidad, quien sabe si todavía por nuestros campos, nuestras llanuras y nuestras ciudades señorearía el ángel de exterminio y no tendríamos bastantes maldiciones para execrar el nefando delito de Castro y bastantes acentos de desesperación para lamentar la infinidad de vidas y de riquezas perdidas.

Pero la Providencia que vela por la suerte de las colectividades humanas, como vela por los destinos individuales, no permitió que tal iniquidad acaeciera y el bravo vencedor en cien batallas, el Magistrado en quien Venezuela tenía puestas sus mejores esperanzas, surgió incólume de entre la red villana para escarmiento de los malos y júbilo efusivo de los buenos.

El párrafo que insertamos de seguidas es la exposición más breve y sabia que puede hacerse de un plan de Gobierno ejemplar: "Después de los sucesos que acabo de narrar he constituido un nuevo Gabinete en el cual juzgo representada la opinión pública de Venezuela. Con tales colaboradores pretendo dar a mi Gobierno el carácter de nacional que reviste, hacer efectivas las garantías constitucionales, practicar la libertad en el seno del orden, respetar la soberanía de los Estados, amparar las industrias contra odiosas confabulaciones, buscar una decorosa y pacífica solución para todas las contiendas internacionales, vivir vida de paz y de armonía y dejar que sólo la Ley impere con su indiscutible soberanía".

El cumplimiento de las promesas contenidas en las líneas preinsertas no se dejaría esperar. Su efectividad comienza con los célebres decretos de indulto y de amistad que permitieron la vuelta a Venezuela a todos los exiliados por motivos políticos.

La clemencia, que no debe confundirse con sentimientos de mal entendida compasión, es una de las características de los ánimos enteros. Los cobardes y los mezquinos de espíritu nunca fueron clementes y a lo sumo llegaron a ser compasivos, con esa hipócrita sensiblería del fariseo que practica la generosidad así redunde en perjuicio de los demás, y al practicarla únicamente tiene en mientes la satisfacción de pequeños egoísmos, ello sin detrimento de ordenar luego el asesinato, el robo y el incendio. A esa turba de compasivos por usura no pertenece el General Gómez, quien si abrió las puertas de la Patria y las de las cárceles a los compatriotas malhallados con el régimen discrecional y absoluto de su antecesor, era porque conceptuó beneficioso para la familia venezolana comenzar aquella era de rehabilitación con el mutuo perdón de las pasadas faltas y porque ningún motivo había para mantener el ya largo castigo a muchos de aquellos compatriotas cuyos delitos políticos los llevaron al destierro.

Las garantías constitucionales se acataban después de tanto tiempo en que fueran burladas por los caprichos e intemperancias de Castro. La prensa tuvo libertad para expresar el pensamiento público, y si luego las indispensables necesidades del orden hicieron imprescindible impedir la licencia en que se extraviaron algunos periodistas, esto no quiere decir que el General Gómez no respete las opiniones políticas de cada quien. Cuando él se ha visto obligado a emplear severos correctivos, ha sido porque humanamente no ha podido hacer otra cosa y porque, hombre de luchas y que no rehuye responsabilidades, el deber primordial que él sabe le está cometido como Director de la Causa, es perseguir a los malhechores que afectan formas proteicas y que, desde el ladrón de caminos hasta el político artero y truhán disfrazado de negociante, son la plaga de la sociedad.

A los decretos de indulto y de amnistía aludidos, suceden diversos actos y procedimientos que demuestran evidentemente la sinceridad del lenguaje empleado en la Alocución que comentamos.

Los Estados vienen a ser respetados en su soberanía durante el Gobierno del General Gómez, pues él ha tenido el cuidado especial de no inmiscuirse en los asuntos concernientes a cada Entidad Federal. La autonomía de las Secciones en que se divide la Nación, lejos de ser menoscabada como acontecía en tiempos anteriores, recibe vigoroso estímulo por parte del Ejecutivo Federal.

Era de rehabilitaciones, el transcurso de tiempo comprendido del 19 de Diciembre de 1908 al de 1916, se ha señalado por hechos que com-

prueban el deseo del General Gómez por hacer práctico el pensamiento y fructíferos los inmensos sacrificios de los repúblicos de 1811 y de los apóstoles y luchadores del federalismo.

El primer testimonio que dió el General Gómez, como Magistrado, de la atención que le merecía la existencia ordenada de los Estados en sus relaciones con el Gobierno general fué la expedición del Decreto de 26 de enero de 1909, que derogaba el de 2 de agosto de 1907, en virtud de ser éste violatorio del espíritu del Pacto de Unión, y de la letra de los preceptos 1 y 2 de la Obligación 27, artículo 7º de la Constitución que regía entonces. Por este Decreto se cuidaba de la vida económica de las Entidades Federales, de manera que su renta no sufriera disminución alguna y la soberanía secional fuera acatada en una de sus prerrogativas esenciales.

Durante toda la época de su actuación como Magistrado y como Director de la Causa, el General Gómez ha laborado con incesante perseverancia en el sentido de que esa soberanía se mantenga indemne, de manera que el pensamiento descentralizador vaya encarnándose gradualmente en los individuos y en las colectividades que constituyen la Nación venezolana y nadie tenga motivos para tachar de utópica la libérrima estructura de nuestras instituciones.

Las industrias, en el tiempo del Gobierno de Castro, habían llegado a ser el patrimonio de una especie de menguada burocracia formada de los agentes y socios del dictador. Era ésta la obra liberticida de quien aspira a adquirir riquezas fabulosas, a expensas de la gente laboriosa que trabaja y se ingenia por adquirir algún bienestar. Empobrecer al pueblo para tiranizarlo con mayores facilidades fué siempre el empeño de aquellos gobernantes sórdidos, discípulos conscientes o inconscientes de la vieja enseñanza maquiavélica.

Cuando el General Gómez acometió la magna empresa de rehabilitar a Venezuela, sus primeras disposiciones fueron para amparar las industrias, que, como bien lo decía en su Alocución, eran víctimas de odiosas confabulaciones.

Cada quien quedó otra vez en aptitud de trabajar y producir riqueza, sin tener suspendida sobre el fruto de sus fatigas, a manera de espada leyendaria, la mano rapaz de aquel autócrata, siempre insaciable en su apetito de avaricia.

Odiosos privilegios pesaban sobre muchos ramos de la vida industrial del país, y todos quedaron proscriptos para satisfacción y prosperidad de la familia venezolana y honor y gloria del austero Jefe de la Administración Nacional.

Pero no es ese el mayor de los bienes que ha de hacer el General Gómez a los gremios trabajadores del país. Poco importa que la producción sea abundante y el goce de sus beneficios esté garantizado por leyes

que se cumplen si ella está sujeta al peligro de abarrotarse o perderse en gran parte por escasez de población consumidora. Es éste un raciocinio tan sencillo que no se necesita ser un sabio en materia de economía política para comprenderlo y que ocupará la mente de los Magistrados previsores. De allí que el General Gómez dedicara sus primordiales pensamientos de Administrador al fomento y construcción de los caminos públicos.

No era ya solamente el guardián de la libertad de industria; la promesa contenida en el programa de Diciembre había de ser cumplida con esplendidez y el laborador de la tierra y el criador y el comerciante así como todos los que se ocupan en esta rama de la actividad humana, tendrían en breve una red magnífica de carreteras modernas para trasportar de un punto a otro, con las mayores facilidades, el excedente de producción que no tuvo consumo en sus respectivas localidades.

Al comentar el párrafo de la Alocución del General Gómez en que ofrece amparo a las maltratadas industrias del país, seremos extensos, porque a la luz de la verdad histórica es en su faz de Magistrado amante del trabajo y del progreso, como conviene más estudiar la personalidad benemérita del Héroe de Diciembre.

La Venezuela rehabilitada no podía concebirse de otra manera que como un vasto emporio donde la zona de los pastos alimentara rebaños innumerables, las tierras de cultivo dieran toda la variedad de frutos solicitados por la demanda del exterior y de fácil cambio por numerario circulante, las regiones mineras fueran explotadas por el capital nacional o por el extranjero que diera seguridades de quedarse en el país; un emporio, en fin, que por su riqueza industrial y por la actividad de su comercio y de todas sus fuentes de bienestar hiciera fácil y venturosa la vida de los nativos y atrajera las corrientes de esa inmigración valiosa que importa brazos vigorosos y mentes sanas a la tierra a donde se dirige.

Dos eran los medios principales para lograr un fin tan halagüeño y el Repúblico de Diciembre los encontró fácilmente, porque para un pensamiento bien intencionado y una voluntad enérgica nada es difícil. Fomentar las vías de comunicación y acabar con todo linaje de malhechores aplicándoles las penas legales y aquellos correctivos que están al alcance de la autoridad y que son lícitos, era la manera expedita de mejorar a Venezuela en lo moral, en lo físico y en lo intelectual, y de ambos medios se ha venido valiendo el General Juan Vicente Gómez, desde las postrimerías de 1908 hasta los días actuales. Los resultados no pueden ser más satisfactorios y no miente la prensa ni la voz pública dice falsedad cuando habla de la Venezuela rehabilitada. Nuestra misma pluma, en estos momentos, traduce ese sentimiento general y si algún mérito tienen las páginas que escribe, ese mérito se debe a que emplea el lenguaje augusto de la verdad.

Las carreteras modernas se cruzan por todo el territorio venezolano y sobre su superficie, llana y fuerte como para soportar el paso gigantesco del progreso, circulan sin inconvenientes desde el rudimentario vehículo de dos ruedas tirado por una caballería hasta el automóvil, esa admirable máquina de trasporte que al moverse por sí misma parece que la impeliera el soplo de un espíritu omnipotente. Por esas arterias inmensas circula sin estorbos la savia juvenil de la Nación y allí donde las condiciones de existencia son deficientes por una parte y por la otra exuberantes, ellas son equilibradas por el incesante y fácil cambio de objetos de comercio y hasta por la difusión de las ideas.

No hace mucho fueron inauguradas la carretera de Maracay a Ocumare de la Costa y la parte de la carretera del Este que llega hasta Guatire; ambas obras acabadas de la ciencia de construir caminos. La inauguración de esas obras de utilidad pública indiscutible, tuvo gran resonancia, porque el Jefe de la Causa hizo del acto respectivo una fiesta del progreso única en los fastos de la Nación. Concurrieron a la esplendidez de esa fiesta—que bien pudiéramos llamar una solemnidad de la Patria—varias circunstancias felicísimas solicitadas de propósito por el ilustre anfitrión: entre éstas la de estar reunido a la sazón el Congreso de la República y estar la próvida naturaleza de nuestro país revestida de sus mejores galas por ser la época de la entrada de la estación lluviosa.

Muchos llegaron a imaginarse, cuando se hacían los preparativos para la fiesta en referencia, que se trataba de algún acontecimiento político de resonancia y que al efecto se escogía la oportunidad de la inauguración de las carreteras dichas. Se confirmaba esta suposición por el hecho de haber concurrido a Caracas la casi totalidad de los Presidentes de los Estados de la Unión, quienes, junto con los miembros del Congreso Nacional, fueron los huéspedes del General Gómez en aquellos memorables días.

Pero no es el autor del Programa de Diciembre, persona que se valga de las ocasiones favorables al bien colectivo para utilizarlas en planes de conveniencia propia o de interés político, tal cual era la práctica de gobernantes anteriores. Nó, para el General Gómez lo esencial es la Administración sin que esto quiera decir que él no dé importancia a los asuntos políticos.

Las miras que guiaron al General Gómez a congregar a su lado, en aquella ocasión, a cuanto de mayor valimiento tiene Venezuela en hombres públicos, eran de carácter civilizador y de eminente trascendencia. El quería dar enseñanzas prácticas a todos los individuos que colaboran en la Causa de la Rehabilitación Nacional, y nada mejor al logro de este objeto que irles mostrando, con la elocuencia irrebatible

de los hechos, la suma de progresos que ha importado a la Patria con su actividad incesante de administrador. Esas miras del General Gómez tuvieron su expresión más cabal en el descanso que se tomó con su brillante y numerosa comitiva en el sitio denominado La Aduana, momentos antes de ir a inaugurar otra admirable obra de progreso: el Central Azucarero del Tacarigua.

Bajo un inmenso árbol, producto vigoroso de la vegetación carabobeña, y sentado en medio de todos sus acompañantes que le oían con cariño respetuoso y creciente admiración, el General Gómez conversó acerca del bien de Venezuela y su lenguaje sencillo penetró en todas las conciencias y se grabó en todos los corazones. La fácil improvisación fué la paráfrasis del Programa de Diciembre hecha sin frases rebuscadas ni figuras literarias de efectismo ni ese aparato teatral de que se valen los oradores para impresionar un auditorio. Allí la tribuna era un tosco banco de madera, de la misma madera que había sido utilizada en la magnífica carretera que acababa de inaugurarse y sobre cuya base estaba erigido el cercano Central. Y el recinto no podía ser más digno de recoger los ecos de la palabra de un patriota: lugar consagrado al trabajo; sitio de recogimiento para las mentes y para las almas que ansían la grandeza nacional; tierra que forma parte de ese suelo heroico que se estremeció un día a los relámpagos de la espada libertadora, cuando ésta escribió con caracteres inmortales sobre el cielo de la llanura inmortal; *Ocassus Servitutis:* la frase luminosa que fulge en el blasón carabobeño.

No pudo ser más convincente aquella conversación del General Gómez. Su lenguaje austero y ceñido en todos sus períodos a la verdad, tuvo la virtud de conmover a cuantos le oyeron. Parecía que no fuese el Jefe quien hablara sino un apóstol de la rehabilitación de la Patria que trataba familiarmente con los servidores de la Causa para inculcarles en el pensamiento el caudal de ideas que informan su amor vehemente por el bien del País. Fueron cosas muy prácticas todas las que dijo el General Gómez a sus invitados. De la fácil realización de esas ideas enunciadas con tanto acierto en La Aduana, es un ejemplo el impulso que han venido dando todos los Presidentes de Estado, en sus respectivas jurisdicciones, a la más importante rama del fomento regional: las vías de comunicación. Nuevos caminos y carreteras decretados, la conclusión de las que estaban ya comenzadas y el continuo trabajar en las que se están construyendo: he aquí la cosecha abundante recogida por el bienhechor de Venezuela de la simiente sembrada por él una radiante mañana de mayo, bajo la sombra apacible de un samán secular y en medio del ambiente de fraternidad que circundaba a sus oyentes.

Habla también el párrafo de la Alocución que venimos comentando de "buscar una pacífica y decorosa solución a todas las contiendas

internacionales, de vivir vida de paz y de armonía y dejar que sólo la Ley impere con su indiscutible soberanía".

La mejor manera de llegar a esa solución decorosa era con el cumplimiento de los compromisos contraídos. Y durante todo el tiempo que ha venido practicándose el Programa de Diciembre se han cumplido con religiosidad esos compromisos.

A contar de la fecha en que fué expedido aquel programa hasta hoy, la Cancillería venezolana ha venido laborando con acierto, circunspección y patriotismo muy loables, atenta siempre a los consejos del General Gómez, y es en virtud de esos procederes que se han obtenido éxitos de la mayor entidad, tales como el arreglo de las cuestiones que se tenían pendientes con Francia y que quedaron definitiva y ventajosamente resueltas por medio del Protocolo de ejecución de 14 de enero de 1915.

Los conflictos diplomáticos suscitados durante el Gobierno del general Cipriano Castro—cuyo criterio en asuntos de política internacional es bien conocido—quedaron todos zanjados y excepto las relaciones con Holanda que hasta ahora no han podido reanudarse, el trato con todas las naciones extranjeras es tan cordial y deferente como corresponde a la promesa formulada en el Programa de Diciembre.

Se ha vivido vida de paz y de armonía, porque el General Gómez, con su excelente buen sentido y su prescindencia de todo orgullo que degenere en torpe vanidad, ha cuidado de que Venezuela no se exhiba como un ente quijotesco que arremete a ciegas contra el poderoso en el palenque donde debaten sus intereses las Naciones, para después sufrir la humillación de sacrificios de dignidad y sacrificios materiales.

La Ley ha imperado con su indiscutible soberanía, y por tanto, nacionales y extranjeros no han experimentado ningún linaje de atentados.

El penúltimo párrafo de la Alocución del General Gómez dice: "¡Venezolanos! Tales son mis propósitos y los fines que aspiro desarrollar al frente del Gobierno; y como creo que ésta es la más solemne imposición del patriotismo, pido y reclamo de todos los círculos políticos su apoyo moral y material para que el acierto sea completo y universales los beneficios".

Cuando se abrigan propósitos con buena fe e intención honrada y cuando se posee una voluntad incontrastable para cumplirlos, nadie tiene porque dudar de la realización de ellos. Así aconteció al pueblo venezolano, que oyó la palabra del General Gómez con absoluta confianza y a través de ocho años ha venido palpando la realización de todos los propósitos enunciados en el Programa de Diciembre.

En consecuencia, no ya su apoyo moral y material le dieron los círculos políticos, sino que los venezolanos, bien hallados con el Gobierno y paternal dirección del austero repúblico, han prescindido por com-

pleto de divisiones y se han constituido en un solo gran partido, el partido del bien general, que representa las más nobles aspiraciones de la colectividad y que tiene por único Programa el sobrio documento que venimos comentando.

El acierto, pues, ha sido completo y universales los beneficios: La Nación vive existencia pacífica, y, quieran que no los pocos adversarios del orden de cosas establecido en las postrimerías de 1908 y actualmente imperante en el país, la fraternidad es el dogma que informa las relaciones y actos de los servidores públicos y de todos los individuos que componen la Causa Rehabilitadora; la sola y grande agrupación política que tiene Venezuela.

He aquí el último párrafo de la célebre Alocución: "El régimen legal que impera nos da derechos y nos impone deberes: ejerzamos aquéllos con la moderación que reclama la austera democracia, y cumplamos éstos con inquebrantable resolución. Tengamos presente que las violencias que inspiran las pasiones desbordadas son el contrasentido de la civilización y que la mejor fórmula de la República es la que se encierra entre la modestia y el ardiente patriotismo".

Digno remate de esa insigne obra de sabiduría política que se llama el Programa de Diciembre, es el párrafo anterior. Antes se le han ofrecido al pueblo todos los beneficios que le corresponden y ahora se le recuerda que en una sociedad regida por leyes el ejercicio de la ciudadanía importa esos beneficios pero reclama también el concurso individual y colectivo para que esa misma sociedad viva existencia ordenada y pacífica y logre la suma de felicidad a que pueden aspirar los pueblos como los hombres.

Deber primordial del pueblo venezolano era celebrar el Centenario de su Independencia; el supremo derecho que adquiriera de manera definitiva en la célebre sesión del Congreso Constituyente de 1811, verificada el 5 de julio. El General Gómez—a quien la Providencia colocó al frente de los destinos nacionales para la época—se dió cuenta muy cabal de lo que debía hacerse para festejar y solemnizar la gloriosa efemérides y a fuero de patriota expidió cuantos decretos eran necesarios para que esas fiestas y solemnidades fueran insólitas, tal cual se debía en memoria del hecho magnífico y para honrar el heroísmo de los hombres por quienes nació Venezuela a la vida de la Libertad.

Desde el 19 de abril de 1910 puede decirse que comenzó la conmemoración de la Independencia, pero aquellas fiestas y solemnidades es el 5 de julio de 1911 cuando adquieren toda su magnificencia, para prolongarse hasta el 24 del mismo mes y año. Durante esos veinte días Caracas, la cuna de la Independencia, fué el espléndido recinto donde el General Gómez se constituyó en anfitrión de todos los representantes especiales de las Naciones amigas que vinieron a regocijarse con nos-

otros en esos días inolvidables y que eran los portadores de los sentimientos de viva simpatía y cordialidad existentes entre Venezuela y los países que ellos representaban.

La reunión del Congreso Boliviano, verificada entonces, será perennemente uno de los más insignes triunfos gubernativos del General Juan Vicente Gómez. Era la primera vez que el pensamiento grandioso del Libertador, de unir en el más estrecho vínculo de solidaridad internacional a los pueblos del continente americano, tenía en parte realización práctica.

El digno anfitrión se extremaría en dejar muy bien sentado el nombre de Venezuela como Patria agradecida, y hogar noble donde el huésped recibe todo linaje de agasajos y es tratado con el afecto y la gentileza requeridos. A este fin no se omitió gasto de dinero, ni se omitió esfuerzo alguno y de ahí que el Centenario de nuestra Independencia fuera un acontecimiento que no se borrará jamás de los corazones y cuyo recuerdo perdurará en las conciencias.

Es de esa manera como el General Gómez ha sabido cumplir sus deberes de ciudadano investido con la Primera Magistratura Nacional y en cuanto a la advertencia que hace él a sus gobernados de cómo las violencias generadas por pasiones desbordadas son el contrasentido de la civilización, nadie ignora que una de las principales virtudes cívicas que él posee es la de la temperancia en todo. Sus afectos, sus deseos, sus gustos y hasta sus hábitos están siempre disciplinados por su gran voluntad. Con ésto da un ejemplo saludable a sus compatriotas y les da a entender que observa el primero cuanto está consignado en el Programa de Diciembre. No de otro modo puede proceder el Magistrado que ha finalizado ese Programa de Causa con las frases siguientes: *la mejor fórmula de la República es la que se encierra entre la modestia y el ardiente patriotismo.*

Hemos hecho el comentario de la Alocución del General Gómez a los venezolanos, documento que contenía sus propósitos patriótico de Magistrado y que generalmente se conoce con el nombre de Programa de Diciembre. Ese documento fué expedido a raíz de los memorables sucesos que determinaron la extinción absoluta del orden de cosas que presidiera Cipriano Castro. Cada una de sus frases es el producto de la serena meditación del hombre que ha venido reflexionando acerca de las desgracias de Venezuela y que, sabio en el origen de aquellos males y conocedor del modo de combatirlos hasta devolver la salud a la Patria, enuncia en fórmulas maravillosas todo el fruto de esas reflexiones. No hay en esta Alocución palabras que estén de más ni conceptos festinados acerca de la situación del País.

Lo maravilloso de las fórmulas relativas a política y administración ahí contenidas no está sino en la sencillez con que se plantean los

más difíciles problemas de la ciencia de gobernar y lo práctico de los medios que el previsor Magistrado se promete emplear para solucionarlos.

De cómo se ha venido cumpliendo ese programa dan testimonio fidelísimo los ocho años en que el General Gómez ha dirigido los destinos de la República, ya como Presidente de Venezuela, ora como Jefe de la Causa Rehabilitadora.

Para poder apreciar cabalmente la verdad de cuanto dejamos dicho, basta considerar las cosas tales como acontecían en los últimos años del régimen castrista y como acontecieron durante la mayoría de los gobiernos anteriores.

El ex-Dictador no se ocupó ya más del progreso nacional. De 1904 en adelante ese progreso es irrito y sólo existe en una copiosa producción de Decretos ilusorios. Es la misma treta de muchas Administraciones precedentes: mentir incesantemente al pueblo crédulo para mantenerlo esperando la realización de bienes que nunca se verificarán. La vieja máxima espartana de que a los niños se les engaña con juguetes y a los hombres con promesas, venía teniendo entre nosotros la más triste confirmación.

De aquella época a ésta cuánta diferencia. El General Gómez ha realizado prodigios para mejorar a Venezuela tanto en lo moral como en lo intelectual y lo físico, y esta verdad la comprueban mucho mejor que nuestras palabras los hechos, que son testimonios irrebatibles.

Con el extenso comentario en referencia y con los documentos que insertamos de seguidas finaliza esta obra y no pecamos de vanidad al juzgarla nosotros mismos como patriótica. Quien la lea sin estar animado de prejuicios políticos, sin duda que emitirá juicio igual acerca de ella.

APENDICE

APENDICE

Esta obra finaliza con la publicación de los documentos relacionados con los sucesos más importantes que historiamos. Todos esos documentos constituyen pruebas evidentes de la actuación eminentemente patriótica del General Gómez y de su heroísmo militar y cívico, durante toda esa época de luchas en los campamentos y en la paz que tuvo que sostener: primero contra la formidable Revolución vencida definitivamente en sus baluartes de Ciudad Bolívar y después contra la suspicacia y la ingratitud del General Cipriano Castro, castigadas al fin ejemplarmente el 19 de Diciembre de 1908.

La documentación es sobria, pero arroja luz sobre el cuadro sombrío de la dictadura castrista, que como lo hemos mencionado en páginas anteriores, comienza con la soberbia desatentada que poseyó a aquel hombre a raíz del triunfo estupendo alcanzado por el General Gómez sobre los revolucionarios, pero disfrutado a sus anchas por el autócrata en un interregno de tiempo de cinco años.

Si existe persona que dudara de la felonía del general Castro para con *su salvador,* a la lectura de estas páginas ha de quedar absolutamente convencida de la verdad.

Telégrafo Nacional.—De Parapara, el 30 de diciembre de 1901.—Las 6 hs. 50 ms. p. m.

Señor General Castro.

Caracas.

Por informes de los espionajes sé que Fernández se halla por Lambedero, frente a Chacao, a salir a La Puerta, en donde derroté a Mendoza.

Para que no se me pueda escapar le tengo escalonada fuerza desde aquí hasta La Puerta con buenos espionajes.

Así, pues, me prometo terminar de aquí a mañana con esa facción como un obsequio de año nuevo.

Su amigo,

J. V. Gómez.

Telégrafo Nacional.—De Parapara, el 30 de diciembre de 1901.—Las 7 hs. p. m.

Señor General Castro.

En este momento acaban de romperse los fuegos de mi fuerza al mando del General Torres con las fuerzas de Fernández en "La Puerta."

Desde luego le prometo el triunfo.

Su amigo,

J. V. Gómez.

Ad.—Seguiré comunicándole lo que ocurra.

Vale.

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 30 de diciembre de 1901.

General J. V. Gómez.

Donde esté.

Recibido su importante telegrama. El triunfo sobre Fernández es el sello de la Revolución, con cuyo motivo me felicito y lo felicito a usted calurosamente en unión de todos sus valientes compañeros.

Estaba escrito y dispuesto por la Providencia que a usted, el más leal de mis compañeros y amigo más decidido, había de tocar en suerte la destrucción de los traidores.

Envidiable gloria la que por otra parte ha tocado a usted y sus compañeros, como es la de que los tres reveses sufridos en el histórico campo de "La Puerta" por nuestros eminentes patriotas en la célebre campaña que nos diera independencia y libertad, quedan hoy borrados con las dos célebres jornadas en que usted le devuelve la paz y tranquilidad a la República.

Lo abraza su amigo,

Cipriano Castro.

(PÁRRAFOS DE UN TELEGRAMA)

"Telégrafo Nacional.—Caracas: enero 1º de 1902.

General J. V. Gómez.

Ciudad de Cura.

Recibido su telegrama.

Cada vez más se hace más gloriosa e importante su campaña, ¿sabe por qué? porque a usted le ha tocado y le tocará acabar con todos los enemigos y cogerlos a todos: acabó con Luciano Mendoza, primero; después con Fernández, y ahora le toca ir contra los malhechores de nuestra Sierra-morena.

Encuentro muy bien las órdenes que ha dictado, porque tengo la fundada esperanza de que, dentro de ocho días, a más tardar, nos dará la pascua de Reyes, acabando con toda esa partida de vagabundos.

CIPRIANO CASTRO."

———

Telégrafo Nacional.—De El Tinaco, el 10 de febrero de 1902.—Las 4 p. m.

Señor General Castro.

Caracas.

Con la mayor satisfacción participo a usted que acabo de recibir aviso de que en "Las Galeras" punto que dista diez leguas de esta plaza, fué capturado hoy en la mañana por parte de mi oficialidad el general Luis Loreto Lima, el cual fué encontrado herido en un rancho y abandonado de todos sus compañeros. Esta tarde de cinco a seis llegará dicho prisionero a este campamento. Al hacer a usted esta participación, me atrevo a asegurar a usted que la paz tanto tiempo perturbada por este afamado lancero en las pampas venezolanas, será de hoy en adelante un hecho incontrovertible.

También ha sido capturado el general Froilán Barreto.

Su amigo,

J. V. GOMEZ.

———

(PÁRRAFO DE UN TELEGRAMA)

"Telégrafo Nacional.—De Caracas a Tinaco, el 11 de febrero de 1902.

Señor General J. V. Gómez.

Tinaco.

Recibido telegrama:

Lo felicito por la captura del bandido de Loreto Lima, y por haber tocado a usted la satisfacción de devolver a los Estados del Centro la paz tan deseada.

CIPRIANO CASTRO."

(PÁRRAFO DE UN TELEGRAMA)

"Telégrafo Nacional.—De Caracas al Tinaco, el 12 de febrero de 1902.

General J. V. Gómez.

Tinaco.

Triste es que de los Jefes con fuerzas hoy en actividad en el centro de la República, tan sólo haya de tener fe absoluta y confianza ciega en un solo hombre, que es usted, y así se explica que cuando yo quiero acabar con una facción y obtener resultados rápidos y satisfactorios, haya de moverlo a usted como decía en una ocasión el Padre Caicedo, que el Obispo lo tenía como pelota de caucho, moviéndolo para un lado y otro.

La culpa, pues, no es mía sino de usted y sus compañeros que son los que me dan resultados efectivos: aguante, pues.

CIPRIANO CASTRO."

(PÁRRAFO DE UNA CARTA)

"Abril 26 de 1902.

General Juan Vicente Gómez.

La Guaira.

Estaba escrito en uno de los misteriosos e inescrutables destinos de la Providencia, que a usted, el hombre más abnegado y patriota y el mejor servidor de la Causa Liberal Restauradora, y a sus bravos y va-

lientes tenientes, había de tocar en suerte la pacificación de toda la República en la más grande y poderosa de nuestras guerras civiles.

CIPRIANO CASTRO".

El 12 de octubre de 1902 le llegó al General Gómez telegrama de La Victoria en que Castro con urgencia le pedía un batallón, pero el General Gómez, penetrado de lo que tenía entre manos, dió a aquel telegrama la siguiente contestación:

Telégrafo Nacional.—De Caracas a La Victoria, el 12 de octubre de 1902.

General Castro.

La Victoria.

Recibido.

No creo que sea un batallón el que deba de mandarle, sino que debo salir yo con mil hombres que tengo disponibles, dejando como dejo, esta plaza resguardada con los batallones "Mariño" y "Cojedes". En Los Teques, punto importante, dejaría al general González Pacheco con las fuerzas de Moros en "Pan de Azúcar" y los 150 oficiales de Paulino Torres, que valen por dos batallones; y en "El Guayabo" quedaría el general Adolfo Méndez con sus fuerzas.

Con estas fuerzas, la artillería y el parque suficiente que llevo, trituro lo que se me atraviese, y le caigo al enemigo por retaguardia dominándolo.

Espero contestación.

Su amigo,

J. V. GOMEZ.

Telégrafo Nacional.—De Caracas a La Victoria, el 12 de octubre de 1902.

General Castro.

La Victoria.

Recibido.

Muy contento estoy por haber aprobado usted la operación que le consulté, pues los mil hombres que llevo valen por un ejército, y su oficialidad por una legión.

Salgo en tren expreso a las 6 a. m.

Su amigo,

J. V. GOMEZ.

Todos sabemos cuáles fueron los resultados posteriores a los dos telegramas anteriormente insertados. Como lo hemos dicho en el comentario hecho a la Batalla de La Victoria, se debió el éxito de ésta al refuerzo de los mil hombres y parque abundante con que voló el General Gómez a aquella plaza a salvar la situación. Después de los asaltos dirigidos por el General Gómez contra las posiciones enemigas, asaltos que culminaron con el de El Copey, y después de haber barrido éste con las puntas de sus bayonetas a las tropas adversarias, el mismo general Castro hizo constar que el General Gómez había sido el predestinado a vencer en La Victoria como lo había sido para triunfar en todas partes.

Compagnie Française des Cables Télégraphiques.—De Coro a Caracas, el 6 de junio de 1903.

Las Adjuntas: 4 de junio.

Para General Cipriano Castro.

Caracas.

Tengo la satisfacción de participarle que al tercer día de haber pisado el Estado Falcón dí alcance y batí a los generales Matos, Riera y Lara en "Matapalo". El día 2, a las 8 de la noche, asalté el campamento enemigo con dos batallones y desde esa hora hasta las 6 de la tarde de ayer en que el enemigo, al empuje formidable del batallón "Gómez", se declaró en completa derrota, se combatió reciamente. Tenemos que lamentar la muerte de varios oficiales y tropa, pero mayores han sido las pérdidas del enemigo, cuya persecución sigo activamente, para dejar sellada la paz del Estado Falcón y la de la República.

Lo abraza su amigo,

J. V. GOMEZ.

Compagnie Française des Cables Télégraphiques.—De Caracas a Coro, el 6 de junio de 1903.

General Gómez.

Coro.

Recibido. Felicito al heroico batallador junto con sus valientes y abnegados atletas de la Causa Liberal Restauradora. Felicito al vencedor en todas partes, predestinado para ser el Pacificador de la República.

Ninguno con más títulos que usted que ha sido el Salvador del Salvador. Me enorgullezco de ello porque la Providencia se ha encargado de corresponder a quien yo no podía hacerlo dignamente.

Loor a los bravos y verdaderos patriotas que han sucumbido en la lucha, y salud a los sobrevivientes que deben continuar en el camino trazado para hacer la felicidad y engrandecimiento de la República. En su nombre, mi eterna gratitud.

Su amigo,

CASTRO.

De propósito hemos separado los tres documentos siguientes, para finalizar con ellos esta obra: Telegrama del General Gómez al Presidente Castro participándole la expugnación de Ciudad Bolívar; telegrama de éste en contestación al anterior, y carta del General Gómez al general Castro fechada el 24 de mayo de 1906. Al singularizar estos documentos es porque ellos son, digámoslo así, la prueba plena de la deslealtad del general Cipriano Castro y proclamarán perennemente cuál fué la recompensa que éste dió al esforzado compañero de armas por todas las penalidades, los peligros afrontados, los esfuerzos inauditos y la heroica constancia con que estuvo peleando a los revolucionarios por espacio de diez y nueve meses hasta aniquilarlos, afirmándolo con mano vigorosa en la silla presidencial.

Conceptuosa es la participación que hace el General Gómez al Presidente Castro del triunfo espléndido obtenido en Ciudad Bolívar. En esas breves palabras, características del lenguaje del vencedor, que no expresa sino lo necesario, dejando a los hechos la explicación de lo accesorio, está condensada toda su obra, la inmensa obra de haberle devuelto la paz a la República en más de año y medio de recio combatir.

¿Quién podía disputarle al General Gómez esa gloria?

No sería ciertamente ninguno de los tenientes del general Castro quien osara disputársela, pues es bien sabido que todos ellos fué con suerte varia como se enfrentaron al enemigo: vencedores un día, lo eran para ser vencidos en otras ocasiones; ni tampoco sería el mismo Presidente Castro en campaña, pues ya lo hemos visto fracasar en Flores y Mal Paso, combates en los cuales pelea por primera vez sin tener a su lado al General Gómez, y lo hemos visto también próximo a rendirse en La Victoria y pidiendo auxilios a su noble e infatigable *salvador,* que se los prestó de la manera eficaz que reseñamos en el capítulo correspondiente de esta obra.

El pacificador auténtico era el General Juan Vicente Gómez y el primero en reconocerlo fué el general Cipriano Castro, cuando todavía no se encontraba poseído de la envidia satánica de que luego dió muestras inequívocas y que le llevaría de desatino en desatino hasta permitir

la acechanza criminal. "Esa gloria no se la podía disputar nadie al gigante venezolano, cuyo sólo nombre es capaz para someter ejércitos", son palabras del general Castro al General Gómez, en su telegrama en que contesta la participación del insólito triunfo de Ciudad Bolívar.

El gobernante salvado del desastre es presa de una inmensa alegría al saber que ya no perdería las delicias de la Presidencia de la República y no vacila en reconocer los méritos indiscutibles del bravo paladín de aquella jornada. Todo ese telegrama del general Castro es la expresión de la verdad en que se rinde homenaje al que era *a la vez el más humilde y el más grande* de los defensores del orden de cosas existentes, pero tanta expresión sincera del momento, tanto arranque efusivo de gratitud consignado sólo en unas carillas de papel, no fueron obstáculos para que el general Castro maquinase todo aquel ridículo proceso de su propia Aclamación, que comienza con la falaz renuncia contenida en el manifiesto del 23 de mayo de 1906 y termina con la aparatosa entrada a Caracas el 5 de julio del propio año.

Esa Aclamación, hecha toda por el mismo general Castro desde sus residencias de placer en La Victoria y Los Teques, esa fingida renuncia y esa entrada a Caracas en medio de una pompa de César de carnaval, no tuvieron otro móvil en la mente siniestra de aquel envidioso que el de hundir en el concepto público al héroe magnánimo que le quitaba el sueño y le amargaba el goce de las bacanales con su fama justísima de varón prudente, fuerte y austero.

Esa fué la recompensa que Castro venía meditando dar a quien —según sus mismas frases—era cabeza y brazo de la obra más portentosa, por difícil, que realizarse pudiera para la salvación de un pueblo.

Mas no contó el general Castro con la gratitud de ese mismo pueblo, que es firme en sus afecciones y que no devuelve con males el bien recibido. Los venezolanos se burlarían de toda aquella aclamación de farsa, de aquel desinterés mentiroso y de aquella entrada teatral a Caracas y en secreto, para no despertar la suspicacia del tirano ni sufrir su ira—se prepararían para hacer una verdadera Aclamación al personaje político que estaba destinado a realizar desde las cimas del Capitolio *la obra portentosa de la salvación* nacional.

La admirable carta pública del General Gómez, que insertamos en tercer lugar entre todos los documentos que siguen, fué motivada por el manifiesto del general Castro, ya citado.

El hombre honrado que se había jugado la vida en los combates para sostener el Gobierno de un compañero a quien venía prestando servicios valiosísimos desde hacía muchos años; el patriota que había abandonado la tranquilidad de su hogar provinciano e invertido un patrimonio adquirido por medio del trabajo para hacer triunfar una Causa que

creyó buena; el ciudadano benemérito que había pasado por todos los cargos altos de la República siendo siempre fiel a todos sus compromisos; el amigo consecuente hasta el sacrificio, que hasta entonces había venido imaginándose leal la amistad de un malhechor, necesariamente tuvo que sorprenderse con la alevosía que entrañaba toda aquella treta de la renuncia del general Castro y de ahí que produjera ese admirable documento público, escrito al día siguiente del manifiesto en referencia.

Ese Manifiesto y esa carta establecen las diferencias esenciales que hay entre los dos hombres: entre el General Gómez y el general Castro. El primero, abnegado y noble siempre; libre de las influencias de la *ambición,* lleno de grandeza moral, y sin embargo, humilde; con una historia brillante de éxitos guerreros como los de Urucure, La Victoria, El Guapo, Barquisimeto, Mata Palo y Ciudad Bolívar y de triunfos en el civismo obtenidos en su actuación como Gobernador del Distrito Federal y Presidente de la República, pero no obstante desprovisto de vanidades, republicano en todos sus procedimientos, fiel a la palabra empeñada y manteniendo hasta entonces un culto de amistad invariable al compañero veleidoso a quien nada debía pero contra quien tenía una acreencia inmensa de beneficios. El segundo, ferozmente envidioso y mezquino, poseído de ambiciones desatentadas, reveladoras de un principio de desequilibrio mental, maniático de grandezas con una megalomanía que diariamente lo sitúa en el terreno de lo ridículo, con una leyenda de glorias militares que quedó destruida en los ya citados combates de Flores y Mal Paso; administrador pésimo que no hizo sino crear deudas enormes a la República como la de los millones de los Protocolos de Washington y que al irse para Europa dejó el tesoro nacional en bancarrota y a las industrias nacionales arruinadas; enemigo de la democracia cuyos principios y prácticas escarneció constantemente, infidelísimo en el cumplimiento de sus promesas; el hombre, en fin, que a raíz de la victoria de Ciudad Bolívar se exhibe con una gratitud infinita hacia el General Gómez y el 23 de mayo de 1906 trata de anularlo como hombre público en pago a todos los favores recibidos.

No hemos tratado de hacer comparaciones entre el General Gómez y el general Castro. Nó; la hombría de bien del uno y la felonía del otro no permite esa clase de paralelos. Hemos querido, sí,—y lo hemos logrado—confirmar al lector en el juicio sereno que sin duda tiene formado acerca de los dos hombres, pues, no existe venezolano que ignore los grandes servicios hechos a la Patria por el General Juan Vicente Gómez y la manera inicua con que fueron apreciados esos servicios por el general Cipriano Castro.

Telégrafo Nacional.—De Soledad a Caracas, el 21 de julio de 1903.—Las 12 m.

Señor General Castro.

El 21 de diciembre de 1901 salí de esa capital con un grupo de valientes a someter al general Luciano Mendoza, primer alzado contra las instituciones de la República. Hoy, después de cincuenta horas de sangrienta batalla, tengo el honor de poner a su disposición esta plaza, último baluarte de la rebelión.

Lo felicito por el afianzamiento de la paz en Venezuela.

Detalles irán después.

Su amigo,

J. V. GOMEZ.

NOTA.—Fechado hoy en Ciudad Bolívar.

Telégrafo Nacional.—De Caracas, el 21 de julio de 1903.

General Juan Vicente Gómez.

Ciudad Bolívar.

Acabo de recibir su importante parte en que me da cuenta de la toma de esa ciudad, después de cincuenta horas de sangrienta y ruda batalla.

Por tan trascendental suceso, en nombre de la República, en mi propio nombre y en el de todos mis amigos, que lo son suyos también, felicito a usted muy calurosamente y por su órgano a todos y a cada uno de sus valientes cuanto abnegados y heroicos compañeros.

El hombre que desde el 21 de diciembre de 1901, con tan buen suceso, viene luchando por la salvación de la República, de sus instituciones, de su Jefe y de los grandes y sagrados intereses de la Causa Liberal Restauradora, no podía menos que terminar con golpe ruidoso, por atrevido y audaz, con el último baluarte que tuvo la Revolución más inicua, infame y criminal que registrarán los anales históricos de las Naciones civilizadas del orbe!!

Esa gloria no se la podía disputar nadie al gigante venezolano, cuyo solo nombre es capaz para someter Ejércitos, a la vez que prenda de seguridad de que en su campamento no se albergan sino la razón, la justicia y la equidad, para que así como sirve de antemural contra los enemigos de la República, ampara, protege y defiende la inocencia y la virtud.

Así que cuando en los infinitos arcanos de la Providencia plugó a Dios salvar a Venezuela del desbarajuste, del desorden y del caos en que venía, ya lo había destinado a usted para ser a la vez cabeza y brazo de la obra más portentosa, por difícil, que realizarse pueda para la salvación de un pueblo.

Yo, eterno enamorado de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo sublime y de todo lo que relacionarse pueda con la vida espiritual y moral de la humanidad, especialmente en lo que se roza con el espíritu de justicia y de equidad, en la marcha ya de las sociedades, ya de los pueblos y ya del individuo mismo, no puedo menos que sentirme orgulloso de que usted, a la vez que el más humilde, el más grande de todos los servidores que ha tenido hasta hoy la Causa Liberal Restauradora, que es como si dijéramos la Causa de la verdad y del porvenir venturoso de la Patria, haya sellado, infatigable, el horroroso expediente de nuestras guerras civiles, de todas nuestras desgracias y de todas nuestras desdichas! Es, por decirlo así, como si en esta vez estuviera encarnada la honra del Padre en la gloria del Hijo.

Permítame, pues, abrazarlo a usted y en usted a todo ese Ejército de héroes y abnegados patriotas.

CIPRIANO CASTRO.

Caracas: 24 de mayo de 1906.

Señor General Cipriano Castro, etc., etc., etc.

La Victoria.

Estimado amigo:

Voy a hablarle con el corazón como su antiguo y leal amigo, y al decirle ésto, sé bien que usted me creerá.

He visto con pena su Manifiesto de ayer, porque en él deja usted entender que a mí me ha impresionado mal la idea de la Aclamación. Verdaderamente ha sido para mí una gran mortificación imaginarme siquiera que hayan podido llevar a su ánimo la desconfianza de que me haya tentado el demonio de la ambición.

Jamás he tenido el deseo de ser político. Fué usted quien me hizo salir de mi hacienda y entrar a la vida pública, y al contraer las graves obligaciones que ese paso me imponían, sólo me guió, como único móvil, mi gran cariño, mi sincero afecto por usted. ¿Podré yo ser tan feliz que esta afirmación de mi conciencia de hombre honrado merezca su aprobación y que al leerla diga: es verdad? Tengo la íntima convicción de que así sucederá, y por esta razón estoy completamente tranquilo.

Veo, mi querido General, que hoy, dados los acontecimientos que se han presentado, sin culpa suya ni mía, es absolutamente inconveniente mi presencia en el Poder y mi intervención en la política del País. Mi nombre y la modesta pero honrada posición que he adquirido en Venezuela, nada valen para mí: ellos estarán siempre subordinados al noble, al grande interés de la Patria y la consecuencia que debo a usted como Jefe de la Causa Restauradora y como mi amigo y mi compañero de muchos años.

Venga usted a hacerse cargo del Gobierno y a fijar el rumbo que la República deba seguir. Yo tengo ya suficientes decepciones en mi alma de patriota para poder resistir esta lucha, lucha más terrible que la de los campamentos, y a la cual he venido únicamente por acatar un llamamiento de usted.

Retirado a la vida privada, libre de todo compromiso con los que se disputen el mando en Venezuela, trabajaré para mi familia y gozaré siquiera de tranquilidad, que es ya la única aspiración que me queda. Pero, sí me creo en el deber de suplicar a usted muy encarecidamente, protección decidida para mis amigos, que son también suyos, y a quienes exigiré el apoyo leal a su Gobierno como una necesidad de la Causa y de la Patria.

Le agradeceré venga a esta Capital lo más pronto que le sea posible, porque comprendo la urgencia que hay de calmar la excitación que se ha producido y que si continuara causaría grandes males a la República.

Su amigo de siempre,

J. V. GOMEZ.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00032418857